



IMPEDIMENTA

NATSUME SŌSEKI

# Botchan

Traducción de José Pazó Espinosa

Introducción de Andrés Ibáñez



Copyright de la traducción © José Pazo Espinosa, 2008

Copyright del prólogo © Andrés Ibáñez, 2008

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2008

Monte Esquinza, 24. 28010 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

Corrección de pruebas: Angélica López

**ISBN:** 978-84-935927-7-6

Depósito Legal: **P-49-08**

La edición de este libro ha contado con una Ayuda a la Traducción concedida por la Japan Foundation.

Impresión: Gráficas Zamart

Bélgica, 24. 34004 Palencia

Impreso en España

*@ Está permitida la reproducción total o parcial de esta obra siempre y cuando sea para uso personal de los lectores y sin fines comerciales ni ánimo lucrativo, sin que en estos casos se pueda alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.*

## INTRODUCCIÓN

### DESDICHAS DE UN NIÑO MIMADO

*por Andrés Ibáñez*

La cultura china se presenta siempre como el Sōseki ondear del agua, mientras que la cultura japonesa se identifica más con la sequedad de la arena. Lo sinuoso, lo brillante, lo melodioso, lo identificamos con lo chino, mientras que lo japonés es limpio, austero, cuadrado, silencioso. Los jardines chinos tienen agua y carpas ondeantes; los japoneses, arena blanca y piedras espirituales. Algo similar sucede en ambas lenguas: en el chino no existe la «erre» y todo son acuáticas «eles», mientras que en japonés no existe la «ele» y todo son «erres» arenosas.

Natsume Sōseki (1867-1916) es el gran clásico moderno de la literatura japonesa. Representa la crema de la renovación cultural de la era Meiji, un período en el que Japón se abrió a la influencia occidental y en que la literatura nipona, sumida en la rutina y la repetición de modelos tradicionales y gastados, cobró nueva vida e inició el período creativo moderno que llega hasta hoy en día.

La época Meiji (1868-1912) representa un período de intensa transformación cultural y social. Los especialistas consideran que la historia de Japón sólo conoció un movimiento de cambios de similar importancia: el que tuvo lugar en los siglos VI y VII, cuando el país se transformó de acuerdo con el modelo chino. Los habitantes de las cuatro mil islas tomaron entonces de su gigantesco vecino milenario la escritura, la religión y las formas de cultivar la tierra. En esta segunda gran renovación del siglo XIX entraron en Japón la técnica y la ciencia modernas, pero también la novela psicológica realista.

La actitud de Sōseki hacia occidente y hacia lo occidental está llena de sorprendentes y fascinantes matices. Sōseki estudia inglés y literatura inglesa en la Universidad Imperial de Tokio, donde muestra gran interés por autores como Herbert Spencer y John Stuart Mili y escribe un opúsculo sobre Walt Whitman que constituye la presentación de este autor en Japón («Sobre la poesía de Walt Whitman, un autor representante del igualitarismo») y en 1900 viaja a Inglaterra, donde vivirá tres años becado por el gobierno para ampliar sus estudios de literatura inglesa. A pesar de todo, su actitud hacia Inglaterra y hacia occidente en general aparece siempre marcada por la desconfianza y el rechazo. A pesar de que su estilo novelístico es obviamente de raíz occidental, en *Bungakuron (Teoría literaria, 1907)* afirma que fue de los clásicos chinos de los que aprendió «aunque de forma algo vaga y oscura», lo que era la literatura, y que al terminar la universidad le embargaba la sensación de haber sido, de alguna manera, «engañado» por la literatura inglesa.

Sōseki no es feliz durante su estancia en Inglaterra. Los choques culturales son continuos: en cierta ocasión, invita a alguien a contemplar cómo cae la nieve (sin duda una costumbre elegante y delicada en Japón) y sólo logra que se rían de él. Curiosamente, lo que Sōseki aprende en Inglaterra es que debe distanciarse de los modelos occidentales y seguir sólo su propio criterio. Occidente le enseña a ser un individualista y a no seguir las reglas: que es, sin duda, la lección más importante que se le puede enseñar a nadie.

Regresa a Japón en 1903, donde sustituye a Lafcadio Hearn como profesor de crítica literaria en la Universidad de Tokio y dos años más tarde aparece su primera novela, *Yo, el gato*. En 1906 publica otros dos libros, *Botchan* y *Kusamakura* (*La almohada de hierba*). Así se cierra el que suele ser considerado su primer período.

Los tres libros son muy diferentes entre sí. *Kusamakura* es, según explica Carlos Rubio en su magnífico prólogo a su edición de *Kokoro*, «más un poema en prosa que una obra de ficción», y en ella revela Sōseki sus opiniones sobre la vida y la literatura. En cuanto a *Yo, el gato*, de la que existe una traducción al español, se trata de una novela muy extensa cuyo protagonista es un gato que realiza una sátira de la civilización de los seres humanos y, más concretamente, de los cambios sociales que estaban teniendo lugar bajo el gobierno del emperador Meiji. Porque Sōseki parece convencido de que la adopción de las nuevas costumbres occidentales no va a hacer que los japoneses sean más felices. *Yo, el gato* es una novela muy divertida, muy verbosa, llena de detalles y de minuciosas descripciones. *Botchan*, por comparación, es casi telegráfica, no sólo mucho más breve, sino escrita en un estilo mucho más compacto.

En uno de los episodios de *Yo, el gato*, encontramos una discusión literaria donde uno de los personajes afirma: «El mundo poético ha cambiado mucho en estos diez años. Hoy se lee la poesía moderna recostándose cómodamente o mientras se espera al tranvía en las estaciones». Recordemos que Sōseki fue también un importante poeta, y que durante toda su vida cultivó el *haiku* y la poesía china. Se trata, de nuevo, de la dolorosa ambivalencia que sintió siempre hacia lo moderno y lo occidental. Pensemos que el personaje que habla en defensa de la poesía «moderna», la que se lee esperando al tranvía, se declara participante de un grupo literario al que pertenece el propio Sōseki: «A nosotros no nos preocupan las críticas», afirma. «El otro día, un amigo mío llamado Sōseki publicó un trabajo breve titulado *Una noche*. Cualquiera que lee esa obra, se queda sin entender la mitad. Pues yo me vi con él y le pregunté expresamente el sentido de algunos pasajes. Me respondió que él no quería saber nada. Y me quedé tan a oscuras como antes.»

De este modo, mirándose a sí mismo a través de los ojos de un gato, Sōseki se critica a sí mismo y se ríe de su propia poética modernista.

He leído otra obra de Sōseki, la célebre *Kokoro*, magníficamente traducida y editada por Carlos Rubio. Se trata de una obra de la última época del autor, también muy diferente en tono, en ritmo y en estilo del *Botchan* en el que mi lector se dispone a sumergirse. *Kokoro* es una obra excepcionalmente limpia y elegante, escrita en esa prosa transparente y pensativa que parece ser el ideal del estilo clásico y que solemos relacionar siempre con el estro poético de Japón. La novela expresa las contradicciones del individualismo, que son las propias contradicciones culturales y personales de Sōseki: «La gente de hoy», afirma el protagonista, «nacida bajo el signo de la libertad, la independencia y la autoestima, debe, en justa compensación, saborear siempre la soledad.» Hemos de tener en cuenta que por mucho que el emperador se hubiera empeñado en abrir el país a occidente y a las nuevas ideas, la mentalidad japonesa oficial seguía defendiendo por encima de todo la obediencia a la autoridad y la supresión de las tendencias individuales en aras del bien común de la patria. Es la mentalidad que daría origen al militarismo férreo que conduciría a la Segunda Guerra Mundial. El individualismo de Sōseki era visto, en este contexto, como una actitud sospechosa, o quizá peligrosa. En 1914, Sōseki pronuncia una

conferencia titulada «Mi individualismo» donde afirma que cada persona tiene derecho a seguir sus propias inclinaciones siempre que cumpla con sus deberes de ciudadano. El *sensei* (término respetuoso para dirigirse a una persona mayor) de *Kokoro* es un hombre cultivado que vive de espaldas a la sociedad. Su «modernidad» es indudable. También su desesperanzada soledad.

*Botchan*, que hoy presentamos en una nueva traducción, es una obra muy diferente. Se trata de una de las obras más conocidas del autor y es, al parecer, un favorito entre los lectores más jóvenes. *Botchan* es, ante todo, una novela cómica.

Alguien que sabía mucho de humor, el escritor inglés Woodehouse, decía que de todas las características de la literatura, el humor es el que peor se traduce y el que peor pasa de una época a otra, y que por eso un autor ha de procurar que sus efectos humorísticos funcionen de algún modo incluso si el humor se pierde. Ni el propio Shakespeare, afirma Woodehouse, supo ver esto con claridad. Sōseki, desde luego, sí supo verlo. *Yo, el gato* nos pone una sonrisa en los labios, pero *Botchan* nos hace reír a carcajadas. No cabe duda de que algunos, o quizá muchos, de los efectos cómicos del libro los perderemos por desconocimiento cultural, pero a pesar de todo el libro resulta absolutamente hilarante.

*Botchan* está escrito en un estilo inusualmente compacto. Es como uno de esos *maki* japoneses donde se comprime una loncha de atún crudo, un poco de *wasabi*, un trozo de tortilla y un pequeño ladrillo de arroz, todo ello envuelto en una rigurosa funda de alga negra y espolvoreado de doradas huevas de pez volador. Los párrafos iniciales de la novelita están tan llenos de información que apenas tienen aire. Las páginas parecen como empapadas en un espeso y especiado líquido de palabras. Frente a la verbosidad de *Yo, el gato*, Sōseki parece estar aquí investigando en un estilo de la máxima densidad.

El inicio de la novela no es por ello menos desternillante. «*Botchan*» significa en japonés algo así como «niño mimado», y es el «niño mimado» del título el que nos cuenta su vida en primera persona. Su defecto principal está en su carácter impulsivo, totalmente irreflexivo. Ya lo comprobamos en la primera página: un compañero de clase se burla de su cortaplumas y el protagonista, sin pensarlo dos veces, se pone a cortarse su propio dedo para demostrar lo afilada que está la hoja. Afortunadamente, no logra cortar el hueso.

Este es el gran hallazgo de Sōseki en la novelita que nos ocupa: la voz en primera persona de *Botchan*. Obsesivo, acomplejado, ácido, descreído, irreflexivo, vengativo, irremisiblemente ingenuo, este *Botchan* es casi tan fascinante como el Holden Caulfield de *El guardián entre el centeno*. No es un adolescente, sino un joven profesor, pero resulta tan torpe en su relación con el mundo y parece comprender tan mal el mundo de los adultos que, al igual que Holden, aparece suspendido en un limbo equidistante entre la infancia y la edad adulta. Y todos se ríen de él: tanto los alumnos, que le ven como un adulto, como los profesores, que le ven como un jovencito insolente.

¡Qué importantes son estas voces en primera persona! Frente al narrador en tercera persona, que suele ser impersonal o sabio, la primera persona puede permitirse ese ejercicio tan liberador que consiste en ser estúpido o mediocre, malvado o tendencioso. En eso consiste la «modernidad» del primer «yo» de Sōseki, que es el ampuloso «yo» de un gato, y también la modernidad de este segundo «yo», que es el de un niño mimado, el de un «señorito» malcriado. En estos yoes

mediocres, desagradables o parciales, como en el de *Pan* de Knut Hansum, por ejemplo, se inicia la literatura moderna, o una forma de entender la literatura moderna: como fragmentación, como alienación, como deformidad.

Botchan no se entera de nada, se ríe de todo, está en guerra con todo. Todo le molesta y le ofende, pero al mismo tiempo cualquiera, niño o grande, puede embaucarle. Es como un niño que no comprende el valor real de las cosas ni puede valorar las implicaciones de lo que dice ni de lo que le dicen. Uno de los rasgos desternillantes del personaje es su absoluta falta de astucia. Lo hace todo sin pensar, juzga sin pensar, habla sin pensar, actúa sin pensar. Y luego sufre las consecuencias.

Por todas estas razones, el tono del libro puede resultar chocante. No estamos acostumbrados a encontrar una voz así en un relato escrito por un japonés. Sōseki escribe casi con ferocidad, afilando sus palabras como garras. ¡Siglos, milenios de elegancia, de contención y de buenas maneras para llegar a esto! Escribe con furia, con desdén, sin pudor, sin poesía.

Obligado a vivir en un entorno tradicional (una pequeña ciudad de provincia donde es enviado como profesor de instituto), Botchan se ríe amargamente de todas las tradiciones japonesas. Se ríe de los habitantes, de la ciudad, que le parecen una pandilla de paletos. Se ríe de los arreglos de *ikebana* que hacen en el pueblo. Se ríe de las diversiones tradicionales, de la escritura de *haikus*, de los entretenimientos espirituales y elevados, siempre defendidos por los personajes más hipócritas y sinvergüenzas, como ese Camisarroja que no permite a nadie ni que entre en un restaurante a comer *tempura* aduciendo que hay que dar ejemplo (¿qué tiene de malo comer *tempura*?) y luego se pasa las noches en casa de una geisha.

Cuando el día de su llegada el director del colegio le explica cuál es el exaltado objetivo de su misión pedagógica, Botchan le responde al instante que él no es la persona indicada y que renuncia. El director suelta una carcajada y dice que eso es el «ideal», es decir, la versión oficial, pero que en realidad todos hacen lo que pueden. Así se ríe Sōseki de la retórica oficial y de esa obsesión japonesa por el trabajador perfecto, el empleado ideal, el alumno immaculado.

En el microcosmos de la escuela donde trabaja Botchan, todas las relaciones de poder están viciadas, y toda la ligazón social aparece corrompida. Todo el mundo miente, todos son hipócritas, todos se venden unos a otros. Los alumnos mienten, los profesores mienten, ¡hasta los propios periódicos mienten! Un profesor, por ejemplo, le indica a Botchan que se aloje en una cierta pensión. Pero el dueño de la pensión lo único que quiere es venderle las antigüedades con las que comercia. Cuando descubre que Botchan nunca le va a comprar nada por mucho que le insinúe que él, Botchan, tiene «un alma refinada», le echa de allí sin contemplaciones.

Hay dos grupos de personajes: uno, el personaje colectivo de los alumnos, que son una masa indistinta de brutos indeseables y miserables. El otro, el corpus de profesores del instituto, a los que Botchan al instante pone motes, y a los que durante el resto de la novela sólo se referirá ya por el mote: Camisarroja, el Puercoespín, el Calabaza. Al principio, todos le parecen un montón de mamarrachos que sólo pretenden abusar de él. Luego, poco a poco, comienza a comprender cuáles son sus verdaderos enemigos y cuáles sus amigos.

Este es un mundo compuesto por malas personas que se dedican a amargarse la vida unos a otros. Al pobre Calabaza le obligan a renunciar a su puesto y le envían de profesor a un destino lejano. Durante su fiesta de despedida, los otros profesores se dedican a gritar, a cantar y a realizar todo tipo de extravagancias sin hacer el menor caso del pobre Calabaza, que aguanta allí sin marcharse porque cree que es su deber, dado que la fiesta, al menos en teoría, es en su honor.

Nos resulta fácil reírnos a carcajadas de las desdichas de Botchan sobre todo porque no es un personaje simpático, aunque su ingenuidad y su infelicidad acaban por hacerle entrañable. Los alumnos le espían continuamente y luego se ríen de él, escribiendo en el encerado lo último que ha hecho ese día. Botchan se desespera. Se va a unos baños, y como está solo, se pone a nadar en la piscina. Al día siguiente, regresa a los baños y ve que han puesto un cartel de «prohibido nadar en los baños». De modo que alguien le ha visto, ha dado el aviso y los dueños de los baños han decidido poner el cartel. Pero su sorpresa es mayúscula cuando al llegar a clase se encuentra escrito en el encerado: «prohibido nadar en los baños» Pero ¿cómo han podido enterarse de eso los alumnos? Nada es privado en esta pequeña comunidad rural donde la vida de los demás es continua materia de escrutinio y escarnio. Es posible que los alumnos sean, como el propio Botchan repite una y otra vez, un puñado de «paletos», pero estos paletos pueden con él y le toman el pelo a gusto.

El colmo de sus desdichas tiene lugar cuando Botchan y otro profesor intervienen en una reyerta entre estudiantes de dos pueblos para poner orden y al día siguiente en el periódico local se les acusa públicamente de haber iniciado la pelea (a Botchan le llaman «cierto imberbe presuntuoso recientemente llegado de Tokio») y se exige, en los términos más insultantes y ofensivos, la expulsión inmediata de ambos profesores. Como en tantos otros episodios de la novela, la realidad parece de pronto iluminada por los colores de la pesadilla, y el mundo dominado por una (A)justicia irrisoria y ciega contra la que parece inútil rebelarse.

Uno se pregunta si las cosas sucederían realmente así en el Japón de hace cien años, pero la pregunta, seguramente, no es correcta. La pregunta debería ser si la vida humana es realmente así, tan ridícula, tan absurda, tan miserable, tan irrisoria. Porque eso es, precisamente, lo que logra Sōseki en *Botchan*: a través del relato humorístico de las desventuras de un joven profesor en una escuela rural, traza un mapa del mundo. Y si nos hace reír tanto es, sin duda, porque también está hablando de nosotros.

ANDRÉS IBÁÑEZ

## NOTA DEL TRADUCTOR

Aunque la condición natural del traductor (por mucho que se discuta desde presupuestos teóricos) es la invisibilidad fingida y forzada, el editor de este libro ha creído conveniente que diga algunas palabras sobre *Botchan* desde mi punto de vista. Y como comparto con él la opinión de que se trata de un libro cuanto menos peculiar para el lector occidental, he aceptado esta corporeidad breve y excepcional que espero sirva al lector para algo.

Si estuviera hablando de vinos, diría que *Botchan* es un libro áspero al paladar, con tonos alegres de cítricos y aromas finales de castañas y té verde. En otras palabras, su lectura produce a veces sensación de cierto descuido estilístico, aunque es divertida y tiene sabor local (japonés, naturalmente). Esto ha llevado a algunos críticos a lo largo de la historia a tratar el libro como una obra menor de Natsume Sōseki, una especie de farsa humorística, lógica continuación de su primera novela *Wagahai neko de aru*. Sin embargo, algo tendrá cuando se ha convertido en un *best seller* histórico de la novela japonesa, con especial éxito entre el público joven. Por esta razón, se la ha comparado en ocasiones con *The catcher in the rye*, aunque esta comparación puede desconcertar a un lector demasiado aplicado. *Botchan* es *Botchan*, y sus claves descansan más en ella misma, en su autor y en su época que en reflejos en otras culturas.

*Botchan* apareció como novela en entregas en la revista *Hototoguisu* (*El Cuclillo*) en 1906. Natsume Sōseki, acababa de publicar en esa misma revista y también por entregas *Wagahai neko de aru* (*Soy un gato*), relato en el que el protagonista es un gato que va cambiando de amos, obra de fino humor que fue un éxito inmediato. El hecho de que *Botchan* sea una novela por entregas determina su estructura, y el lector notará la regularidad de sus capítulos, así como su notable autonomía. Es de notar que en sus dos primeras novelas los protagonistas —el gato y *Botchan*— sean claramente antihéroes, perdedores que en sus peripecias ponen de manifiesto el mundo imperfecto que los rodea, que no pueden cambiar, y del que son en el fondo víctimas. Este esquema heredero de la novela picaresca española llega en parte a Sōseki a través de la literatura inglesa. No en vano pasó dos infaustos años para él (1900-1902) en Londres estudiando inglés y literatura inglesa.

Quizá por ese contacto con Inglaterra y su literatura, algunos críticos han querido ver a Sōseki como un autor occidentalizado, frente a Kawabata o Tanizaki, por ejemplo. Nada más lejos de la realidad. Sōseki fue un amante de la poesía japonesa de tradición china, y antes que novelista fue escritor de *haikus* (a pesar de lo que dice en *Botchan*). Fue un cultivador del Zen, y su lema de vida, «Sokuten Kyoshi» («Sigue a los cielos, abandona el yo») adquiere su sentido pleno en la tradición budista y confucianista japonesa. En un periodo en el que Japón comienza a abrirse y a emular (de forma inicialmente forzada, no hay que olvidarlo) los principios y las formas de vida occidentales, Sōseki sigue este cambio pero a la vez ve en él una corrupción de las esencias personales. No nos estamos refiriendo a aspectos históricos o de costumbres; lo que resiente Sōseki y refleja en todas sus obras es la pérdida de la autenticidad personal. La desaparición del *makoto kokoro* o corazón sincero. Lo que critica es una suerte de fingimiento intelectual que seguramente va aparejado a querer ser lo que en el fondo no se es. Éste es seguramente uno de los problemas medulares de la cultura japonesa desde la era



Meiji hasta nuestros días. Ha fascinado y obsesionado a sus estudiosos y fascina, obsesiona y entretiene a los propios japoneses.

Pero tampoco debemos caer en la tentación de ver *Botchan* como una reacción histórica puramente coyuntural. Botchan no se rebela contra un mundo externo solo, sino también contra un mundo interno. Y esto es una tradición japonesa que viene de muy antiguo. Simplificando y siguiendo a gran parte de la exégesis botchiana, podemos definir a Botchan como alguien simple, inocente, en ocasiones estúpido, falta de sofisticación, enemigo de la pretenciosidad, ajeno a la pedantería, sincero, y crítico con los rasgos externos de la inteligencia. En ocasiones se ha considerado que Botchan es un alter ego de Sōseki, quizá seguramente porque el mismo Sōseki pasó un año enseñando en el instituto de Masuyama, en Shikoku, la ciudad que no es nombrada a lo largo de la obra, pero en la que transcurre la historia. Parece, sin embargo, que la vida de Sōseki en Matsuyama (donde conoció a su mujer) fue apacible y feliz, muy diferente a lo que refleja *Botchan*. Preguntado alguna vez por qué había aceptado un destino tan remoto (corrían rumores que lo había hecho por un desengaño amoroso), respondió que lo hizo por afán de renuncia. Por abandono del yo, podríamos interpretar. Y eso sí que es *botchiano*. Aunque esta rebelión contra el yo forma parte de la cultura japonesa desde antiguo.

En la tradición filosófica, religiosa y estética japonesa encontramos esta tendencia por doquier. El budismo zen, mediante los *koan*, la meditación sentada, la repetición de fórmulas, el humor, y en último extremo la violencia física (conviene recordar la escena final de *Botchan* con los golpes y los huevos propinados a Camisarroja y al Bufón) aspira a vaciar la mente, a abandonar el yo. Si prestamos atención a los principios estéticos japoneses (esa clase de duende y ángel que Lorca aplicó aquí con una curiosa similitud a métodos nipones), vemos que el *iki* o *sui* se define por ser el arte de vivir con elegancia pero con sobriedad y renuncia; por el abandono de la transcendencia; por ser cultura sin solemnidad; por abrazar el momento y la impulsividad; por la exclusión de la transcendencia; por la aceptación de la duda y la imperfección; por la no separación de placer y dolor. El *iki* define la elegancia personal; es algo así como el dandismo japonés, con principios más codificados en la cerámica, el dibujo, la arquitectura y el arte en general. En este sentido, Botchan es un dandy japonés. Es alguien no elegante, pero de vida elegante, simplemente porque en todo momento intenta ser él. Si lo logra o no es otra cosa, pero no hay otro principio que regule su horizonte y ese es su valor y su ejemplo. Bajo esta luz, no es extraño que, a pesar de unas características que a nosotros occidentales nos lo convierten en una especie de *Forrest Gump*, para un joven japonés Botchan siga siendo un modelo personal de algo mejor, un igual incorruptible, un compañero siempre sincero que nunca lo traicionará. Un dandy de la vida moderna e industrial. Alguien que al final pierde y huye, pero sin alterar ni un ápice su integridad.

Las traducciones están hechas de palabras, pero también de silencios. A cada palabra, a cada expresión, le acompañan otras que podían haberse dicho y no se han dicho, y que a pesar de no existir aprovechan espacios en blanco para saltar y decirnos lo que podía haber sido y no fue. Son los fantasmas de la traducción, que asolan a los traductores y los convierten en seres rodeados de extrañas formas de vida. Son los reflejos de sus dudas, sus incertidumbres y sus inseguridades, y después de publicarse el libro los fantasmas siguen allí, esperando la noche o el

momento para mostrarse. Después de este libro, yo estoy lleno de ellos. A pesar de ello, he contado con la ayuda impagable, reconfortante y necesaria de Hidehito Higashitani y Julio Baquero Cruz. El primero, ejemplo de bilingüismo y biculturalidad, profesor, traductor del español y amante de la cultura y literatura españolas, me ha guiado por los coloquialismos, *tokionismos*, *botchanismos*, y demás sabores del texto original que, irremediablemente, se han perdido en su mayoría debido a mis limitaciones. El segundo, ha sido mi guía estilística y de inteligencia y sentido común a lo largo de un proceso que conoce bien. He seguido sus pasos como he podido, la mayor parte del tiempo con la lengua fuera. También quiero agradecer al editor, Enrique Redel, por su confianza (se podría llamar inconsciencia), sus sugerencias y su constante apoyo.

J.P.E.

Madrid, 10 de febrero de 2008

**Botchan**

Desde niño, he tenido una impulsividad innata que me viene de familia y que no ha hecho más que crearme problemas. Una vez, en la escuela primaria, salté desde la ventana de un primer piso y no pude andar durante una semana. Alguien se preguntará por qué hice semejante tontería. Pero la verdad es que no hubo ninguna razón especial. Simplemente estaba un día asomado a una de las ventanas del nuevo edificio de la escuela, cuando uno de mis compañeros de clase comenzó a meterse conmigo diciéndome que, por mucho que me hiciera el gallito, en realidad no era más que un cobarde y que no sería capaz de saltar. El bedel tuvo que llevarme esa misma noche a cuestas a mi casa. Cuando mi padre me vio, se enfadó muchísimo y me dijo que no podía comprender cómo alguien se podía quedar sin caminar simplemente por haber saltado desde la ventana de un primer piso. Le respondí que la siguiente vez que saltara no me volvería a ocurrir.

Otro día estaba yo jugando con el reflejo que el sol producía en la hoja de una bonita navaja importada que uno de mis parientes me había regalado, cuando uno de mis amigos exclamó:

—Brillar, brillará mucho. Pero seguro que no corta nada.

—¿Que no? —le respondí yo—. Mi navaja puede cortar cualquier cosa.

—¿A que no puede cortar uno de tus dedos? —me desafió.

—¿Que no? —le repetí yo—. Mira. —Y entonces empujé la hoja en diagonal sobre mi pulgar derecho. Afortunadamente, la navaja era pequeña y mi hueso estaba sano y fuerte, por lo que todavía conservo el pulgar, aunque tendré una cicatriz mientras viva.

En la parte más oriental de nuestro jardín, a unos veinte pasos, se extendía una pendiente poco pronunciada en la que había un pequeño huerto con un castaño justo en el centro. Las castañas me volvían loco. Cuando llegaba la época en que comenzaban a estar maduras, en cuanto empezaba a amanecer yo salía corriendo por la puerta de atrás para coger algunas y llevármelas a la escuela, donde me las comía. El otro lado del jardín, por el Oeste, lindaba con la casa de un prestamista llamado Yamashiro, que tenía un hijo de trece años llamado Kantaro. Kantaro era un gallina, pero eso no le impedía saltar la valla de madera y bambú y entrar en nuestro jardín para robarnos las castañas. Una noche me escondí en la penumbra, junto a la puerta, y conseguí pillarlo. Al ver que no tenía escapatoria, se abalanzó sobre mí con todas sus fuerzas. Kantaro tenía dos años más que yo y, aunque era un gallina, lo cierto era que era muy fuerte. Intentó darme un golpe con su enorme cabeza, plana como el fondo de una cacerola, y a fuerza de cabezazos lo único que consiguió fue incrustarla en la manga de mi kimono. Yo no podía usar el brazo para sacarla de allí, así que empecé a moverlo arriba y abajo, mientras Kantaro continuaba dando cabezazos sin poder ver nada. Al final, cuando notó que se iba a asfixiar, me dio un mordisco en el bíceps. Cegado por el dolor, lo empujé contra la valla, lo levanté y lo arrojé al otro lado. La parcela del prestamista Yamashiro estaba casi dos metros más abajo que la nuestra. En su caída, Kantaro rompió un tramo de la valla y se golpeó la

cabeza contra el suelo mientras lanzaba un gemido. También me arrancó la manga del kimono, con lo que por fin pude liberar el brazo. Esa noche mi madre tuvo que ir a casa de los Yamashiro a disculparse y, ya que estaba allí, aprovechó para recuperar la manga.

Pero eso no fue todo; recuerdo también cuando junto con Kaneko, el hijo del carpintero, y Kaku, el hijo del pescadero, destruí el huerto de zanahorias de Mosaku. Mosaku había dejado paja amontonada en la parte del huerto en la que había plantado las zanahorias, para protegerlas del frío. Y a nosotros nos dio por organizar un torneo de sumo encima de la paja. Nos pasamos la mitad del día peleando y, cuando terminamos, resultó que las zanahorias se habían echado a perder.

También recuerdo aquella vez que atasqué la tubería de riego del arrozal de los Furukawa, una proeza que me valió un buen castigo. Los Furukawa habían instalado en el huerto un grueso caño de bambú del que salía el agua necesaria para regar el arroz. Yo no sabía para qué servía el caño, así que un día lo atasqué con piedras y hojas hasta que dejó de salir agua. Aquella noche, mientras estábamos cenando, se presentó el señor Furukawa en persona, hecho una furia. Entró gritando, con la cara inyectada en sangre. Recuerdo que mis padres tuvieron que darle dinero para que me perdonara.

Mi padre no me quería. Y mi madre siempre prefirió a mi hermano mayor. Mi hermano era un muchacho muy pálido, y le gustaba actuar en obras de teatro, especialmente haciendo papeles femeninos de *kabuki*<sup>1</sup>. Mi padre solía repetirme que nunca llegaría a nada. Mi madre, por su parte, parecía muy preocupada por mi futuro. La verdad es que siempre he sido un caso perdido. Pero cuando pienso en cómo me han ido las cosas después, no resulta extraño que se preocuparan tanto. Quizá lo mejor que se pueda decir de mí por el momento es que no he estado en la cárcel.

Cuando mi madre cayó enferma, dos o tres días antes de morir, me golpeé con el horno mientras daba unas volteretas en la cocina y me abrasé el costado. Fue muy doloroso. Mi madre se enfadó muchísimo, y me dijo que no quería volver a verme, así que tuve que marcharme unos días a casa de un pariente. Poco después nos llegó la noticia de que mi madre había muerto. La verdad es que nunca pensé que se iba a morir tan deprisa. Si hubiera sabido que estaba tan enferma seguramente me habría portado mejor. Cuando regresé a casa, mi hermano mayor me dijo que era la desgracia de la familia, y que si mi madre se había muerto de un modo tan fulminante, había sido por mi culpa. Aquello me sentó tan mal que le propiné una bofetada, algo que lo único que hizo fue empeorar las cosas.

Tras la muerte de mi madre, volví a casa con mi padre y mi hermano. Mi padre era un vago, pero eso no le impedía repetirme como un disco rayado cada vez que me veía que yo era un desastre de hombre. No sé a qué se refería. A mí, mi padre siempre me pareció un tipo extraño. Mi hermano aspiraba a ser un hombre de negocios y se pasaba el tiempo estudiando inglés. Pero era afeminado y retorcido, y nunca acabamos de llevarnos bien. Cada diez días más o menos teníamos una pelea. Un día, jugando al shogui<sup>2</sup>, me comió una pieza haciendo trampas, y luego se dedicó a restregármelo para fastidiarme. Yo me enfadé tanto que cogí otra de las

---

<sup>1</sup> El *kabuki* es una forma de teatro tradicional en el que, como en el teatro *Noh*, los papeles femeninos son representados por hombres. (*Todas las notas son del traductor*)

piezas y se la tiré a la cara. Le di entre los ojos, y le hice sangre. Entonces él fue a chivarse a nuestro padre, que me dijo que me iba a desheredar.

Yo estaba convencido de que lo haría, pero entonces Kiyo,<sup>3</sup> la mujer que nos había cuidado los últimos diez años, intercedió por mí y le suplicó bañada lágrimas que no me desheredara, y al final acabó persuadiéndolo. Pasado el tiempo, no recuerdo haber tenido nunca miedo de mi padre. Pero sí recuerdo que Kiyo me inspiraba mucha lástima. Según las historias que me habían contado, Kiyo pertenecía a una antigua y respetable familia que lo perdió todo al caer el antiguo régimen feudal.<sup>4</sup> Como consecuencia de ello, se había visto obligada a trabajar como criada. No sé qué relación había entre nosotros dos, pero por alguna razón, ella me quería mucho. Era sorprendente. Mi propia madre se había cansado de mí tres días antes de morir... mi padre no paraba de encontrarme defectos... y todos nuestros vecinos pensaban que yo era un botarate y no querían ni verme... Kiyo, en cambio, solo veía cosas buenas en mí. Por mi parte, yo había acabado resignándome al hecho de que no despertaba ninguna simpatía en los demás, y por eso aceptaba que me trataran con la mayor indiferencia. Esto hacía que desconfiara de las personas que me trataban bien, y eso incluía a Kiyo.

En ocasiones, cuando estábamos solos en la cocina, me decía:

—Tienes un carácter bueno y recto. Pero yo no me lo creía. Si de verdad tenía un carácter bueno, otras personas lo habrían notado, y en consecuencia me habrían tratado un poco mejor. Siempre que me lo repetía, yo le respondía que no me gustaban los cumplidos.

—¿Ves como tienes muy buen carácter? —afirmaba entonces mirándome con ternura. Yo creo que de quien Kiyo estaba orgullosa no era de mí, sino de una versión de mí que ella misma se había creado en su cabeza. Todo aquello me hacía sentir bastante incómodo.

Cuando mi madre murió, el cariño que Kiyo me profesaba se redobló. En mi inocencia infantil, me resultaba extraño que fuera tan buena conmigo. Pensaba que por más que lo intentara no conseguiría cambiarme, que yo era un caso perdido. Sus esfuerzos me inspiraban lástima. Pero ella seguía mimándome, sin cansarse nunca. A veces, llegaba a gastarse su propio dinero comprándome dulces. Las noches más frías, cuando ya me había acostado, entraba en mi habitación con un humeante tazón de gachas hechas de harina de soba<sup>5</sup> que había apartado en secreto, y lo dejaba junto a mi almohada. Otras veces me compraba una cazuela de tallarines de soba calientes. Y no solo me regalaba comida: también solía comprarme calcetines, lápices, cuadernos, en fin, todo tipo de chucherías. En otra ocasión, bastante después, me regaló tres yenes, aunque yo jamás le había pedido dinero. Un día se presentó en mi cuarto y me dijo que tenía que ser muy duro no poder disponer de dinero para mis propios gastos. Así que me entregó los tres

---

<sup>2</sup> El *shogui* (*shogi*) es un juego japonés similar al ajedrez, pero con la particularidad de que las fichas comidas al adversario pueden ser usadas por el jugador que las come.

<sup>3</sup> El carácter (*kanji*) con el que se escribe Kiyo en japonés significa puro, limpio, inocente.

<sup>4</sup> Se refiere a la caída del *shogunato*, el gobierno de los *shogunes* o generalísimos, con la llegada al poder en 1867 del emperador Meiji, quien abolió los antiguos privilegios feudales.

<sup>5</sup> La *soba* es una pasta japonesa de harina de trigo de alforfón, consumida habitualmente en forma de tallarines.

yenes, y me dijo que podía comprarme lo que quisiera con ellos. Por supuesto, yo le respondí que no necesitaba dinero, pero ella insistió tanto que finalmente terminé aceptándolo. Aquello me hizo muy feliz. Metí los tres billetes de un yen en una bolsa, y la llevaba a todos sitios escondida en mi kimono. Pero en una ocasión, al ir al retrete, no pude evitar que la bolsa se me cayera por el agujero. Sin saber qué hacer, lo único que se me ocurrió fue irme corriendo a contárselo a Kiyō. Nada más oírlo se hizo con una vara de bambú y me dijo que lo recuperaría enseguida. Unos minutos después escuché cómo chapoteaba el agua del pozo. Cuando salí, allí estaba Kiyō, lavando la bolsa que colgaba de la punta de la vara de bambú. Al abrirla, vimos que los billetes estaban todos descoloridos, y se habían vuelto marrones. Kiyō los puso encima del brasero, y cuando ya estuvieron secos, me los devolvió. Cuando me preguntó si creía que habían quedado bien, yo me los acerqué a la nariz, y le respondí que todavía olían bastante mal. Entonces me dijo que no me preocupara, que ella me los cambiaría. Al rato, regresó con tres monedas de plata de un yen. No recuerdo qué fue lo que compré con esos tres yenes. Le prometí que se los devolvería tan pronto como pudiese, pero nunca llegué a hacerlo. Me gustaría poder devolvérselos multiplicados por diez, pero ya es imposible.

Kiyō siempre trataba de darme esos regalos cuando mi padre y mi hermano no estaban delante. Y no hay nada que más odie, aun hoy en día, que recibir algo a espaldas de la gente. Es cierto que no me llevaba bien con mi hermano, pero eso no significa que me gustara recibir chucherías o lápices de colores sin que él se enterara. Alguna vez pregunté a Kiyō por qué era a mí a quien regalaba cosas y no a mi hermano. Sin mostrarse alterada, me respondió mi padre ya compraba cosas a mi hermano, y que por lo tanto no era necesario que ella le comprase nada. No me pareció justo. Es verdad que mi padre era un hombre terco y difícil, pero eso no implicaba que favoreciese a uno más que al otro. No hay duda de que Kiyō pensaba así porque estaba ofuscada por el amor. Aunque venía de una buena familia, no había recibido estudios, y no había forma de hacerla entrar en razón. Pero la devoción de Kiyō por mí iba incluso más lejos, y a veces hasta me daba miedo. Estaba totalmente segura de que yo acabaría convirtiéndome en un hombre importante con una carrera maravillosa. Mi hermano, sin embargo, no parecía tener para ella ninguna cualidad positiva, si exceptuamos su piel, tan clara. Estaba completamente segura de que las personas a las que ella quería acabarían triunfando, mientras que aquellas que no contaban con su aprecio, fracasarían. No había forma de sacarle esas ideas de la cabeza. En aquellos tiempos yo no tenía la menor idea de lo que quería hacer con mi vida. Pero como Kiyō no hacía más que insistir en que si me lo proponía llegaría a ser alguien importante, me lo acabé creyendo. Qué ridículo me parece ahora todo aquello. Una vez le pregunté qué pensaba que sería de mayor, pero resultó que no tenía ni idea. De lo único de lo que no dudaba era de que recorrería el mundo sentado en mi propio *ricksshaw*, y de que tendría una casa con una entrada magnífica.

Además, solía fantasear con la idea de que en cuanto tuviera una casa viviríamos juntos. Se pasaba el día preguntándome si la llevaría a vivir conmigo. Y como yo mismo me convencí de que algún día llegaría a tener mi propia casa, le dije que sí. Kiyō era una mujer dotada de una fértil imaginación, y no paraba de hacerme preguntas sobre el lugar donde me gustaría vivir, si en Kojimachi o en Azabu, o si me gustaría colocar un columpio en el jardín, o si me bastaría con tener una única habitación de estilo occidental en la casa. Quería tener todo planeado con antelación. Por aquel entonces, yo no tenía la menor intención de poseer una casa.

Me importaba un comino que fuera de estilo japonés u occidental, así que cuando Kiyō comenzaba con sus fantasías, yo le decía que me dejara en paz. Entonces ella volvía a cubirme de alabanzas y a decirme que mi respuesta demostraba lo desinteresado que era, el corazón tan puro que tenía. Daba igual lo que yo dijera; ella siempre encontraba un motivo para alabarme.

Y así me fueron las cosas en los cinco o seis años que siguieron a la muerte de mi madre: abroncado continuamente por mi padre, peleándome con mi hermano, y recibiendo dulces y sutiles elogios de Kiyō. Nunca me quejé. Me bastaba con esa vida. Pensaba que la vida de otros niños sería parecida a la mía. Sin embargo, Kiyō no paraba de repetirme que yo en realidad era un chico desgraciado e infeliz, así que acabé por creérmelo. Aparte de aquello, nada me molestaba, excepto que mi padre nunca me diera dinero.

Seis años después de la muerte de mi madre, en enero, mi padre murió de una apoplejía. Ese mismo abril yo acabé mis estudios en la escuela secundaria y mi hermano se licenció en la escuela de peritos mercantiles. De inmediato consiguió un trabajo en cierta compañía que tenía una sucursal en Kyūshū,<sup>6</sup> y fue destinado allí. Yo, por mi parte, todavía tenía que terminar mis estudios en Tokio. Mi hermano me anunció poco después que, antes de salir para su nuevo destino, tenía la intención de vender la casa y todas las posesiones de nuestros padres. Yo le dije que por mí podía hacer lo que le diera la gana. Ante todo, no quería causarle ninguna molestia y menos pedirle nada. Sabía que aunque quisiera hacerme un favor, tarde o temprano discutiríamos y me lo acabaría echando en cara. No estaba dispuesto a callarme y agachar la cabeza solo porque a él se le ocurriera hacer algo por mí en aquel momento. Pensaba que siempre encontraría la forma de ganarme la vida, aunque tuviera que trabajar de lechero. Me sentía preparado para ello. Mi hermano llamó a un hombre que organizaba almonedas y le vendió por una miseria todos los cachivaches que mi familia había acumulado durante generaciones. Luego se buscó un intermediario, que le ayudó a vender la casa y el jardín. Parece que sacó por todo bastante dinero, aunque no sé cuánto exactamente.

Por entonces, yo ya me había mudado a la habitación de una pensión en Kanda, en la zona de Ogawamachi, y estaba a la espera de decidir qué hacer con mi vida. Kiyō estaba muy apenada por la venta de la casa en la que había servido durante más de diez años, pero como no era suya, nada pudo hacer. Me repetía una y otra vez que si yo hubiera sido un poco más mayor, podría haber heredado la casa para mí solo. Pero ¿qué más daba mi edad a fin de cuentas? Kiyō no sabía cómo funcionan las cosas en el mundo real, y pensaba que si yo no había recibido la casa había sido simplemente por lo joven que era.

De forma que mi hermano y yo decidimos tomar caminos diferentes, aunque todavía quedaba el problema de qué hacer con Kiyō. Mi hermano no podía llevársela con él, y la misma Kiyō dejó claro que no tenía ninguna intención de marcharse a Kyūshū. Yo, por mi parte, vivía en un cuchitril en una pensión barata, de la que me podían echar en cualquier momento. Así que ninguno de los dos podíamos ayudarla. Finalmente, decidí preguntarle a Kiyō si quería servir en otra casa, y ella me respondió que, hasta que yo me casara y tuviera mi propio hogar, lo mejor sería que se fuera a vivir con su sobrino. Estaba decidido. El sobrino de Kiyō era escribiente en los juzgados, y tenía suficientes medios para vivir desahogadamente.

---

<sup>6</sup> Kyūshū es la tercera isla en tamaño del archipiélago nipón tras Honshū y Sapporo, y antes que Shikoku. Está situada al sudoeste de Honshū, a unos novecientos kilómetros de Tokio.



En el pasado, ya le había pedido varias veces a Kiyō que se fuera a vivir con él. Ella lo había rechazado en todas las ocasiones aduciendo que prefería vivir en nuestra casa, a la que ya estaba acostumbrada, aunque fuera trabajando como criada. Esta vez, sin embargo, prefirió mudarse con su sobrino antes que entrar a servir en una casa que le era extraña y a la que no estaba acostumbrada, y donde tendría que estar todo el tiempo preocupada por cosas nuevas y desconocidas. Aun así, insistió en que debía aplicarme en conseguir una casa y una mujer tan pronto como me fuera posible, y que entonces ella vendría para cuidar de mí. Creo que prefería estar conmigo antes que con su sobrino, alguien de su propia sangre.

Dos días antes de partir para Kyūshū, mi hermano vino a mi pensión y me entregó seiscientos yenes. Podía usar el dinero, me dijo, para iniciar algún negocio o para terminar mi educación. Pero me advirtió que después de eso no me iba a dar nada más. ¡Vaya acto de generosidad, viniendo de quien venía! La verdad es que no me importaba demasiado el dinero porque yo confiaba en salir adelante sin esos seiscientos yenes. Pero como me gustó la manera de actuar de mi hermano, tan franca, cosa por cierto poco habitual en él, cogí el dinero y le di las gracias de corazón. A continuación, mi hermano sacó otros cincuenta yenes y me pidió que se los entregara a Kiyō, cosa que yo hice de buen grado. Dos días después nos dijimos adiós en la estación de Shinbashi, y desde entonces no le he vuelto a ver.

Tumbado en mi cama, me di a las cavilaciones sobre qué hacer con los seiscientos yenes. No me apetecía montar ningún negocio, y dudaba además de mis facultades para ello. Por otro lado, ¿qué clase de negocio puede montar uno con apenas seiscientos yenes? Pero incluso si me lo hubiera propuesto, hoy en día no se va a ningún sitio si no se tienen estudios, pensé. Deseché, por tanto, la idea del negocio y decidí invertir todo el dinero en mis estudios. Si lo dividía en tres partes, podía estudiar durante tres años, a doscientos yenes por año. Si me esforzaba tenazmente durante esos tres años, algo sacaría en claro. El dilema era ahora qué estudiar. Nunca me había interesado ninguna materia de forma especial. La lengua o la literatura no me interesaban en absoluto. Por no hablar de la poesía moderna, que me sonaba a chino. Cuando estaba desesperado y me daba todo igual, la suerte me hizo pasar un día por delante de la Escuela Superior de Ciencias Físicas en cuya puerta había un cartel que decía que se buscaban estudiantes. Tras pedir información, me matriculé inmediatamente. Hoy, cuando pienso en lo que hice, veo que debió de tratarse de uno de mis famosos arranques impulsivos.

Durante los tres años siguientes estudié tanto como el que más. Sin embargo, no me caracterizo por ser un alumno especialmente brillante, y si uno echa un vistazo a la lista de notas de mi clase, comprobará que la mejor manera de encontrar mi nombre es empezar por el final. A pesar de todo, y por sorprendente que pueda parecer, logré graduarme en tan solo tres años. A mí todo aquello me parecía increíble, pero acepté gustoso el diploma.

No habían pasado ni ocho días desde que aquello ocurrió, cuando me llamó el director de la escuela, algo que me extrañó bastante. Cuando fui a verle, me dijo que había quedado vacante un puesto de profesor de matemáticas en una escuela secundaria en Shikoku.<sup>7</sup> Aunque la paga era de sólo cuarenta yenes al mes, me aconsejó que lo intentara. Para ser sincero, a pesar de que me pasé tres años enteros estudiando, no tenía la menor intención de ser profesor, y menos si además

---

<sup>7</sup> Shikoku es la cuarta isla del archipiélago nipón. Está situada al sur de Honshū, a unos quinientos kilómetros de Tokio.

había que irse a vivir a provincias. Pero, por otro lado, tampoco tenía ningún otro plan a la vista, así que acepté en el acto. De nuevo se manifestó en mí ese carácter tan impulsivo que mi familia me había dejado en herencia.

Una vez aceptada la oferta, no me quedó otra que incorporarme a mi nuevo cargo. Durante tres largos años había vivido en un cuchitril y ni una sola vez me había quejado. No había tenido ni una pelea con nadie. Lo cierto es que esa etapa de mi vida, comparada con la anterior y con la que me depararía el futuro, fue una época realmente despreocupada. Pero había llegado la hora de abandonar mi pequeño cuarto. La única vez en toda mi vida que había salido de Tokio fue en una excursión del colegio en que fuimos a Kamakura<sup>8</sup>. Esta vez tendría que irme mucho más lejos. Busqué la ciudad en cuestión en un mapa, y vi que estaba en la costa y que no era mayor que la cabeza de un alfiler. No sabía nada sobre ella, o sobre sus habitantes. Pero tampoco es que hubiera mucho que saber. No había que ponerse nervioso, me dije, solo dejar que las cosas fluyeran con naturalidad. Aunque, para ser sincero, sí que estaba un poco preocupado.

Desde que vendimos nuestra casa, había ido ya varias veces a visitar a Kiyō. En contra de lo esperado, su sobrino resultó ser una persona excelente. Siempre que iba a visitarlos, intentaba agradarme. Kiyō seguía poniéndome por las nubes, y le decía a su sobrino que algún día, muy pronto, yo poseería una mansión en Kojimachi y un cargo oficial. Como seguía empeñada en ver mi vida a su manera, estas conversaciones me resultaban muy incómodas. Todo lo que yo podía hacer era sentarme y ponerme colorado. Y lo malo era que se pasaba todo el rato hablando de mí. Algunas veces, hablaba incluso de cuando era pequeño y me orinaba en la cama. En esas ocasiones, yo no sabía dónde meterme. Tampoco sé muy bien qué pensaría su sobrino al escuchar todo aquello. Kiyō era una mujer algo chapada a la antigua, como de otra época, y nuestra relación la veía todavía en términos feudales de amo y criado. Parecía pensar que si yo era su señorito, también era el señorito de su sobrino. Me imagino que para él debía de ser muy molesto.

A su debido tiempo, se anunció oficialmente que había sido contratado. Tres días antes de marcharme, fui a visitar a Kiyō, pero estaba en la cama con un resfriado. Su habitación era muy pequeña, y estaba orientada al norte. Nada más verme pareció recuperarse. Se sentó y me preguntó:

—¿Cuándo comprará mi Botchan querido su casa?<sup>9</sup>

Kiyō creía que todo lo que uno tenía que hacer era sacarse un título, y que después el dinero vendría solo. Lo que me pareció más chocante, sin embargo, fue que siguiera llamándome igual que de niño, «Botchan», máxime cuando en todo lo demás me trataba como a un adulto. No era asunto fácil para mí hacerme con una casa en poco tiempo. Cuando le dije que me iba a trabajar a provincias, pareció muy

---

<sup>8</sup> Kamakura es una antigua ciudad situada a unos cincuenta kilómetros al sudoeste de Tokio. Fue capital *de facto* de Japón durante el *shogunato*.

<sup>9</sup> *Botchan* es una forma afectuosa y respetuosa de dirigirse a cualquier niño varón o de referirse a él ante otros miembros de su familia. Está formado por *Bo* (niño, aunque también monje budista) y *chan* (sufijo que denota cariño y respeto). Tiene un segundo sentido de niño mimado o inmaduro. Recoge, entre otros, los sentidos de *chiquillo*, *señorito*, *niño* y *querido*, pero todos son interpretaciones parciales.

desilusionada, y empezó a pasarse las manos una y otra vez a lo largo de sus cabellos grises. Lo sentí por ella, e intenté animarla diciéndole:

—Tengo que irme, pero volveré pronto. Estaré aquí en las próximas vacaciones de verano. —Como no pareció muy satisfecha con mi promesa, le pregunté—: ¿Qué quieres que te traiga cuando venga?

—Me gustaría que me trajeras uno de esos dulces de Echigo<sup>10</sup> que vienen envueltos en hojas de bambú —me respondió. Yo nunca había oído hablar de aquellos dulces, pero es que además Echigo estaba justo en dirección contraria respecto a Shikoku.

—No creo que tengan esos dulces allá adonde voy —repuse.

—¿Y hacia dónde vas entonces?

—Hacia el oeste.

—¿Más allá de Hakone?<sup>11</sup>

No sabía cómo explicárselo.

La mañana en que me marché, Kiyo vino a mi habitación para despedirme. Me entregó una bolsa de lona con un cepillo de dientes, polvo dentífrico, y una toalla que había comprado por el camino. Le dije que en realidad no necesitaba nada, pero insistió en que lo aceptara. Marchamos a la estación en dos rickshaws, rodando uno al lado del otro. Yo subí al tren, y ella se quedó en el andén, mirándome por la ventana.

—Es posible que no nos volvamos a ver. Cuídate mucho —me dijo muy triste.

Las lágrimas se agolparon en sus ojos. Yo no lloré. Pero a punto estuve. Luego, cuando el tren se alejó lo bastante del andén y me imaginé que ya no podría notar mis lágrimas, saqué la cabeza por la ventanilla para mirar la estación que dejaba atrás. Kiyo todavía seguía allí de pie. Parecía muy pequeña en la distancia.

---

<sup>10</sup> Echigo está al nordeste de Tokio, a unos doscientos kilómetros, en la costa del mar de Japón, en una dirección casi opuesta a la de Shikoku, el destino de Botchan.

<sup>11</sup> Hakone es una región montañosa que sí está al oeste de Tokio, pero tan solo a unos cien kilómetros, mientras que Shikoku está a unos setecientos. Hakone constituía una especie de límite simbólico para los habitantes de Tokio.

El vapor se detuvo con un largo toque de sirena, y fue entonces cuando pudimos ver una barcaza de remos que se acercaba a nosotros. El barquero iba medio desnudo. La única ropa que llevaba eran unos calzones rojos que a duras penas lograban cubrirle la entrepierna. ¡Parecía un salvaje! Aunque con el calor que hacía cualquiera llevaba kimono. El sol era muy intenso y su reflejo en el mar, cegador. El sobrecargo me avisó de que era allí donde tenía que bajarme. A primera vista, el lugar tenía la pinta de una aldea de pescadores del tamaño del barrio de Omori en Tokio. Me sentí estafado, en cierto modo. ¿Cómo pretendían que me fuera a vivir a un agujero semejante? Pensé que lo mínimo que debía hacer era presentar mi dimisión en cuanto tuviera oportunidad. Tras unos instantes de zozobra, me rehice y salté a la barcaza, el primero de todos. Tras de mí, saltaron otras cinco o seis personas.

Cargaron dos enormes cajas en la barca, y entonces «Taparrabos-Rojo» nos llevó remando hasta la orilla. Cuando llegamos, volví a ser de nuevo el primero en saltar a tierra. Me dirigí directamente a un mocoso que nos miraba, y le pregunté si sabía dónde quedaba la escuela secundaria. El muchacho me miró con desgana y dijo:

—Pues no lo sé, señor.

¡Menudo paleta! El lugar aquel no sería mayor que la frente de un gato. ¿Cómo no iba a saber dónde estaba la escuela? Acto seguido apareció un hombre vestido con un extraño kimono con mangas ajustadas y me invitó a acompañarle. Fui tras él hasta una posada llamada Minato. Al llegar allí fui recibido por un grupo de sirvientes, de aspecto bastante desaliñado, que me saludaron al unísono. Francamente, aquello no me gustó demasiado. Me detuve en la entrada y les pregunté si sabían dónde podía encontrar el instituto de bachillerato. Me respondieron que estaba a unos cinco kilómetros en tren, lo que me reafirmó más aún en la idea de partir para allá inmediatamente. Le arrebaté mis dos valijas al hombre del kimono de las mangas ajustadas y comencé a caminar lentamente. Las mujeres de la posada me miraban extrañadas.

Enseguida di con la estación y no me fue muy complicado adquirir un billete. Cuando me subí al vagón, me pareció tan pequeño como una caja de cerillas. No llevábamos ni cinco minutos en marcha cuando llegó el momento de bajar. No me extrañó que el billete fuera tan barato, valía solo tres céntimos. Me monté en un *rickshaw* y me dirigí a la escuela. Al llegar, me di cuenta de que las clases ya debían de haber acabado, porque allí no había nadie. El bedel me explicó que el profesor de guardia había salido un momento a hacer un recado. No me pareció correcto que el profesor de guardia se tomara su trabajo tan a la ligera. Se me ocurrió que podría llamar al director pero pensé que no serviría para nada, así que volví a montarme en mi *rickshaw* y le pedí al conductor que me llevara a algún sitio donde pasar la noche. Con presteza, me llevó hasta una posada cuyo nombre, Yamashiro, me hizo mucha gracia: era el mismo nombre que tenía la casa de empeños de la familia de mi vecino Kantaro.

Por alguna razón que aún se me escapa, la habitación que me dieron estaba situada bajo la escalera y era muy oscura. Dentro hacía un calor insoportable. Cuando le dije a la mujer que yo no quería quedarme allí, me respondió que por desgracia ésa era la única habitación que les quedaba libre, tras lo cual dejó caer mis maletas en el suelo con gran estrépito y se marchó. Yo estaba chorreando de sudor. Al rato vinieron a decirme que el agua estaba lista, así que decidí darme un baño rápido. En el camino de vuelta vi con asombro que había otras habitaciones más amplias y frescas que parecían vacías. ¡Miserables embusteros! Poco después vino otra mujer y me trajo la cena. Aunque el calor que hacía en la habitación seguía siendo insoportable, la comida era mucho mejor que la que me daban en mi pensión de Tokio. Mientras me servía, la mujer me preguntó de dónde venía, y yo le contesté que de Tokio.

—Tokio debe de ser un lugar muy bonito —me dijo.

—¡Podrías apostar! —le respondí yo.

Cuando acabé de cenar, la sirvienta se retiró con mi bandeja a la cocina, donde empezaron a escucharse montones de risas, a cual más escandalosa. No le di importancia y decidí acostarme. Pero no podía dormirme. Al calor insoportable se unía ahora el ruido. La algarabía era mayor incluso que la de mi antigua pensión de Tokio. Entre cabezada y cabezada, soñé con Kiyo. En mi sueño, Kiyo estaba devorando unos dulces de Echigo, con hojas de bambú y todo. Yo le decía que las hojas de bambú le iban a sentar mal y que no debía comérselas, pero ella me respondía que no, que estaban buenas, y seguía comiéndoselas. Asombrado y sin saber qué decir, empecé a reírme a carcajada limpia. En ese momento me desperté. Una criada estaba abriendo las contraventanas. El cielo era igual de azul que el día anterior.

Había oído que cuando uno va de viaje hay que dejar propinas. Si no lo haces, la gente no te trata bien. Pensé que si me habían dado esa minúscula habitación seguramente sería porque no les había dado ninguna propina. Mi ropa desastrada, mis maletas viejas de lona y mi paraguas de imitación de seda tampoco contribuían que digamos a dar una buena impresión. Me pareció humillante que semejante pandilla de paletos me juzgara de ese modo. Pues bien, se iban a enterar: les iba a dar una propina que se iban a caer de espaldas. Cuando salí de Tokio llevaba treinta yenes; después de pagar el tren, el barco, y sumando todos los otros gastos, aún me quedaban catorce. Y pronto me pagarían mi salario, así que aunque les diera todo mi dinero, ello no supondría un problema para mí. «La gente del campo es muy tacaña», pensé. «Y seguro que con cinco yenes los dejo con la boca abierta. Ya verán éstos.» Así que salí de mi habitación, me lavé la cara, y luego volví y me senté a esperar. La misma mujer que la noche anterior me había servido la cena entró con el desayuno. Estaba dejando las cosas en la mesa cuando vi que sonreía de modo burlón. ¡Qué mujer tan descortés! ¿Acaso veía algo gracioso en mi cara? En cualquier caso, mi cara era mejor que la suya. Había planeado esperar a que terminara de servirme para darle la propina, pero estaba tan enfadado que saqué los cinco yenes en ese mismo instante y le dije que los llevara a la recepción. La mujer me miró con cara de extrañeza. Nada más terminar el desayuno, salí en dirección a la escuela. Al ponerme los zapatos me di cuenta de que no me los habían limpiado.

Creía recordar bien el camino a la escuela. Haciendo memoria del viaje en coche del día anterior, no tendría más que doblar dos o tres esquinas, y llegaría fácilmente a la puerta. El paseo desde la cancela hasta el instituto estaba pavimentado con bloques de granito, y el ruido que hacían las ruedas del *rickshaw* al discurrir sobre él todavía resonaba débilmente en mis oídos. Aquel día, en cambio, paseaba rodeado de estudiantes vestidos de negro uniforme, que se apelotonaban en el portalón. Algunos de ellos eran más altos que yo, y al menos a primera vista parecían más fuertes. Sentí cierta inquietud al pensar que aquellos iban a ser mis alumnos. Al llegar al edificio, presenté mi tarjeta y fui conducido a la oficina del director. Se trataba de un hombre de tez algo oscura, adornada con un fino bigotito. Tenía unos ojos enormes, que le hacían parecerse a un mapache. A primera vista, me pareció alguien muy pretencioso. Me dijo que debía esforzarme todo lo que pudiera y, de modo solemne, me dio una copia de mi contrato, sobre el que había un gran sello. (Más tarde, en mi viaje de vuelta a Tokio, cogí este contrato, hice un gurrullo y lo arrojé por la borda del barco.) A continuación me anunció que me iba a presentar a los otros profesores. Conforme me los fuera presentando, me dijo, yo tenía que ir enseñándoles el contrato, uno a uno. Aquello me pareció una estupidez. Habría sido más sencillo dejar colgado el contrato en la pared de la sala de profesores durante tres días para que el que quisiera lo pudiera inspeccionar a su antojo.

Los profesores se reunirían en una sala tan pronto sonara la corneta que marcaba el final del primer turno de clases. Pero todavía faltaba un rato. El director sacó entonces un reloj de uno de sus bolsillos, le echó un vistazo, y me dijo que, aunque ya habría tiempo suficiente para informarme con detalle de cuáles serían mis cometidos en la escuela, no quería dejar pasar en ese momento sin comentarme los puntos más importantes. Comenzó entonces una larga y pesada perorata sobre el espíritu de la educación. No había forma de librarme de aquel discurso y, mientras lo escuchaba, me reafirmé en la sensación de que había ido a aterrizar en el lugar equivocado. Pronto me dio por sospechar que no iba a poder cumplir lo que se esperaba de mí. El director me dijo que tenía que convertirme en un modelo para los estudiantes y que debía, por tanto, comportarme en consonancia. También me dijo que un verdadero pedagogo es aquel que no solo imparte conocimientos sino que ejerce una influencia moral positiva en sus alumnos. Todo aquello era más de lo que razonablemente se podía esperar de alguien tan imprudente como yo. ¿Pensaba realmente el director que un individuo como el que él estaba describiendo aceptaría venir a enseñar a semejante villorrio por cuarenta míseros yenes al mes? Generalmente casi todos los seres humanos actúan de forma similar: si algo les irrita, se quejan y protestan, o inician una pelea. Yo, sin embargo, permanecí callado. Si hacía caso a lo que me estaba diciendo el director, ya me veía abocado a estar todo el día sin poder abrir la boca, y sin poder salir a dar un paseo siquiera. Si este trabajo exigía tantas cualidades, antes de contratarme habían debido advertirme. No me gusta mentir, así que no me quedaban muchas salidas. Debía enfrentarme a la situación, aceptar que mi presencia allí se debía a un malentendido, presentar mi dimisión inmediata e irrenunciable y volver a casa. Pero acababa de darle una propina de cinco yenes a los de la posada, y todo lo que tenía en la cartera eran nueve yenes y algo suelto. ¡De ninguna forma suficiente para volver a Tokio! ¡Ojalá no hubiera dejado ninguna propina! Me había comportado como un imbécil. Pero incluso con solo nueve yenes, pensé, me las arreglaría para volver a casa. Y aun en el caso de que no pudiera hacerlo, cualquier cosa me parecía mejor que mentir.

—No creo estar a la altura de sus expectativas —le dije—. Debo devolverle el contrato.

El director guiñó entonces los ojos, como saliendo de su letargo de mapache, y me miró en silencio por unos instantes. Luego comenzó a reírse.

—¡Lo que le he descrito es únicamente un ideal! Sé que no será capaz de alcanzarlo, aunque se lo proponga. No debe preocuparse.

Pero si era como él decía, ¿para qué me había echado entonces ese discurso?

De repente sonó la corneta, y hasta nosotros llegó el rumor de los estudiantes saliendo de las aulas. El director dijo entonces que deberíamos pensar en encaminarnos a la sala de profesores, donde ya nos estarían esperando, así que eso fue lo que hicimos. La sala de profesores era una estancia larga y estrecha. Los profesores estaban sentados en unas mesas que había alineadas a lo largo de las paredes. Al entrar, todos se volvieron a la vez para mirarme, como si se hubieran puesto de acuerdo. Me sentí un animal del circo. A continuación, tal como habíamos acordado, fui presentándome a cada uno de los profesores y, tras hacerles un saludo formal, les iba enseñando mi contrato. La mayoría se limitaban a levantarse un instante de su silla y a saludarme con una leve inclinación de cabeza, pero algunos otros, que parecían querer ser más corteses, agarraban mi contrato, hacían como si lo leyeran, y me lo devolvían con solemnidad. Me pareció que todo el mundo representaba un rol. Cuando llegué al que hacía el número quince —el profesor de gimnasia— empecé a sentirme algo irritado por tener que repetir una y otra vez la misma comedia. Cada uno de los presentes hacía su papel solo una vez, pero yo ya había tenido que hacerlo quince veces. Creo que deberían haber sido más considerados conmigo.

Entre los que me presentaron estaba el jefe de estudios. Al principio no me quedé con su nombre, pero sí con que era un licenciado universitario en literatura, algo que me impresionó. Tenía una voz rara, suave y femenina. Pero lo que me pareció más sorprendente fue que, a pesar del calor que hacía, llevaba puesta una camisa de franela. Aunque la tela era muy fina, la franela es la franela, y cualquiera la llevaba en pleno verano. Sin duda, se trataba de una excentricidad propia de un licenciado universitario. Pero es que además la camisa en cuestión era de color rojo, lo que me pareció más extraño aún. Más tarde, cuando me enteré de que llevaba camisas de ese color durante todo el año, eso acabó de persuadirme de que el tipo estaba mal de la cabeza. Resulta que estaba convencido de que usar camisas de ese color era beneficioso para la salud, así que se las mandaba hacer a medida para que no le faltaran nunca. ¡Qué tontería! ¿Por qué no se vestía entonces de rojo de la cabeza a los pies?

Me presentaron también al profesor de inglés, el señor Koga, un tipo de aspecto enfermizo y de piel verdosa. La gente con la tez de ese color suele ser de complexión delgada, pero Koga era más bien rellenito. Cuando yo estaba en primaria, tenía un amigo, Tami Asai, cuyo padre tenía la piel igual de verde. El padre de mi amigo era granjero, así que una vez le pregunté a Kiyó si se me pondría también la piel de ese color si me convertía en granjero. Kiyó me dijo que no. El problema, me contó, era que seguramente el padre de Tami comía demasiadas calabazas maduras, algo que hace que tu piel se ponga verde. Desde entonces, cada vez que veo a alguien con un tono de piel verdoso pienso que está así por

comer demasiadas calabazas maduras. Me apuesto lo que sea a que el profesor de inglés era bastante aficionado a comerlas. Nunca he entendido por qué las calabazas maduras tienen ese efecto sobre la gente. Alguna vez se lo pregunté a Kiyō pero, en vez de responderme, solía reírse. Creo que tampoco ella sabía la respuesta.

Después fui presentado al profesor de matemáticas, un tal Hotta. Era un tipo de aspecto bravucón y rebelde, con el pelo rapado como un bonzo, uno de esos monjes del antiguo monte Hiei.<sup>12</sup> Cuando le enseñé mi contrato, Hotta ni siquiera se molestó en mirarlo:

—¿Así que tú eres el nuevo? ¡Ven a verme alguna vez! —Y entonces soltó una sonora carcajada. No sé a qué venía aquello. ¿Quién iba a querer pasar el tiempo con alguien tan bruto? En ese mismo momento decidí que lo apodaría «Puercoespín».

El profesor de literatura clásica china, como era de esperar, era un hombre mayor, envarado y formal. Sin embargo, había algo de agradable en la forma en que me espetó:

—Debe de estar cansado todavía por el viaje. Recién llegado y ya tiene que empezar a dar clases... Intente tomárselo con calma.

El profesor de arte se daba aires de actor: hablaba por los codos gesticulando con su abanico, y llevaba una chaqueta de gasa sobre el kimono.

—¿De dónde vienes? ¿De Tokio? Ah, fenómeno, yo también soy de allí.

Al oírlo me dije que si de verdad el tipo aquel era de Tokio, entonces yo preferiría haber nacido en otro sitio.

Podría seguir hablando eternamente del resto de profesores. Pero como no acabaría nunca, prefiero dejarlo aquí.

Cuando por fin concluyeron las presentaciones, el director me dijo que por aquel día ya era suficiente. Mis clases comenzarían dos días más tarde, pero antes el responsable de las asignaturas de ciencias me pondría al corriente de mis horarios y de otras cuestiones. Cuando pregunté quién era ese responsable del que me hablaba, comprendí que se refería al Puercoespín. No me gustó ni una pizca la idea de trabajar bajo su tutela. ¿A quién le gustaría? El Puercoespín enseguida se acercó a mí y me preguntó:

—¿Dónde te alojas?

—En la posada Yamashiro —respondí.

—Muy bien, iré en cuanto pueda y hablaremos de tus clases —dijo, y cogiendo su tiza salió corriendo a dar su clase. ¡Qué jefe más informal y poco protocolario que visitaba en persona la casa de su subalterno cuando debía ser al revés! Pero he de reconocer que me agradó su falta de respeto por las formas.

Tras salir de la escuela, mi primera intención fue regresar a la posada. Pero luego, como en realidad no tenía nada que hacer, se me ocurrió la idea de explorar

---

<sup>12</sup> Monte cercano a Kyoto, sede del templo más importante de la secta budista Tendai, el Enryaku-ji, famoso entre otras cosas por las prácticas de sus bonzos basadas en el ejercicio físico (la carrera de larga distancia, sobre todo) y el ascetismo.



la ciudad, así que me puse a caminar sin rumbo fijo. Pronto me topé con la sede del gobierno provincial. Era un edificio de aspecto antiguo, vestigio de otra era. Vi también el cuartel del ejército. No me pareció tan impresionante como el de Azabu en Tokio. Luego desemboqué en la calle principal. Era solo la mitad de ancha que la de Kagurazaka, y los edificios eran mucho peores. ¿Era aquel poblacho que acababa de recorrer la magnífica ciudad de doscientos cincuenta mil *koku*<sup>13</sup> de la que me habían hablado? Es posible que en otro tiempo sus habitantes se enorgullecieran de ella; ahora, sin embargo, yo los compadecía.

Estaba sumido en estos pensamientos cuando me encontré sin darme cuenta a la puerta de mi posada. La ciudad era mucho más pequeña de lo que yo había pensado. Me la había visto entera en un santiamén. Crucé la entrada con ganas de almorzar. Nada más verme, la mujer de la recepción se levantó y vino a mi encuentro.

—¡Bienvenido! —exclamó inclinando la cabeza hasta casi tocar el suelo. Mientras me quitaba los zapatos, apareció una de las sirvientas y me guió hasta el primer piso, donde me dijo que acababa de quedarse libre una habitación bastante buena. Resultó que no sólo estaba en el primer piso, sino que era una estancia bastante grande, de quince tatamis<sup>14</sup>, con un amplio *tokonoma*<sup>15</sup>. En mi vida había estado en una habitación tan elegante. No sabía cuándo se me presentaría otra oportunidad como aquella, así que me apresuré a desvestirme, me puse un *yukata*<sup>16</sup> para estar más cómodo, y me tumbé en el centro de la habitación. Vaya sensación tan maravillosa.

Una vez acabé mi almuerzo, me dispuse a escribir a Kiyo. No me gusta nada escribir cartas: nunca se me ha dado bien, y no soy nada bueno memorizando los caracteres. Además, me cuesta mucho encontrar cosas que contar. Sin embargo, pensé que Kiyo estaría preocupada por mí. No quería que pensara que el barco en el que viajaba se había hundido, o que me había ocurrido cualquier otra desgracia, así que me dispuse a escribir una carta lo más larga posible. Esto fue lo que le dije:

Llegué ayer. Este es un lugar sin interés. Estoy alojado en una habitación de quince tatamis. Ayer di una propina de cinco yenes a los de la posada. La dueña me ha hecho hoy una reverencia tan grande que tocó el suelo con la frente. Anoche no pude dormir. Soñé que estabas comiéndote esos dulces que me dijiste, con las hojas de bambú y todo. Iré a verte el próximo verano. Hoy fui a la escuela y puse motes a todos los profesores. El director es el Mapache. El director de estudios es el

---

<sup>13</sup> Un *koku* equivale aproximadamente a 180 litros de arroz. O sea que 250 000 *kokus* es una medida del poder económico de la ciudad en la época feudal. El *koku*, es decir la cantidad de arroz, se calculaba anualmente, y servía en la época de Edo como indicador del producto nacional bruto de la época.

<sup>14</sup> Un *tatami* es una esterilla rígida de un metro ochenta por noventa centímetros y de unos diez de grosor, hecha de paja de arroz que conforma el piso habitual de una habitación tradicional de estilo japonés, y que se usa todavía para medir la superficie de cualquier habitación o vivienda, de forma similar al metro cuadrado en Europa.

<sup>15</sup> El *tokonoma* es una sección de una habitación principal japonesa (una especie de hornacina o altar), marcada a menudo por una columna de madera, en la que se coloca un objeto especial de decoración (un arreglo de *ikebana* o un *kakemono*, o dibujo enrollable) de acuerdo con la estación de año. Tiene ciertas connotaciones de lugar sagrado, algo así como el recinto de la casa en el que moran los kami o dioses.

<sup>16</sup> Un *yukata* es un kimono de algodón ligero, de colores vivos (usualmente blanco con estampados geométricos azules o rojos), que se usa en verano y ocasionalmente como pijama.

Camisarroja. El profesor de inglés es el Calabaza, el de matemáticas el Puercoespín, y el de arte el Bufón. Bueno, ahora estoy muy ocupado. Adiós.

Me sentí bien después de terminar la carta. Me tumbé en el suelo, estiré los brazos y las piernas, y me abandoné al sueño. Esta vez dormí profundamente, y no soñé con nada.

Me despertó una potente voz:

—¡Así que esta es la habitación!

Cuando logré abrirlos ojos, sobresaltado, vi que delante de mí estaba el Puercoespín. Antes de que me hubiera despedido del todo, él ya había comenzado a hablar:

—Siento despertarte. Tus clases...

Al principio, no comprendía ni una palabra de lo que me estaba diciendo. Luego, deduje que las clases que me había asignado en un principio no eran las más difíciles, así que me relajé. De haberlo sabido antes, creo que podría haber empezado a trabajar al día siguiente de mi llegada, no dos días después. Cuando acabó de explicarme mis tareas como profesor, me dijo, como si ya lo tuviera decidido, que obviamente no creía que fuera mi intención permanecer en esa posada mucho tiempo más.

—Conozco una pensión en la que te pueden alquilar una habitación. Si dejas que te presente, seguro que te la alquilan sin problema. Y cuanto antes lo hagamos, mejor. No sería mala idea —continuó— ir a verla hoy mismo para que te puedas mudar mañana, antes de que comiencen tus clases.

Era verdad: no podía continuar indefinidamente en la elegante habitación en la que me alojaba. Mi salario no me lo permitiría. Me dio rabia pensar en dejar la posada después de haber dado los cinco yenes de propina, pero en vista de que debía irme, lo mejor sería hacerlo cuanto antes. Le pedí al Puercoespín que me presentara a los dueños de la pensión.

—¿Por qué no vamos juntos? —le dije.

La pensión estaba situada en un lugar muy tranquilo, en la ladera de una colina, a las afueras de la ciudad. El dueño era un anticuario llamado Ikagin<sup>17</sup>. Su mujer parecía cuatro o cinco años mayor que él. Cuando iba a la escuela alguien me enseñó la palabra *witch* en clase de inglés. Significaba «bruja». Pues bien, esta mujer parecía una auténtica *witch*. Pero no era yo el que estaba casado con ella, de modo que me daba igual.

Cerramos el trato con los dueños, y acordamos que al día siguiente ya podría mudarme a mi nueva habitación. En el camino de vuelta a la posada, Puercoespín me invitó a un sorbete. Nada más conocerlo me había parecido un tipo bruto y arrogante, pero ahora que hacía todas esas cosas por mí, ya no lo veía del mismo modo. Supongo que se trataba de alguien impulsivo, y con genio, como yo. Más tarde me enteré de que era el profesor más apreciado por los estudiantes.

---

<sup>17</sup> El apellido *Ikagin* se puede escribir con ideogramas que significan «falso» y «dinero».

Por fin llegó el momento de empezar mis clases. Cuando entré en el aula y me vi sobre la tarima, me sentí muy extraño. Mientras daba la lección, me preguntaba si en realidad servía para eso. Los estudiantes eran muy ruidosos. Por alguna razón, se dirigían a mí en voz muy alta, casi gritando. Cuando lo hacían, no dejaban de increparme: «profesor esto» o «profesor aquello», lo que me hacía sentir incómodo. Yo había utilizado esa palabra a todas horas cuando estudiaba en la escuela superior de ciencias físicas, pero una cosa es usarla uno mismo, y otra que la usen contigo. Oírlos me producía una especie de sensación de cosquilleo en la planta de los pies. No me considero un cobarde; tampoco un pusilánime. Pero desgraciadamente, a veces los nervios me acaban traicionando. Cada vez que uno de los alumnos se levantaba y me increpaba «profesor, profesor», yo me asustaba igual que cuando caminaba por Tokio con el estómago vacío, y entonces sonaba el cañonazo que marcaba las doce del mediodía en el Palacio Imperial. Sin embargo, me las arreglé bastante bien para pasar esa primera clase sin incidentes, sobre todo porque nadie me preguntó nada muy difícil. Cuando volví a la sala de profesores, el Puercoespín me preguntó qué tal me había ido mi primera clase. Le respondí con un lacónico «bien», y él pareció quedarse satisfecho.

Cuando cogí mi tiza y salí para la segunda clase, me embargó la sensación de que me encaminaba a territorio enemigo. Cuando entré en el aula, me di cuenta de que todos los alumnos eran más corpulentos que yo. Como buen nativo de Tokio, soy un tipo más bien bajito y delgado y, a pesar de estar subido en la tarima, aquellos muchachos me parecían amenazadores. Soy capaz de pelearme con cualquiera, incluso de enfrentarme a un luchador de sumo, pero la cosa cambia si tengo que dar la cara ante cuarenta gigantes con la única ayuda de mi oratoria. Era muy consciente de que si daba cualquier muestra de debilidad ese primer día, aquellos brutos me perderían el respeto para siempre, así que decidí hablar todo lo alto que me era posible, pronunciando muy fuerte las erres. Al principio los chicos parecieron desorientados, como si una espesa niebla los hubiera envuelto. Me dije que aquello funcionaba, y decidí seguir hablando de esa forma un tanto estrambótica, imitando el acento barriobajero de Tokio. Tras unos minutos, el chico que estaba sentado en el centro de la primera fila, el más corpulento de toda la clase, se puso de pie y gritó:

—¡Profesor!

«A ver con qué me sale éste ahora», pensé. El continuó:

—Con lo rápido que habla usted, no hay quien entienda nada. Podría hablar más lentamente, ¿*verdad que sí?*

Este ¿*verdad que sí?*, y la lentitud con la que se dirigió a mí, lograron sacarme de quicio. ¡Qué forma de hablar más insustancial!

—Muy bien —les dije—. Si queréis que os hable más lentamente lo haré, pero debéis tener en cuenta que soy de Tokio y no puedo hablar como vosotros. Si no me entendéis bien, no os preocupéis que ya os acostumbraréis.

En mi segunda clase hice lo mismo, y funcionó de maravilla. Pero cuando estaba a punto de salir del aula, un estudiante se me acercó con una hoja y me dijo:

—Podría usted resolver este problema de geometría, *¿verdad que sí?*

El problema en cuestión era tan difícil que no se me ocurría nada; un sudor frío comenzó a bajarme por la espalda. Lo cierto es que no tenía ni idea de cómo resolverlo y así se lo dije. Acto seguido, salí a toda prisa del aula en dirección a la sala de profesores. Pero nada más irme los estudiantes comenzaron a burlarse a mis espaldas, coreando:

—¡No lo sabe! ¡No lo sabe!

Creo que en casos excepcionales es normal que el profesor no sepa la respuesta a alguna pregunta especialmente complicada. ¿Qué hay de malo en decir que no se sabe algo cuando no se sabe? Además, pensé, nadie que fuera capaz de resolver semejante problema habría acabado en aquel rincón perdido de la mano de dios ganando cuarenta yenes al mes. Cuando volví a la sala de profesores, el Puercoespín volvió a preguntarme si me había ido bien la clase pero esta vez no bastó la inclinación de cabeza y el lacónico «bien». En cambio, le dije que los estudiantes de aquella escuela me parecían todos unos ignorantes. El Puercoespín me miró con cara enigmática.

En cuanto a la tercera clase y la cuarta, así como a la que tuve que dar por la tarde, todas fueron más o menos igual: en todas algo se acabó torciendo. Me di cuenta de que ser profesor no era tan fácil como parecía. Aunque ya no tenía que enseñar más ese día, no podía abandonar la escuela hasta las tres. Al acabar las clases, los estudiantes limpiaban y ordenaban el aula, y luego a mí me tocaba revisar cómo lo habían hecho. También debía repasar la lista de faltas del día. Solo después de hacer todo eso se me permitía volver a casa. No me gustó la idea de tener que esperar hasta las tres sin hacer nada. Parece que el que te den un salario les da derecho a tenerte sentado en una silla mirando a las musarañas. Yo me rebelaba contra eso. Aunque si todos los demás aceptaban esas reglas sin rechistar, un recién llegado no era quién para protestar, así que aguanté en silencio todo ese tiempo. Cuando estábamos saliendo, expresé mi disgusto a Puercoespín.

—Es absurdo que nos obliguen a estar aquí sin hacer nada.

Puercoespín me dijo que tenía razón y se rió, pero luego añadió en tono serio:

—Mira, será mejor que no te quejes mucho. Y si lo haces, hazlo conmigo. Por aquí hay gente muy especial.

Nos separamos en la siguiente esquina, así que no pude oír más detalles.

Cuando llegué a casa, el casero vino a mi habitación y me invitó a tomar un té. Al oírlo, pensé que me estaba ofreciendo su té, pero vi con asombro cómo cogía mi té, le echaba agua hervida, y se lo bebía. Seguro que era el tipo de persona que aprovechaba para beberse mi té mientras yo estaba fuera. Me dijo que siempre le habían interesado las antigüedades, y que por eso había acabado dedicándose a la compraventa.

—Usted parece una persona de gustos refinados — me dijo—. ¿No le gustaría iniciar su propia colección de antigüedades?

«¡Qué propuesta más estúpida!», pensé. Una vez había ido al Hotel Imperial de Tokio a hacer un recado, y me habían tomado por un cerrajero. Otra vez que estaba paseando por Kamakura con una manta echada sobre los hombros y la cabeza, cerca de la gran estatua de Buda, al conductor de un *rickshaw* le había dado por llamarme «jefe». Lo que quiero decir es que en mi vida me habían pasado muchas cosas raras, pero hasta ese momento nadie me había dicho que «tenía gustos refinados». A la gente se la suele conocer por su aspecto. Seguramente será por influencia de los personajes que vemos en los cuadros, pero al hablar de alguien de gustos refinados uno se imagina a un hombre tocado con capa y capucha, o enarbolando un papel en el que acaba de escribir un poema. «Este tipo que pretende halagarme diciendo con toda seriedad que soy hombre de buen gusto debe ser un pájaro de mucho cuidado», pensé. Le respondí que coleccionar antigüedades me parecía propio de personas viejas y ociosas, y que era algo que no me gustaba nada, a lo que él me respondió con una carcajada:

—A nadie le gusta al principio el coleccionismo, pero una vez que se empieza, ya no se puede parar—. Y diciendo esto se sirvió otra taza de mi té que se bebió con ademán afectado.

Yo le había encargado la noche anterior que me comprara té, y el que había traído era horrible, oscuro y amargo. Una taza era suficiente para hacerte sentir mal. Le pedí que me trajera algo mejor la próxima vez.

—Por supuesto —me dijo, y se apresuró a servirse otra taza aprovechando hasta la última gota. Luego se la bebió entera. Era el tipo de persona que aprovechaba hasta la última gota del té de los demás. Después cié que se fuera, preparé las clases del día siguiente, y me acosté temprano.

Los días siguientes se repitió la misma rutina: iba a la escuela por la mañana, impartía mis clases, volvía a mi habitación y allí recibía la visita del casero que venía a invitarme a mi propio té. Después de una semana, ya tenía muy claro el funcionamiento de la escuela y también qué clase de personas eran el casero y su mujer. Otros profesores me habían contado que las primeras semanas de trabajo se las habían pasado muy preocupados por la impresión que estarían causando, pero eso no me ocurrió a mí. Yo cometía errores en clase, pero media hora después los había olvidado. No soy del tipo de personas que se obsesionan con las cosas. El efecto que mis errores pudieran tener en los estudiantes, el director o el jefe de estudios me traía al fresco. Como ya dije, a veces me traicionan los nervios, pero una vez que decido algo, me mantengo firme en mi decisión, para bien o para mal. Había decidido que si las cosas no iban bien en la escuela, me volvería a Tokio, así que Camisarroja y el Mapache no me daban ningún miedo. Y en cuanto a los estudiantes, me preocupaban menos incluso que mis colegas, por lo que no pensaba hacer nada en especial para intentar ganármelos.

Esta manera de tomarme las cosas funcionaba muy bien en la escuela, pero no en casa. Si hubieran sido únicamente sus visitas para invitarme a mi té lo habría llevado bien. Lo malo es que el casero comenzó a traerme antigüedades para que las viera. Lo primero que trajo fue un cargamento de barritas de piedra para sellos<sup>18</sup>. Alineó diez de ellas sobre el suelo y me dijo que me las dejaba muy baratas, que me

---

<sup>18</sup> Se refiere a barritas de piedra (también de madera, marfil o plástico hoy en día) que se usan para tallar los caracteres ideográficos o kanji del nombre del propietario y firmar después con tinta roja tanto obras artísticas como documentos de la vida diaria en sustitución a la firma manuscrita.

las vendía por tres yenes. Le dije que yo no era ningún artista ambulante y que para qué necesitaba yo diez sellos diferentes. Así que la siguiente vez se presentó con un *kakemono* que me dijo que había pintado un tal Kazan, y en el que aparecían un pájaro y una flor. Lo colgó él mismo en el *tokonoma* mientras me decía:

—¿No queda bien aquí?

Le dije que sí, por decir algo, lo que le dio pie para comenzar con una larga charla sobre dos pintores llamados «No sé qué» Kazan, y sobre que este *kakemono* lo había pintado uno de ellos y no el otro. Me dijo que debía comprarlo sin falta, y que por ser yo me lo dejaba en solo quince yenes. Cuando le respondí que no tenía ese dinero, insistió en que eso no suponía ningún problema. Ya le pagaría cuando pudiera. Solo cedió cuando le dije no se lo compraría ni aunque tuviera el dinero.

En otra ocasión, se presentó con una piedra para diluir tinta china tan grande como la teja de un alero y me anunció con gran pompa:

—Esta piedra es una auténtica Tankei<sup>19</sup>. Para que no comenzara con su interminable discurso, me hice el tonto y le dije que no sabía qué era eso, pero no logré evitar que me soltara otra insoportable lección:

—Las piedras Tankei se extraen de tres secciones diferentes de la veta, bien de arriba, bien del medio, bien de abajo. —Todas las piedras que se solían ver hoy día estaban extraídas de la sección de arriba, pero esta era un genuino ejemplar de la sección media. —Mira estos ojos —me dijo mientras señalaba unas manchas claras en la oscura superficie de la piedra—. Es difícil ver ejemplares con tres ojos, como ésta. ¿Quieres hacer una prueba diluyendo un poco de tinta en ella?

Cuando me la puso en las manos, le pregunté por el precio.

—Su dueño la trajo de China, pero está deseando venderla, o sea que te la puedo conseguir por treinta yenes.

Me pareció que el casero estaba loco. Pensé que podía aguantar la vida académica, pero que las antigüedades conseguirían acabar conmigo.

No pasaría mucho tiempo antes de que empezara a tener nuevos problemas en el instituto. Paseaba yo un día por el barrio de Omachi, al lado de la oficina de correos, cuando vi un cartel que decía:

## «GENUINA SOBA — AL ESTILO DE TOKIO».

¡Me encantaba la *soba*, esos delicados tallarines! Cuando vivía en Tokio, el solo hecho de pasar ante un restaurante de *soba* y oler el delicioso aroma del caldo humeante que de allí emanaba, me impelía a entrar. No lo podía evitar. Hasta ese momento sólo había tenido tiempo para pensar en matemáticas y antigüedades, y había olvidado la mera existencia de los tallarines. Pero en cuanto vi aquel cartel supe que no podía dejar pasar la oportunidad, así que no me lo pensé dos veces, entré en el restaurante y pedí que me sirvieran un bol. Pronto me di cuenta de que el local no parecía estar a la altura de lo que anunciaba el cartel. Cuando uno entra en un restaurante llamado «Tokio» lo que espera encontrar es un local decente, incluso

<sup>19</sup> Tankei es una ciudad China famosa por su producción de piedras cóncavas para diluir la tinta usada en caligrafía.

sofisticado. A lo mejor es que no conocían Tokio, o quizás no tenían dinero para adecentar el local, pero la verdad es que aquel lugar tenía un aspecto asqueroso. Los tatamis estaban todos marrones y ásperos a causa de la arena y la porquería que se habían ido acumulando. Los muros se veían negros por el hollín. El techo estaba todo manchado por el humo de las lámparas de queroseno y, para colmo, era tan bajo que había que comer agachado. Lo único que parecía nuevo era la lista de precios que colgaba de una de las paredes con los nombres de los platos escritos a mano. Parecía como si hubieran comprado un local en ruinas tan solo dos o tres días antes, y hubieran abierto una casa de comidas sin haberse preocupado en hacer una sola reforma. El primer plato de la lista de precios era *tempura*<sup>20</sup> con *soba*.

—¡Un plato de *tempura* con *soba* —grité.

Tres parroquianos que había en un rincón, y que hasta ese momento habían estado sorbiendo ruidosamente sus tallarines, alzaron sus cabezas para mirarme. Aunque estaba muy oscuro, al ver sus caras reconocí a tres estudiantes de la escuela. Al verme, me saludaron los tres con una inclinación de cabeza, y yo hice lo propio. Comencé a dar cuenta de mi plato enseguida y, como los tallarines estaban realmente deliciosos, me zampé cuatro tazones seguidos.

Al día siguiente, cuando entré en mi clase, como cualquier otro día, descubrí que alguien había escrito con grandes letras en la pizarra:

## PROFESOR TEMPURA.

En cuanto me vieron entrar, los estudiantes prorrumpieron en sonoras carcajadas. Su actitud me pareció tan absurda que les pregunté qué había de extraño en comer *tempura* con tallarines. Uno de ellos respondió.

—Pero es que cuatro platos son muchos platos, ¿verdad, que sí?

Les dije que si pagaba por ello, no era asunto de nadie más que de mí mismo si me comía cuatro platos, o incluso cinco si así se me antojaba. Después, di la clase a toda velocidad y cuando terminé salí pitando hacia la sala de profesores. Cuando regresé para la siguiente clase, diez minutos después, había otro mensaje escrito en la pizarra:

## PROFESOR CUATRO PLATOS DE TEMPURA.

### PROHIBIDO REÍRSE.

La primera vez no me había importado mucho, pero aquello logró sacarme de mis casillas. Estaba furioso. Me pareció que la broma había ido demasiado lejos. Era como cuando se cocina un pastel de arroz demasiado tiempo y éste queda duro y quemado: no hay quien se lo trague. Pero los estudiantes parecían no darse cuenta, y seguían y seguían con la misma bromita. Me imagino que para alguien que

---

<sup>20</sup> El *tempura* es una forma japonesa de fritura de verduras y mariscos o pescados de origen ibérico, seguramente portugués. Se lleva a cabo con un rebozo de huevo y harina. La palabra tiene su origen en la expresión latina *tempora ad quadragesimae* (los tiempos de la cuaresma).

vive en una ciudad tan minúscula que puedes recorrértela entera en una hora, ver a alguien comiendo *tempura* con *soba* puede resultar un espectáculo tan impactante como la guerra ruso-japonesa. Me daban pena esos miserables. Educados desde pequeños como si fueran el bonsái de un arce, se habían retorcido según crecían hasta dejar de parecer seres humanos normales. Si se hubiera tratado de algo inocente, me habría reído con ellos de buen grado. Pero aunque fuera una broma de niños, había algo de malvado en lo que habían hecho. Así que me callé, borré la pizarra, y luego me di la vuelta y les dije:

—Aunque os parezca gracioso lo que habéis hecho, no es más que un simple acto de cobardía. ¡De cobardía, si es que sabéis lo que esa palabra significa!

Entonces, uno de los estudiantes se levantó y dijo:

—Pero también es un acto de cobardía enfadarse cuando se ríen de uno, ¿verdad que sí?

¡Qué horror! Me entraban ganas de llorar solo de pensar que había venido desde Tokio para enseñar a semejantes mastuerzos.

—¡Cerrad la boca y estudiad más! —les espeté, y luego seguí dando la lección.

En la siguiente clase, cuando entré en el aula, alguien había escrito en la pizarra:

## EL PROFESOR TEMPURA

### SIEMPRE QUIERE TENER LA ÚLTIMA PALABRA.

No había quien pudiera con ellos. Les dije que no estaba dispuesto a ser el profesor de unos estudiantes tan impertinentes, y me marché dando un portazo. Los estudiantes, según me dijeron después, se habían quedado encantados de que la clase se suspendiera de modo tan inesperado. Las cosas estaban tomando tal cariz que hasta las antigüedades habían empezado a parecerme atractivas.

Después de aquel incidente volví a casa y dormí toda la noche. Sin embargo, al día siguiente mis preocupaciones habían desaparecido como por ensalmo. Esa mañana, cuando entré en la clase los estudiantes estaban sentados en sus sitios como si nada hubiera ocurrido. Aquello era todo un poco absurdo.

Las cosas fueron muy bien durante los tres días siguientes, pero ocurrió que la noche del cuarto día se me ocurrió entrar en un restaurante del barrio de Sumida, donde me comí unas cuantas bolas de dango.<sup>21</sup> El restaurante estaba situado en una zona de aguas termales, a apenas diez minutos en tren de la ciudad y a media hora si se iba a pie. Además de varios hoteles, restaurantes y un parque, en la zona existían varios burdeles. Había oído decir que en ese restaurante, que estaba en el límite del barrio, servían unas bolas de arroz muy ricas, así que decidí ir a tomar las

---

<sup>21</sup> El *dango* son bolas hechas con harina de arroz, primero cocidas al vapor y luego asadas, que a menudo se cubren con alguna salsa. Como anécdota, mencionar que existen las *botchan dango*, servidas en palillos de tres en tres, de colores rojo, amarillo y verde, y recubiertas de pasta roja de judías, huevo y té verde respectivamente.



aguas a uno de los balnearios y pasarme luego por el restaurante en mi camino de vuelta. Esta vez no había estudiantes, lo que me hizo sentir bastante aliviado. Pero la mañana siguiente, no bien entré en el aula, vi un mensaje escrito en la pizarra:

## DOS PLATOS DE DANGO, SIETE CÉNTIMOS.

¡Era cierto que yo había pedido dos platos, y que me habían costado siete céntimos! Estos chicos eran realmente insufribles. Algo me decía que en la segunda clase encontraría escrito en la pizarra algo del estilo de:

## DANGO JUNTO AL PROSTÍBULO, ¡QUÉ RICO;

¡Desdichados! No sabía qué hacer. Se acabó comer más bolas de arroz, eso desde luego. Pero antes de que me diera cuenta mis alumnos ya habían encontrado otro motivo de chanza: mi toalla roja.

Desde que llegué a la ciudad, había tomado la costumbre de visitar unos baños termales en los que me pasaba horas enteras. Si bien la ciudad no ofrecía nada especialmente reseñable, los baños termales eran excelentes, comparados con los de Tokio. Estaban muy cerca de mi pensión, y nada más descubrirlos resolví aprovecharme de la situación y visitarlos con frecuencia. Así que cada día, cuando acababa mi cena, me daba un paseo hasta allí, y así aprovechaba para hacer algo de ejercicio. En esos paseos, siempre llevaba conmigo una toalla grande de baño, de rayas blancas y rojas. Con el agua caliente de los baños, las rayas habían ido destiñendo, por lo que desde la distancia parecía que la toalla era toda de color rojo. Siempre que iba, andando o en tren, llevaba la toalla a la vista, y pronto empecé a darme cuenta de que los estudiantes habían empezado a apodarme «Toalla-roja». Al principio intenté tomármelo como uno más de los inconvenientes de vivir en un lugar pequeño, en el que es imposible pasar inadvertido.

Pero ahí no quedó la cosa. El edificio de los baños, de nueva construcción, constaba de dos plantas. Si tomabas un baño de primera clase, te ganabas el derecho a disfrutar de un albornoz, todo ello por ocho céntimos. Además, en el piso superior, una chica te servía té verde en una taza preciosa de *tenmoku*<sup>22</sup>. Yo siempre tomaba baños de primera clase. Cuando los estudiantes se enteraron, les dio por decir que era algo extravagante que un profesor que ganaba solo cuarenta yenes tomara todos los días un baño de primera clase. ¡Como si a mí me importara la opinión de mis alumnos!

Pero aún había más. El baño en cuestión se tomaba en una gran pileta de granito de unos cinco metros por seis. Normalmente, solía haber unas doce personas dentro de la bañera, pero en ocasiones me quedaba solo. En esos casos, aprovechando que el agua me llegaba hasta el pecho y que la pileta era tan grande, hacía unos largos. Esperaba a que se fuera todo el mundo, y pasaba un rato divertido nadando de acá para allá. Un día estaba bajando a toda prisa del primer piso al bajo, donde estaba la bañera, con la esperanza de que no hubiera nadie y así

---

<sup>22</sup> *Tenmoku* es un estilo de cerámica fabricado en china muy apreciado y que se usaba en la época para la ceremonia del té

poder nadar un rato, cuando al entrar me encontré con un letrero, escrito en grandes letras negras:

### PROHIBIDO NADAR.

Como no había nadie más en la pileta, me imaginé que el letrero lo habían puesto por mí. Aquel día no nadé, claro. Pero lo que más me sorprendió fue que al día siguiente, cuando llegué a la escuela, me encontré con el siguiente mensaje escrito en la pizarra:

### PROHIBIDO NADAR EN LOS BAÑOS.

¡Parecía que la única ocupación de los estudiantes era seguirme y vigilarme como si fueran un equipo de detectives! ¡Era deprimente! Me dije que lo mejor sería continuar haciendo lo que me apeteciera sin tener en cuenta lo que los demás pensarán de mí. Sin embargo, también me pregunté con disgusto qué se me había perdido a mí en un lugar tan provinciano y tan cerrado como aquel. Y cuando volví a casa, fue para recibir mi nueva ración de antigüedades.

Uno de los cometidos inherentes a mi puesto como profesor era hacer de vez en cuando guardias nocturnas. De esa obligación únicamente quedaban eximidos el Mapache y Camisarroja. Cuando pregunté por qué solo ellos estaban exentos de dicha obligación, me dijeron que era porque los dos tenían rango de funcionarios públicos nombrados por decreto imperial. Aquello me pareció un abuso: trabajaban menos horas, tenían sueldos más altos, y por si fuera poco no estaban obligados a hacer guardias nocturnas. ¡Se trataba de una clara injusticia! Ellos mismos establecían reglas arbitrarias que les beneficiaban, y después actuaban como si se tratara de leyes. ¡Qué caraduras! Tenía bastantes objeciones respecto ese tipo de favoritismos, pero recordaba que, según el Puercoespín, era mejor no quejarse, porque nadie te iba a escuchar. Uno podría pensar que, tratándose de quejas legítimas, lo mínimo que podían hacer era escucharte, incluso aunque estuvieras en clara minoría. Para ilustrar su argumento, Puercoespín solía repetir una expresión en inglés, «*might is right*<sup>23</sup>». Yo no estaba muy seguro de lo que significaba, así que el Puercoespín me tuvo que explicar que la gente con poder siempre acaba consiguiendo lo que quiere. Eso ya lo sabía yo. No necesitaba que el Puercoespín me diera un discurso sobre el tema. Sin embargo, no acababa de ver la relación entre el poder del más fuerte del que me hablaba el Puercoespín, y el hecho de que en virtud de aquel principio alguien se pudiera librar de las guardias nocturnas. ¿En qué se basaban realmente los privilegios del Mapache y Camisarroja? Para mí, aquello era bastante injusto. Pero con independencia de lo que yo pensara, finalmente me llegó el turno de hacer mi primera guardia. Y no me hacía mucha gracia, la verdad. Dado mi carácter nervioso, me cuesta mucho dormir en una cama que no sea la mía. Cuando era niño, rara vez dormí en casa de amigos. Y si entonces no me hacía ninguna gracia, ahora me gustaba menos aún tener que dormir en la escuela. Pero lo que a mí me pareciera no tenía mucha importancia: me pagaban cuarenta yenes al mes por mi trabajo, así que debía aguantarme.

Una vez terminaron las clases, los profesores y los estudiantes externos fueron dejando la escuela. Yo no tenía ya nada que hacer excepto estar sentado, así que me sentía como un estúpido. La habitación en la que me tocaría hacer la guardia estaba en el ala oeste del edificio. El sol del atardecer atravesaba las ventanas, y nada más entrar noté que hacía un calor insoportable. Aunque estábamos ya en pleno otoño, hasta el calor parecía comportarse aquí en provincias conforme a su propio ritmo e ir más lento, como todo lo demás. La cena que me sirvieron era la misma que daban a los internos, y me pareció asquerosa. Era un milagro que los estudiantes tuviesen esa energía comiendo aquella bazofia. Dicho sea de paso, la engullían en un santiamén, y a las cuatro y media de la tarde ya se la habían acabado. Era asombroso. Cuando terminé de cenar aún era de día, y no me apetecía irme a la cama. Me entraron ganas de hacer una pequeña visita a los baños termales. No sabía si se me permitiría salir de la escuela en mi noche de guardia, pero estaba seguro de que era incapaz de quedarme allí ni un minuto más, sin hacer nada, como si fuera un prisionero en una celda de castigo. Recordé el

---

<sup>23</sup> En inglés en el original. Se puede traducir como «la fuerza tiene la razón».

primer día, cuando llegué a la escuela y el bedel me dijo que el profesor de guardia había salido a hacer un recado. Entonces aquello me pareció mal, pero ahora que era yo quien estaba de guardia, mi opinión era exactamente la opuesta. Así que fui al bedel y le dije que tenía que salir. Me preguntó si tenía que hacer algún recado. Le dije que no se trataba de eso, que me apetecía irme un rato a los baños termales. Cuando salí me di cuenta de que me había dejado la toalla roja en mi casa, pero pensé que siempre podía alquilar una en la casa de baños.

Me pasé la tarde entrando y saliendo del agua hasta que casi se hizo de noche. Entonces tomé el tren de vuelta para la estación de Komachi, que era la que más cerca quedaba de la escuela. Desde allí tenía que caminar solamente unos cuatrocientos metros. Llegué a Komachi sin contratiempos, pero nada más salir de la estación, vi a alguien que se dirigía hacia donde yo estaba. Pronto me di cuenta de que se trataba del Mapache. Probablemente iría a los mismos baños de los que yo venía. El Mapache caminaba con pasos apresurados. Al llegar a mi altura me reconoció, así que le saludé con una inclinación. Se detuvo y me dijo con voz muy seria:

—¿No se supone que estaba usted de guardia esta noche?

No hacía falta que me lo preguntara. Apenas dos horas antes, cuando nos estábamos despidiendo, me había dicho:

—Hoy es su primera guardia, ¿verdad? Espero que todo salga bien.

Parecía que para ser director había que decir todo con rodeos.

—Sí —le respondí—. Estoy de guardia, así que como estoy de guardia, voy camino de la escuela, a pasar la noche.

Una vez dicho esto, seguí mi camino. Pero nada más llegar al cruce con Tatemachi, me di de bruces con el Puercoespín. Aquél era un lugar muy pequeño, vaya que sí. No tenías más que poner los pies en la calle, y seguro que te topabas con alguien.

—¿No estabas hoy de guardia? —me preguntó el Puercoespín.

—Sí —le respondí—, así es.

—¿Y te parece normal que el profesor de guardia salga a dar un paseo?

—En realidad —le respondí— lo que me parecería mal es que *no lo hiciera*.

—Pero no sé si te das cuenta de que podrías meterte en un buen lío si te topases con el director o con el jefe de estudios. —Me pareció impropio del Puercoespín decirme algo así.

—De hecho —le dije—, me acabo de encontrar con el director, y me ha dicho que era muy buena idea dar un paseo con el calor que hace. —Dicho esto, pensé que no había más que hablar y continué mi camino a la escuela.

El sol se puso enseguida. En cuanto se hizo de noche, invité a mi cuarto al bedel para que charláramos un rato, pero tras dos horas de cháchara me cansé de él y le pedí que se fuera. A pesar de que todavía no tenía sueño, me puse un kimono ligero para dormir, levanté un extremo del mosquitero, aparté la colcha roja con un pie, y, dejándome caer súbitamente de culo, me tumbé confortablemente. Esa es la

manera en la que suelo meterme habitualmente en el futón,<sup>24</sup> qué se le va a hacer. Cuando estaba en la pensión de Tokio, el estudiante de Derecho cuya habitación quedaba debajo de la mía subió una vez a quejarse por la forma que tenía de acostarme. Los estudiantes de Derecho, a pesar de ser todos unos enclenques, suelen ser también extremadamente locuaces, y éste en concreto comenzó a soltarme un rollo interminable con sus quejas. Yo supe hacerle callar diciéndole que, si le molestaba tanto el ruido que hacía al acostarme, ello se debía a la mala calidad del edificio. Así que si quería quejarse a alguien, que se quejara a los dueños, y que a mí me dejara en paz. Ahora, sin embargo, no tenía a nadie debajo, así que podía hacer todo el ruido que me apeteciera. Lo cierto es que si no me tiro de espaldas a la cama haciendo todo el ruido que puedo, no acabo de tener la sensación de que me voy a dormir. Cuando ya estaba estirándome y poniéndome cómodo, sentí de repente que algo se posaba en mis pies. Pulgas no podían ser, porque la sensación era más bien de algo áspero. Sorprendido, di dos o tres patadas bajo la colcha. Al instante, noté que montones de bichos me trepaban por todo el cuerpo: cinco o seis por las pantorrillas, dos o tres por los muslos, tenía uno —al que aplasté— bajo la espalda, y otro justo en el ombligo. Espantado, me levanté de un salto, y aparté la colcha. Del futón salieron volando cincuenta o sesenta saltamontes. Al principio solamente estaba un poco sorprendido por lo que estaba pasando, pero al ver los saltamontes me enfadé de verdad. «Si pensáis que unos cuantos saltamontes van a lograr asustarme, estáis listos», me dije mientras intentaba aplastar los insectos con la almohada. Aunque les golpeé dos o tres veces con ella, los saltamontes eran tan pequeños que no resultaba una tarea fácil. Entonces me senté en el futón y empecé a perseguirlos, dando manotazos a diestro y siniestro, como cuando le quitas el polvo al tatami. Pero lo único que conseguí fue que los saltamontes comenzaran a brincar más alto, y a posármelos en los hombros y en la cabeza. Hubo uno incluso que se me acabó posando en la punta de la nariz. Había saltamontes por todas partes. Como no quería quitármelos golpeándome la cabeza, opté por atraparlos uno a uno, y luego arrojarlos lo más lejos posible. Pero en vez de desaparecer se quedaban prendidos al mosquitero, que oscilaba ligeramente cada vez que uno aterrizaba allí. Parecía que no había forma de acabar con ellos, pero al cabo de treinta minutos, logré dar buena cuenta de todos. Entonces agarré una escoba y me puse a recogerlos. En ese instante entró el bedel y me preguntó qué pasaba.

—¿Que qué ha pasado? —exploté—. ¿Acaso conoces algún lugar en el que la gente guarde saltamontes en la cama? —El muy necio...

—Nunca había oído nada igual —me respondió disculpándose.

—¡Eso es todo lo que sabes decir? —exclamé mientras tiraba la escoba al pasillo. El bedel recogió la escoba y los saltamontes muertos mientras se deshacía en excusas, y luego desapareció por el pasillo.

Acto seguido decidí convocar en mi dormitorio a tres de los estudiantes internos como representantes del grupo. En vez de tres, vinieron seis. Tres o seis, qué mas daba. Todavía en pijama, me remangué el kimono y comencé el interrogatorio.

—¿Por qué habéis puesto esos saltamontes en mi cama?

---

<sup>24</sup> Un futón, la cama tradicional japonesa, es un colchón enrollable que se pone directamente en el suelo de tatami y que se recoge por la mañana.

—¿A qué se refiere usted con saltamontes? —respondió el que tenía frente a mí. ¡Aquello era demasiado! No era solo el director el que hablaba dando rodeos. También los estudiantes lo hacían.

—¿Queréis decirme que no sabéis qué es un saltamontes? ¿Qué es esto entonces? —les increpé señalando al suelo. Pero desgraciadamente, el bedel se había llevado todos los saltamontes que yo había barrido, y no quedaba ni uno solo en el suelo. Llamé al bedel y le pedí que trajera los saltamontes de nuevo a la habitación.

—Ya los he tirado a la basura. ¿Quiere que los saque de allí?

—Sí —le dije—. Ahora mismo. —Y entonces el bedel abandonó a toda velocidad la habitación. Tras unos minutos apareció con una docena de saltamontes envueltos en un papel.

—Lo siento, pero como es de noche no se ve bien, y esto es todo lo que he podido encontrar. Mañana le traeré más.

Al oírlo, noté cómo la sangre se me subía a la cabeza. Cogí uno de los insectos, lo puse delante de las narices de los estudiantes, y exclamé:

—¡Esto es un saltamontes! Decidme ahora que no sabéis de qué estoy hablando.

—No —dijo uno con la cara redonda que estaba a la izquierda—. Eso es una langosta, ¿*verdad que sí?*

Era un descarado, pero no supe qué decir.

—¡Esto es absurdo! Saltamontes, langostas, ¡qué más da! ¿Y quiénes creéis que sois para usar ese estúpido *¿verdad que sí?*, cada vez que os dirigís a un profesor?

¿Es que no os basta con un no ¡Habláis como niños! —Pensé que esto los haría callar, pero enseguida me respondieron:

—Pero *¿verdad que sí?* y *¿no?* no son la misma cosa, *¿verdad que no?*

¡Era inútil, no había forma de que dejaran de torturarme con aquel *¿verdad que sí?* o *¿verdad que no?* cada vez que abrían la boca!

—Langostas o saltamontes, lo que sea, ¿por qué los pusisteis en mi cama? ¿Os pedí que lo hicierais?

—Nadie los puso allí.

—¡Ya! ¿Y cómo llegaron hasta mi cama entonces? Alguna explicación habrá.

—A las langostas les gustan los sitios calientes, y se habrán metido allí por sí solas.

—¡Qué tontería! Cómo se van a meter las langostas en la cama por sí solas... ¿Esperáis que me lo crea? Vamos, decidme por qué lo habéis hecho.

—Nosotros no hemos sido, ¿cómo vamos a saberlo?

¡Panda de bellacos! Si no tenían el valor de hacerse responsables de sus propias acciones, más les valdría no haberlo hecho. Seguramente pensaban que mientras no hubiera ninguna prueba en su contra, lo mejor era hacerse el tonto. De pequeño, en la escuela secundaria, yo mismo había protagonizado algunas barrabasadas, pero si me preguntaban si lo había hecho yo, siempre decía la verdad, nunca intentaba eludir mi responsabilidad. Si había sido yo, había sido yo, no había nada más que discutir. Para mí se trataba de una especie código de honor, independientemente de lo que hubiera hecho. Si lo que se busca es eludir el castigo, pues bien, en ese caso lo mejor es no hacer la travesura, eso para empezar. Travesura y castigo van de la mano; es la posibilidad del castigo lo que hace que la travesura sea emocionante. ¿De verdad pensaban estos mocosos que existe un lugar en el que puedes hacer algo malo y pedir inmunidad después? Estos chicos se comportaban como la gente que te pide dinero y luego no te lo devuelve nunca. Se pasaban el tiempo en la escuela gastando bromas pesadas y mintiendo, pero seguro que al acabar y recibir un título se paseaban por el mundo haciendo creer a los demás que habían recibido una educación. ¡Qué grupo de farsantes!

El solo hecho de tener que discutir con semejante panda de granujas hizo que me sintiera asqueado, así que les dije:

—Si no queréis contarme la verdad, no lo hagáis. Si a pesar de estar ya en el instituto no sabéis distinguir la sinceridad y la farsa, no vale la pena hablar con vosotros. Os podéis marchar.

Es posible que a veces descuidara mi aspecto o la forma de expresarme, pero estaba seguro de que mi corazón era más noble que el de esos sinvergüenzas. Sé cuando he hecho algo malo y lo acepto. Estos caraduras, en cambio, se retiraron con total calma y aparentando dignidad, como si fueran ellos los profesores agraviados, y no yo. Ni yo mismo en mis mejores tiempos habría tenido el valor de hacer algo así.

Una vez se fueron los alumnos, volví a meterme en la cama, pero no tardé en empezar a oír zumbidos a mi alrededor. Con todo el lío anterior, los mosquitos habían debido aprovechar la ocasión para colarse en el mosquitero. No me pareció buena idea quemarlos uno a uno con la vela que todavía no había apagado, así que lo que hice fue quitar la red, la extendí en diagonal en el suelo de la habitación y la comencé a sacudir con determinación para quitarle los mosquitos. Cuando lo hacía, una de los ganchos se soltó y me hizo una herida en la mano.

Me metí en la cama por tercera vez, y aunque estaba más tranquilo, todavía no podía dormir. Miré el reloj y vi que eran las diez y media. Empecé a preguntarme dónde me había metido. Si los profesores de instituto tenían que aguantar cosas parecidas, no me extrañaba que se hartaran y lo dejaran. Me parecía un trabajo que exigía una tremenda paciencia. Además, era fácil acabar convertido en alguien hosco y antipático. A la larga, me veía incapaz de aguantarlo. Al acordarme de Kiyō sentía por ella una profunda admiración. Es verdad que era solo una vieja que no tenía estudios ni una buena posición social, pero como ser humano tenía cualidades excepcionales. Ahora me daba cuenta de todo lo que había hecho por mí, y lo poco que se lo había agradecido. Solo y lejos de ella, era consciente por primera vez de cuánto le debía. Pensé que si le apetecían esos dulces de Echigo, lo menos que podía hacer por ella era ir a esa ciudad a comprárselos, por muy lejos que estuviera, para darle ese pequeño placer. Ella acostumbraba a hablar bien de mí, y a ensalzar

mi carácter desinteresado y sincero, pero si alguien se merecía esos elogios era ella, no yo. ¡Cuánto la echaba de menos!

Estaba dando vueltas en la cama con esos pensamientos sobre Kiyo, cuando de repente, del piso de arriba llegó el ruido de treinta o cuarenta personas pateando el suelo. El techo de madera retumbaba de tal forma que parecía que se me iba a venir encima. Entonces, sobre ese ruido, se alzó otro más fuerte todavía, algo así como un grito de guerra. Salté de la cama preguntándome a qué vendría aquel estruendo. Sin duda eran los estudiantes, que se estaban vengando por lo que acababa de ocurrir. Yo estaba convencido de que lo que habían hecho estaba mal y sus protestas no iban a cambiar la situación. No se iba a arreglar nada hasta que reconocieran su culpa. Lo correcto sería que se fueran a la cama y que al día siguiente vinieran a pedirme perdón. O, si pedir perdón era demasiado para ellos, al menos podían irse a la cama calladitos en vez de montar todo ese jaleo. ¡Su lugar no era una escuela, sino una cochiguera donde se guardan los cerdos! Aquella broma estaba pasando de castaño oscuro. Sin pensarlo dos veces, salí de la cama en kimono de dormir y, mientras pensaba qué hacer, me lancé a la escalera que llevaba al segundo piso. Pero en cuanto llegué arriba, el ruido de las voces y de las patadas dio paso al silencio más absoluto. Aquello me pareció muy extraño. Las lámparas estaban apagadas, y no podía ver claramente lo que había a mi alrededor, aunque podía sentir movimiento. Cuando el movimiento cesó y mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, pude ver que el pasillo estaba completamente vacío. No se veía ni un ratón. Al fondo, la luz de la luna iluminaba una franja en el suelo. Todo aquello era extrañísimo. Tuve la misma sensación que cuando era niño y me despertaba sobresaltado en medio de un sueño, soltando un torrente de palabras inconexas e incomprensibles. La gente se reía de mí cuando me ocurría. A los dieciséis años, una vez soñé que encontraba un diamante, y al despertarme, conseguí despertar también a mi hermano que dormía a mi lado y le pedí enfadado que me dijera dónde estaba el diamante. En casa se pasaron varios días mofándose de mí, lo que me sentó muy mal. Ahora volvía a tener la sensación de estar soñando. «Pero esto no es un sueño», me dije. «El ruido que he escuchado era real.» Mientras estaba allí parado sin saber qué hacer, de la zona iluminada por la luna surgieron las voces de treinta o cuarenta chicos gritando:

—¡Una, dos, tres!

Justo en ese momento volvió a oírse el estruendo de las patadas en el suelo. ¡No, no había sido un sueño!

—¡Callaos todos! —grité—. ¡Es de noche! —Y diciendo esto me dirigí hacia el fondo del pasillo. Todo estaba oscuro a mi alrededor, y mi única guía era la luz de la luna al fondo. Había avanzado apenas un par de metros cuando me golpeé la espinilla con algo duro y grande; con un grito de dolor, caí de bruces. Al levantarme e intentar caminar de nuevo, vi que no podía. Una de mis piernas se negaba a responderme. Con esfuerzo mantuve el equilibrio sobre la otra pierna, pero los gritos y las patadas habían cesado ya, y solo reinaba el silencio. No creo que sea fácil alcanzar tal grado de maldad. Aquellos muchachos eran unos auténticos cerdos. ¡Pero si eso era lo que querían, yo no me rendiría hasta dar con ellos, sacarlos de su escondrijo y hacer que me pidieran perdón! Entonces intenté abrir una de las puertas de los dormitorios, y vi que me era absolutamente imposible hacerlo. No sabía si habían echado un cerrojo, o si la puerta estaba atrancada con algún mueble. Daba igual la fuerza con la que empujara, no había forma de abrirla. Lo intenté con la



puerta del siguiente dormitorio, pero tampoco pude moverla. Estaba en ello cuando volvieron a escucharse los gritos y las patadas en el suelo en el otro extremo del pasillo. Me di cuenta de que los caraduras tenían todo muy bien pensado, y cuando yo iba a un lado del pasillo, empezaban a hacer ruido en el otro. No sabía qué hacer. Francamente, debo confesar que aunque me sobre el valor, lo que a veces me falta es algo de inteligencia. No tenía ni la menor idea de qué hacer. Pero, aun así, no estaba dispuesto a que me tomaran el pelo. Dejar las cosas como estaban significaba rendirme. Seguro que acababan diciendo que era un gallina de Tokio. Sabía que mi reputación quedaría arruinada para siempre si se sabía que unos mocosos se habían burlado de mí y que mi única respuesta había sido volver a mi habitación con el rabo entre las piernas.

Mi familia procedía de una estirpe de samuráis principales con orígenes en el emperador Seiwa<sup>25</sup> y en el gran Minamoto no Mitsunaka.<sup>26</sup> «Yo no soy como estos campesinos», me dije. Tenía que hacer algo, pero no se me ocurría qué. Sabía que la razón estaba de mi parte, pero eso mismo me impedía encontrar una solución. Pensé: «Si en este mundo no puede vencer la honestidad, vencerá en el otro». Si no podía vencer esa noche, vencería al día siguiente, y si no podía al siguiente, lo haría al otro. Y si al otro tampoco podía, yo seguiría esperando en ese mismo lugar, alimentándome con la comida que me haría traer de mi pensión. Con esta decisión, me senté en el suelo del pasillo y me dispuse a esperar a que se hiciera de día.

Al cabo de un rato, los mosquitos comenzaron a zumbar a mi alrededor, pero me daba igual. Entonces sentí un dolor en la pierna con la que me había golpeado antes en la oscuridad, y al tocármela noté algo húmedo y pegajoso. Me imaginé que estaba sangrando. Pero la sangre tampoco iba a torcer mi voluntad de vencer. Empecé a notar el cansancio y caí dormido allí mismo, en el pasillo. Llevaba así un rato cuando me despertó un gran estruendo.

—¡Maldición! —grité mientras me levantaba de un salto. La puerta que había a mi derecha estaba medio abierta, y pude ver a dos estudiantes a mi lado. Me abalancé sobre ellos y a, agarrando una pierna del que estaba más cerca de mí, lo arrojé de espaldas al suelo, y tiré de él tan fuerte como pude hasta acercarlo a mí. «¡Toma eso!», me dije. El otro miraba la escena aturcido. Salté sobre él, lo agarré por los hombros y lo zarandé. Se quedó estupefacto, sin pestañear siquiera.

—¡A mi habitación! —les grité. No opusieron ninguna resistencia, como los perfectos cobardes que eran. El cielo empezaba a clarear.

Una vez en mi habitación, les sometí a un interrogatorio en toda regla pero, ya se sabe, un cerdo no deja de ser un cerdo por muchos palos que se le den. Lo único que respondían a mis preguntas era: «No sé nada», así que no pude arrancarles ninguna confesión. Poco a poco, primero de uno en uno, luego de dos en dos, el resto de los estudiantes comenzó a bajar y a agruparse frente a mi puerta. Ninguno parecía haber dormido nada en toda la noche. Tenían peor aspecto que nunca. ¿Cómo se atrevían a llamarse hombres si tenían esa cara después de haber pasado una sola noche sin dormir?

—¡Id a lavaros la cara! —les dije. Pero ellos no se movieron.

---

<sup>25</sup> Emperador japonés, que reinó del 850 al 880 d.J.C.

<sup>26</sup> Minamoto no Mitsunaka o Tada no Manju fue un célebre samurai, fundador del clan Genji.

Pasé cerca de una hora interrogando a más de cincuenta estudiantes por lo que había pasado durante la noche, pero no logré sacarles nada. Entonces, repentinamente, apareció el Mapache. Por lo que supe después, el bedel se había acercado a su casa para decirle que en la escuela había un gran alboroto. «¡Menudo cobarde!», pensé. «No es extraño que haya acabado siendo bedel.»

El director escuchó mi versión de lo ocurrido. También oyó a algunos estudiantes. Les dijo que hasta que decidiera qué medidas tomar debían seguir yendo a clase como siempre.

—Lavaos la cara rápidamente y desayunad algo —les dijo—. Si no, llegaréis tarde a clase. ¡Daos prisa!

Dejó que todos se marcharan. Me pareció demasiado blando. Si por mí hubiera sido, los habría expulsado de la escuela inmediatamente. Si aquel era todo el castigo, ¿cómo no iban a burlarse del profesor de guardia? Después el Mapache se dirigió a mí, y me dijo que debía de estar muy cansado por la tensión de la noche y que no hacía falta que me quedara a dar mis clases. Podía irme a casa a descansar.

—¡No, gracias, no estoy cansado! —le contesté—. Aunque me pasara lo mismo todas las noches, seguiría sin estar cansado. Daré todas mis clases del día. Si no dormir una noche me imposibilitara dar mis clases, le juro que devolvería a la escuela la parte proporcional de mi salario sin dudarlo.

Al oírme, el director me miró por unos instantes, y luego me dijo:

—Pero tiene la cara hinchada... Eso era cierto, me sentía un poco abotargado. Además, me picaba todo el cuerpo. Los mosquitos se habían cebado en mí.

—Aunque tenga la cara hinchada —le respondí—, todavía puedo hablar. ¡Puedo dar clase!

El director se rió y me dijo:

—Es usted un hombre con energía, ¿verdad? Aunque se trataba de un halago, tuve la sensación de que el director se estaba burlando de mí.

—¿Te apetece ir de pesca? —me preguntó Camisarroja. Me lo preguntó con esa voz suya tan aflautada, que no se sabía si era de hombre o de mujer. Un hombre debe tener una voz masculina, especialmente si es un licenciado universitario. Yo la tengo, y eso que solo poseo un título de la Escuela Superior de Ciencias. ¿No debería tener una voz aún más masculina alguien licenciado en letras?

Le dije que sí con desgana, y enseguida me preguntó si había ido de pesca antes. «Qué impertinente», pensé. La verdad es que no había practicado mucho la pesca: en una ocasión, de niño, había pescado tres pececillos en una poza del río Koume. Otra vez, en el festival Bishamon en Kagurazaka, estuve a punto de atrapar un carpín de más de veinte centímetros, pero al final se me cayó al agua y escapó. Todavía siento rabia al recordarlo. Cuando se lo conté, Camisarroja se rió con una de sus carcajadas afectadas. No sé qué le hacía tanta gracia.

—Creo que no conoces aún el placer de la pesca. Yo te enseñaré —me dijo con tono de suficiencia. ¡Como si yo se lo hubiera pedido! En primer lugar, siempre he pensado que los pescadores y los cazadores son personas crueles. Si no lo fueran, no se divertirían quitándoles la vida a los animales. No cabe duda de que un pez o un pájaro preferirían seguir vivos a morir. Un caso diferente sería si se pescara o se cazara para ganarse la vida pero, si no lo haces por necesidad y la única razón para ello es no irte a la cama sin haberte divertido, en ese caso no encuentro justificación a quitar la vida a otro ser. Eso es lo que yo pensaba, pero como no tengo tanta labia como Camisarroja, un auténtico licenciado universitario, eludí la discusión y me callé. Sin embargo, Camisarroja debía de estar convencido de que me moría de ganas de irme a pescar con él porque enseguida me dijo:

—Cuanto antes, mejor, ¿eh? ¿Qué tal hoy? A Yoshikawa también le encantará que vengas y nos hagas compañía.

Yoshikawa era el profesor de arte al que yo había apodado el Bufón. El Bufón se pasaba la vida en la casa de Camisarroja, y lo acompañaba dondequiera que éste fuese. Nadie lo hubiera tomado por su colega sino que parecía más bien su criado. Había algo servil en él. Por eso no me extrañó que fueran a pescar juntos. Pero lo que no alcanzaba a entender era por qué querían que les acompañase alguien tan poco sociable como yo. Seguro que querían impresionarme y pavonearse con sus conocimientos. ¡Pues conmigo lo llevaban claro! Aunque pescaran un par de atunes, no iban a lograr impresionarme. Además, yo valía tanto como ellos, y por muy torpe que fuera en el arte de la pesca, con solo meter el sedal en el agua, algo sacaría. Siendo Camisarroja como era, si le decía que no me apetecía ir, seguro que pensaba que era porque tenía miedo de intentarlo y no porque no me gustara. Así que acepté la invitación.

Una vez acabadas las clases, fui a casa a prepararme. Nos habíamos citado en la estación, y desde allí fuimos los tres hasta la playa, donde nos esperaba un bote de remos con un marinero. El bote era largo y estrecho, muy diferente a los que yo estaba acostumbrado a ver en Tokio. Desde el principio me chocó no ver cañas de pescar por ningún lado. Cuando le pregunté al Bufón cómo íbamos a pescar sin ellas, me dijo con aire de suficiencia que las cañas solo se usaban cuando se

pescaba en la orilla, pero nunca cuando se pescaba mar adentro. No me gustó su tono, y me avergoncé de habérselo preguntado.

El marinero remaba con parsimonia, pero su habilidad era tal que cuando me giré me di cuenta de que la playa era ya una mancha minúscula en la distancia. Entre la masa verde de la ladera se erguía la pagoda del templo de Kohaku como una pequeña aguja. En dirección opuesta se podía ver la isla Azul. Me habían dicho que la isla estaba desierta. Solo se divisaban en ella pinos y rocas, y me pareció lógico que nadie viviera allí. Camisarroja contemplaba el paisaje con atención:

—¡Bonito paisaje! —exclamó.

—Precioso —añadió el Bufón. A mí me daba igual el paisaje, pero me sentía realmente bien. Flotar en la inmensidad del mar y sentir la brisa fresca era muy agradable. Me di cuenta de que empezaba a tener hambre.

—Mirad aquel pino, ese que tiene el tronco recto y la copa en forma de paraguas. Parece salido de un cuadro de Turner —dijo Camisarroja.

—Sí, del mismísimo Turner. Tiene la misma curvatura. Un auténtico Turner —respondió el Bufón. Yo no tenía ni idea de quién era el tal Turner, pero no me atreví a preguntárselo.

El barco comenzó a virar a la derecha, rodeando la isla. El mar estaba totalmente en calma. Parecía increíble que estuviéramos en un barco en medio del mar. Lo estaba pasando muy bien, gracias a la invitación de Camisarroja. Me entraron ganas de poner el pie en la isla, así que le pregunté:

—¿Cree usted que podríamos desembarcar en esa roca?

Pero Camisarroja objetó diciendo:

—Por poder sí que podríamos acercarnos a la orilla, pero para los entendidos la orilla no es un sitio bueno para pescar.

Yo no respondí. Entonces, el Bufón hizo una sugerencia estúpida:

—Señor jefe de estudios, ¿por qué a esta isla no la llamamos a partir de ahora «la isla de Turner»?

Camisarroja exclamó:

—¡Así la llamaremos nosotros desde hoy!

Me molestó que Camisarroja me incluyera en ese «nosotros»; isla Azul me parecía más que suficiente. A continuación, el Bufón hizo otra de sus propuestas:

—Estaría bien poner una Madonna como las de Rafael en esa roca. Sería un sitio ideal para hacerle un retrato.

Camisarroja se rió de nuevo de ese modo tan desagradable:

—Ja, ja, ja, mejor no hablemos de madonas...

—No hay problema, nadie nos puede oír. —Al decir esto, el Bufón me miró; luego apartó la mirada y se rió también. Me sentía desconcertado. No sabía qué o quién era esa «Madonna» de la que hablaban. Por mi parte, podían hablar de lo que quisieran, pero me parecía de mala educación que lo hicieran delante de mí y se

aprovecharan de mi ignorancia. Era algo muy feo. Que el Bufón fuera de Tokio, como yo, hacía que me pareciera aún peor. Me imaginé que la «Madonna» de la que hablaban sería el mote de alguna geisha a la que Camisarroja frecuentaba. Si quería poner a su geisha preferida debajo de un pino en una isla desierta, me parecía fenomenal. Y si el Bufón quería pintar la escena con sus óleos para mandarla a alguna exposición, mejor que mejor.

El marinero dijo que habíamos llegado a un buen lugar para pescar, recogió los remos y echó el ancla por la borda. Camisarroja preguntó qué profundidad había, y el marinero le respondió que unos diez metros.

—Coger un besugo aquí no será fácil —dijo Camisarroja mientras echaba su línea al mar. Así que el gran jefe de la pesca quería pescar nada más y nada menos que un besugo. ¡Qué valiente!

—Seguro que lo hará. Es un maestro —añadió el Bufón mientras echaba su propio sedal al agua. Yo estaba extrañado de que los sedales que había en el bote no tuvieran flotadores, solo pesos de plomo cerca del anzuelo. Para mí, pescar sin flotador era como intentar tomar la temperatura de alguien sin un termómetro. Camisarroja se dirigió a mí y me dijo:

—Vamos, inténtalo. ¿Has cogido ya tu línea? Le dije que sí, pero que le faltaba el flotador, a lo que me respondió que los flotadores eran para aficionados.

—Cuando notes que el peso toca el fondo, presiona el sedal contra la borda con tu dedo índice, y cuando sientas un tirón, recógelo lo más rápido que puedas... ¡Mira! ¡Ya están picando!

Camisarroja tiró del sedal y comenzó a recogerlo. Parecía seguro de haber pescado algo, pero al final apareció el anzuelo sin cebo. Al verlo, me alegré. El Bufón dijo:

—¡Qué lástima! Seguro que era uno grande. Si ha sido tan hábil como para escapársele al señor jefe de estudios, los demás tendremos que andarnos hoy con mil ojos. —Y luego siguió, en clara referencia a lo que yo acababa de decir—: Pero es más emocionante que estar esperando con los ojos fijos en un flotador. Los que pescan así son tan inútiles como los que no saben montar en una bicicleta sin frenos. —Luego siguió diciendo más tonterías del mismo estilo. Me entraron ganas de empujarlo al agua. Me sentía fuera de lugar. Parecía que el jefe de estudios hubiera reservado el amplio mar para ellos dos solos y no hubieran dejado espacio para mí. «Pescaré un bonito y les demostraré lo que valgo», me dije mientras arrojaba el sedal al agua con fuerza y lo dejaba correr sobre el dedo.

Enseguida noté una sacudida del sedal, y tiré con fuerza. Estaba seguro de que había pescado algo. Solo algo vivo podía dar esos tirones. ¡Lo había conseguido! Seguí tirando del sedal tan rápido como podía.

—¿Ha picado algo? La suerte del principiante, sin duda... —dijo el Bufón con tono burlón. Había logrado recoger ya casi todo el sedal. Solo quedaban unos sesenta centímetros en el agua. Me asomé entonces por la borda, y vi moverse un pez con franjas doradas. Tiré de él, aunque no dejaba de moverse a un lado y a otro, coleando con fuerza. Era divertido. Cuando lo subí a la superficie se movía como un demonio. Como no dejaba de salpicar, me dio un coletazo en la cara y me la empapó. Finalmente logré agarrarlo. Lo metí en el barco e intenté quitarle el

anzuelo, pero no había manera. Resbaladizo, se me escurría de las manos, y no podía cogerlo bien. Al final, para simplificar las cosas, decidí golpear el pez contra el fondo del bote sacudiendo el sedal. Entonces dejó de moverse y se murió en el acto. El Bufón y Camisarroja me observaban con ojos de asombro. Me enjuagué las manos en el mar y luego me las acerqué a la nariz. Apestaban a pescado. Había aprendido la lección: decidí que ya no volvería a pescar nunca más. Seguramente al pez tampoco le hacía gracia que lo pescara, así que acabé de enrollar el sedal.

—¡Enhorabuena! ¡Has sido el primero! —dijo el Bufón—. Aunque es una pena que se trate de un simple *goruki*... —añadió después con tono irónico. Camisarroja aprovechó para hacer un juego de palabras:

—¿*Goruki*? Suena como si fuera un escritor ruso. —¡Sí, es verdad, exactamente igual que un escritor ruso! —se apresuró a repetir el Bufón.

«De acuerdo», pensé. «*Goruki* es un novelista ruso, *Maruki* es un fotógrafo de Shiba, y el arroz es la fuente de la vida.» Camisarroja era así, le encantaba soltarte a la cara una retahíla de nombres extranjeros solo para impresionarte. La gente que trabaja suele especializarse en algo. Yo soy un hombre de ciencias, mi especialidad son las matemáticas, y no sé si un *goruki* es un tipo de carricoche o qué. ¿No podía tener más consideración? Podía haber mencionado cosas que conozco como la biografía de Benjamín Franklin, o el libro *Pushing to the Front*<sup>27</sup>. Creo que las palabras que Camisarroja usaba en las conversaciones las sacaba de una revista llamada *Literatura Imperial*, que solía llevarse a la escuela. La revista tenía una portada roja, y en cuanto tenía oportunidad se ponía a leerla delante de todos aparentando gran interés, para que le viéramos. Puercoespín me dijo más tarde que en efecto Camisarroja sacaba todo lo que luego nos decía de allí. La *Literatura Imperial* tenía la culpa de todo.

Después de mi captura, Camisarroja y el Bufón se concentraron en la pesca, y en una hora habían capturado quince o dieciséis piezas. Lo gracioso es que todos eran *gorukis*. No había ni un solo besugo.

—Parece que hoy está siendo un buen día para la literatura rusa —dijo Camisarroja al Bufón.

—Si alguien tan hábil como el señor jefe de estudios ha pescado solo *gorukis*, ¿cómo voy a pescar yo otra cosa? —le respondió éste. Según el marinero, el *goruki* no se podía comer porque tenía demasiadas espinas y la carne sabía mal. Sin embargo, se podían usar como abono. ¡Qué ironía! Camisarroja y Bufón se habían afanado tanto para pescar abono... Un solo *goruki* había sido suficiente para mí, y mientras ellos pescaban yo me había tumbado para distraerme mirando el cielo. Era una ocupación mucho más elegante.

Estando así tumbado, me llegaron los cuchicheos de Camisarroja y el Bufón. No podía entender lo que decían, y prefería no hacerlo. Mientras contemplaba el cielo, empecé a pensar en Kiyō. «Si tuviera dinero», me dije, «la traería aquí conmigo para que disfrutara de este paisaje.» Era una lástima tener que malgastar un sitio tan bonito con el Bufón y compañía. Kiyō podía ser una pobre vieja arrugada,

---

<sup>27</sup> *Pushing to the Front* (1894) es el título de un libro escrito por Orison Swett Marden, fundador del Movimiento Americano para el Éxito. Tremendamente popular en su época en los EE.UU., en Japón fue usado como libro de texto de inglés en las escuelas.

pero no me avergonzaría de llevárla conmigo a ningún lugar, por muy elegante que éste fuera. Pero tratándose de un tipo tan miserable como el Bufón, no aguantaría estar solo con él ni en coche de caballos, ni en barco, ni en el piso más alto del lujoso Ryounkaku.<sup>28</sup>

Estoy seguro de que si yo hubiera estado en el lugar de Camisarroja, y Camisarroja en el mío, el Bufón me habría hecho la pelota a mí, y habría fastidiado a Camisarroja. Suele decirse que la gente de Tokio tiene dos caras, y yo comenzaba a comprender el porqué de esa afirmación: si alguien como el Bufón recorría el país alardeando de su origen, no era extraño que la gente acabara pensando que todos los de Tokio éramos unos hipócritas.

Estaba yo en estos pensamientos cuando noté que mis compañeros habían comenzado a reírse por lo bajo con una risilla sofocada. Entre las risas decían algo, pero no podía distinguirlo bien. Solo me llegaban algunos fragmentos:

—Vaya... ¿Eso es lo que pasó?

—¿De verdad?... No sé... ¡Un verdadero escándalo!

—¡Increíble!

—Sí, saltamontes... ¡de verdad!

No estaba prestando atención, pero cuando oí la voz del Bufón pronunciando la palabra «saltamontes», no pude evitar sobresaltarme. Por alguna razón, la había dicho con énfasis, como queriendo que yo la oyera bien. Después, siguió hablando más bajo, pero yo ya estaba alerta.

—Otra vez Hotta la monta...

—No...

—*Tempura*... Ja, ja, ja...

—Les instigó...

—¿*Bolas de arroz*?

Solo pude oír esto, pero a juzgar por algunas de las palabras que habían usado, «saltamontes», «*tempura*», «bolas de arroz»..., ¡me di cuenta de que estaban hablando de mí! Si querían hablar, que lo hicieran en voz alta; y si lo que querían era que nadie los escuchara, ¿por qué me habían invitado entonces? ¡Qué gente! Saltamontes, langostas... ¿qué más daba? Lo que había pasado no había sido culpa mía, eso lo tenía claro. El Mapache había dicho que él, como director, se haría cargo del incidente, y yo había confiado en él y por eso no había hecho nada más. ¿Quién se creía que era el Bufón para meter las narices donde no le llamaban? Bufón, a tus pinces... Estaba seguro de que me acabaría tomando la revancha, así que a ese respecto estaba tranquilo, pero me inquietaba haber oído el apellido de Puercoespín —«otra vez Hotta...»—, y la expresión «les instigó...» ¿Querían decir acaso que Puercoespín me había incitado a magnificar el suceso, o que Puercoespín había incitado a los estudiantes a que se portaran así conmigo? No lo sabía y me inquietaba. Yo seguía mientras tanto mirando el cielo como si nada. Noté que la luz

---

<sup>28</sup> El Ryounkaku (el Pabellón de la Nube Pasajera) era una torre de once pisos construida en el parque de Asakusa, en Tokio, en el año 1890. Fue el edificio más alto de su época en Japón. El terremoto de 1894 lo debilitó, y el de 1923 lo destruyó.

del sol comenzaba a decaer. Empezaba a soplar una fresca brisa. Las nubes, que antes parecían los hilillos finos del humo del incienso al arder, habían empezado a condensarse en una fina neblina.

De repente, como si hubiera recordado algo, Camisarroja dijo:

—¿Qué tal si nos volvemos ya?

—¡Perfecto! —dijo el Bufón—. ¿Va el señor jefe de estudios a visitar a la Madona esta noche?

Camisarroja se incorporó al oírlo: —Mejor no hablar de eso aquí. Alguien podría malinterpretarlo...

—No hay que preocuparse —respondió el Bufón—. Aunque lo oiga... —Y se volvió rápidamente para mirarme. Le respondí con una mirada asesina. Entonces él, como fulminado, esquivó mi mirada y dejó caer la cabeza a un lado mientras decía:

—¡Uy, me rindo!

Luego se encogió de hombros y se rascó la cabeza. ¡Qué payaso!

El marinero remó hacia la playa. El mar estaba muy tranquilo.

—Parece que no has disfrutado mucho con la pesca —me dijo Camisarroja.

—Estaba algo cansado, y prefería quedarme tumbado y mirar el cielo —le respondí. Arrojé mi cigarrillo al agua. Al apagarse hizo un sonido sordo, y luego se alejó de nosotros flotando. Camisarroja cambió totalmente de tema:

—Los estudiantes están muy contentos contigo. Debes portarte bien con ellos.

—No me da la sensación de que estén contentos —le dije.

—Lo digo en serio, están muy contentos, ¿verdad Yoshikawa?

—Están más que contentos. Entusiasmados, diría yo... —añadió el Bufón y se rió. Todo lo que salía por su boca tenía la particularidad de ponerme nervioso.

—Sin embargo —continuó Camisarroja—, si no tienes cuidado puedes buscarte problemas.

—Ya lo sé —le dije—. Pero pase lo que pase, estoy preparado. —La verdad es que yo seguía convencido de que o los alumnos internos se disculpaban, o yo dejaba la escuela.

—Bueno, si ya lo tienes todo pensado, no tengo nada que decir, pero como jefe de estudios lo único que quiero es ayudarte. No te lo tomes a mal.

—Así es. El señor jefe de estudios lo único que quiere es ayudarte. Y como tú y yo somos de Tokio, en la medida de lo posible espero que los dos nos apoyemos el uno al otro. De hecho, sin que lo sepas, ya te estoy ayudando. —Por una vez, el Bufón hablaba como una persona normal. Pero aceptar su ayuda me parecía un suicidio.

—Lo cierto es que los estudiantes están muy contentos de que hayas venido a nuestra escuela —añadió Camisarroja—. Pero hay ciertas cosas que debes tener



en cuenta. Habrá momentos en los que te sientas mal, pero espero que tengas paciencia y sepas sobrellevarlos. Yo intentaré ayudarte.

—¿A qué se refiere exactamente con eso de que hay *ciertas cosas que debo tener en cuenta*?

—Bueno, es difícil explicarlo, pero ya lo irás descubriendo pronto. Aunque ahora no pueda contarte nada, lo verás claramente tú solo dentro de poco. ¿Verdad que sí, Yoshikawa?

—Claro que sí. Son cosas complicadas, no lo entenderías en un solo día ni aunque quisieses. Lo irás descubriendo poco a poco. Aunque ahora no te diga nada, podrás verlo claramente tú mismo dentro de poco.

Me di cuenta de que el Bufón había repetido exactamente las mismas palabras que Camisarroja acababa de pronunciar.

—Pues si es tan complicado prefiero no saberlo. Pero que conste que no he sido yo el que ha sacado el tema.

—Es cierto, es cierto. He sido yo quien lo ha mencionado. De modo que debo ser yo quien te lo explique. Me limitaré a decir una cosa: acabas de terminar tus estudios, y éste es tu primer trabajo como profesor. Las cosas del instituto son más complicadas cuando eres profesor. Intentar resolverlas con métodos de estudiante, sería sencillamente inútil.

—Si como dice usted sería inútil, ¿qué puedo hacer entonces?

—Lo que quiero decir es que alguien inexperto como tú siempre tiene cosas que aprender...

—Claro que soy inexperto. Tengo exactamente veintitrés años y cuatro meses, como bien dice mi expediente.

—Y por eso es tan fácil que alguien te tome el pelo sin que te des cuenta.

—Mientras cumpla con mi deber, no tengo nada que temer.

—Por supuesto que no, pero aun así te tomarán el pelo. Ya le pasó antes a tu predecesor. Yo no hago más que ponerte sobre aviso.

Mientras Camisarroja me decía todo esto, me di cuenta de que el Bufón había permanecido muy callado. En un momento dado, incluso se había ido a la popa a hablar con el marinero. Al no tenerlo delante, me era más fácil hablar con Camisarroja.

—¿Quién fue el que le tomó el pelo a mi predecesor?

—No te lo puedo decir; afectaría a su reputación. De todos modos, no estamos muy seguros de tener todas las pruebas para incriminarlo, y acusarlo no serviría de nada. De cualquier forma, eres tú quien está ocupando el puesto actualmente. Si cometieras algún error, todos nuestros esfuerzos para traerte aquí habrían resultado inútiles. ¡Te aconsejo que tengas cuidado!

—No puedo tener más cuidado del que he tenido hasta ahora. Además, si cumplo con mi deber, no sé qué puedo temer.

Camisarroja se rió. Yo no tenía la sensación de haber dicho nada gracioso. Hasta ese momento, siempre había creído que aquella era la manera correcta de actuar: básicamente se trataba de cumplir con mi deber. Pero si se piensa un poco, se descubre que la mayoría de la gente, de una forma u otra, quiere que te fuerzas, que no cumplas con tu obligación. Es como si pensasen que si no lo haces no tendrás éxito en la vida. Y cuando de repente se topan con alguien bueno e inocente, deciden tratarlo como a un niño mimado, y se dedican a despreciarlo y meterse con él. ¡Sería mejor quitar las clases de ética de la escuela y dejar de decir a los niños que no se debe mentir! Es más, las mismas escuelas deberían enseñarte a mentir mejor, a desconfiar de los demás y a tomarle el pelo a la gente. ¿No sería mejor así? Camisarroja se reía de mi inocencia. Si la gente se ríe de ti por ser inocente y sincero, entonces es que este mundo no tiene solución. Kiyō nunca se rió de mí por decirle lo que yo acababa de decirle a Camisarroja. Al contrario, a Kiyō estas cosas le parecían muy bien. Comparada con Camisarroja, Kiyō era mucho mejor persona.

—Por supuesto que está bien que cumplas con tu deber —continuó Camisarroja—. Pero si no eres consciente de que otras personas pueden tener mala intención, caerás en sus trampas. Una persona puede parecerte sincera y amable, especialmente si te ayuda con tu alojamiento, pero a pesar de eso no debes fiarte... Bueno, está empezando a hacer fresco, ¿verdad? Se nota que estamos en otoño... Mira el color morado de la neblina en la playa. ¡Bonito paisaje! —Camisarroja se dirigió entonces al Bufón—: ¡Eh, Yoshikawa! Bonita vista de la playa, ¿no?

—Realmente fantástica —respondió éste—. Es una pena que no nos quede tiempo para hacer un dibujo e inmortalizarla.

Había una luz encendida en el primer piso de la posada de la playa. A lo lejos se oyó el silbido de un tren. La proa de nuestro bote tocó la orilla, y se deslizó por la arena hasta pararse. La dueña de la posada, que estaba de pie en la playa, saludó a Camisarroja. Me encaramé en la borda, y salté a la arena dando un grito.

Odiaba al Bufón. Habrían hecho un favor al Japón atándolo a una piedra y arrojándolo al mar. En cuanto a Camisarroja, el solo hecho de oírle me ponía enfermo. En vez de hablar con su voz natural, adoptaba un tono agudo y afectado para intentar parecer más simpático. Además, su voz no pegaba nada con su cara. Me imagino que solo una tonta como esa tal «Madona» podía sentirse atraída por él. Pero con todo, era más inteligente que el Bufón; por algo era el jefe de estudios.

Después de llegar a casa, me puse a pensar en lo que Camisarroja me había dicho. Puede que tuviera algo de razón. Como no había hablado claro, yo no había acabado de comprenderlo, pero me parecía que lo que Camisarroja me había querido decir era que no me podía fiar del Puercoespín, y que por lo tanto debía tener cuidado con él. Pues habérmelo dicho con más claridad, como habría hecho un hombre. Además, si Hotta era tan mal profesor como Camisarroja decía, pues haberlo despedido. ¡Vaya jefe de estudios tan pusilánime! ¡Cualquiera diría que tenía un título universitario! Porque era de cobardes hablar a espaldas de la gente sin atreverse a decir claramente sus nombres. A menudo los cobardes parecen buenos y dóciles, y eso era justo lo que le pasaba a Camisarroja. Además, quizá hablara de forma afeminada precisamente para parecer bueno y dócil. Pero ser bueno es una cosa, y otra muy diferente hablar con voz afeminada, y a mí no me iba a engañar por mucho que pusiera esa voz o se hiciese el delicado. Pero qué extraño es el mundo: alguien que te cae muy mal te trata con amabilidad, mientras que uno que parece ser tu amigo acaba jugándotela. ¡No entendía nada! Pero ahora vivía en provincias, y consideraba normal que las cosas fueran diferentes a como eran en Tokio. Por momentos, parecía que aquí el fuego podía convertirse en hielo, o las rocas en tofu. Era inquietante. Pero aunque así fuera, ¿qué sentido tenía que el Puercoespín incitara a los estudiantes a que se burlaran de mí? No parecía ese tipo de persona... Sin embargo, me habían dicho que era el profesor más popular, y quizá eso le daba carta blanca para hacer ciertas cosas. Aunque si era así, podía habérmelo dicho de forma más clara: yo nunca habría rehuido la confrontación directa. Si tenía algún problema conmigo, podía habérmelo dicho a la cara, incluso haberme pedido que presentara mi dimisión. Siempre se pueden arreglar las cosas hablando. Si me hubiera convencido de que tenía razón en sus quejas, habría abandonado el instituto al día siguiente. Después de todo, éste no era el único sitio del mundo donde se podía cultivar arroz. Estaba seguro de que, fuera adonde fuera, encontraría algo que comer y no me moriría de hambre. Pensé que a fin de cuentas tampoco me podía fiar del Puercoespín.

Él, recordé, había sido el primero en invitarme a algo cuando llegué. ¡A un sorbete! Ahora me daba rabia haber aceptado la invitación de alguien tan hipócrita. ¡Solo había sido un sorbete, y a fin de cuentas no le había costado más que un céntimo y medio! Pero lo importante no era el dinero; lo que me fastidiaba era el hecho de haber aceptado la invitación. «Mañana, nada más llegar a la escuela, le devuelvo el dinero», me dije. Solo una vez me había sentido antes en deuda: cuando Kiyō me regaló aquellos tres yenes. Y no es que no hubiera podido devolvérselos. Sabía que no esperaba que lo hiciera, y tampoco es que yo pensara hacerlo. No se trataba de una simple transacción entre dos extraños. Devolvérselos habría sido

como decirle que no era realmente generosa, negar la nobleza de sus sentimientos hacia mí. No era tacañería por mi parte, sino una forma de mostrar lo unidos que estábamos los dos. Ya sé que los casos de Kiyo y el Puercoespín no tenían nada que ver, pero cuando aceptas una invitación, bien sea de un sorbete, de una taza de té o de lo que sea, lo que haces en realidad es decirle a la otra persona que le tienes respeto y que la aprecias. La gratitud que sientes en el corazón cuando aceptas una invitación, gratitud fácilmente evitable si pagas tú mismo tu parte, es una forma de devolver esa invitación con algo que va más allá del dinero, o de lo que el dinero puede comprar. Quien acepta la invitación puede ser un don nadie, pero eso da igual. Basta con que sea un ser humano libre e independiente. El hecho de que ese hombre independiente te encuentre digno de respeto y aprecio es más valioso que un millón de yenes.

Había dejado que el Puercoespín me invitara, y había valorado esa invitación más que si me hubiera dado un millón de yenes. Él debía estarme igual de agradecido porque yo la hubiera aceptado, pero en vez de eso se portaba conmigo como un infame miserable, el muy canalla. Si al día siguiente le devolvía el dinero que se había gastado en mi sorbete, ya no nos deberíamos nada. Una vez saldada mi deuda, podría enfrentarme a él sin cortapisas.

Estaba yo sumido en estos pensamientos cuando me vino el sueño y me dormí. Al día siguiente salí hacia la escuela antes de lo habitual, decidido a llevar a cabo mi plan. Esperé pacientemente a que llegara el Puercoespín, pero parecía que llevaba retraso. Llegó el Calabaza; llegó también el profesor de literatura clásica china; luego, el Bufón; al final llegó también Camisarroja, pero la mesa del Puercoespín seguía vacía. Encima de ella había una tiza solitaria. Desde que había salido de casa llevaba bien agarradas las monedas que le quería devolver, como cuando uno visita los baños y va preparado para soltar el dinero nada más entrar. Abrí la mano y vi que las monedas estaban bañadas en sudor. Como estaba seguro de que el Puercoespín me afearía la conducta si se las daba sucias y grasicntas, coloqué las monedas encima de mi mesa, y me dediqué a soplar hasta que se secaron. Entonces volví a ponérmelas en la mano. En ese momento se me acercó Camisarroja y empezó a pedirme disculpas por el frustrado día de pesca:

—Seguro que te aburríste una barbaridad. —En absoluto —le dije—. De hecho sirvió para abrirme el apetito.

Camisarroja apoyó un codo en la mesa vacía de Puercoespín y colocó su cara a unos centímetros de la mía. Yo me pregunté qué querría exactamente. Entonces, Camisarroja me miró de soslayo, y me susurró:

—Te recomiendo que no menciones a nadie nuestra conversación de ayer en el barco. ¿No se lo habrás contado a alguno ya?

Mientras me hablaba, no podía dejar de pensar lo extraño que era escuchar una voz de mujer como aquella saliendo de la boca de un hombre. Camisarroja parecía especialmente nervioso. Le respondí que por supuesto no le había dicho nada a nadie. Pero la verdad es que estaba decidido a contárselo al Puercoespín, y de hecho tenía preparado el céntimo y medio y para devolvérselo. Al pedirme Camisarroja que me callara, me desconcertó y me entraron dudas. Aunque Camisarroja era Camisarroja. Primero iba e insinuaba, de forma evidente aunque sin explicitarlo, que el Puercoespín era el culpable de mi situación; luego volvía a insinuar de forma misteriosa que podía buscarme problemas si le acusaba. Teniendo

en cuenta que era el jefe de estudios, creo que estaba conduciendo el asunto de una forma muy poco seria. Lo que debía hacer era afrontar el problema y apoyarme en mi petición de explicaciones al Puercoespín. ¡Así debía actuar un auténtico jefe de estudios, sobre todo uno que llevaba a todas horas una camisa roja puesta!

Cuando le expliqué que todavía no había dicho nada a nadie, pero que pensaba pedirle explicaciones a Puercoespín en cuanto llegara, Camisarroja pareció preocuparse mucho.

—Si cometes esa imprudencia, lo único que harás será crearte problemas. Además, no recuerdo haber mencionado nada sobre Hotta. ¡Ni siquiera pronuncié su nombre! Si reaccionas impulsivamente, solo empeorarás las cosas. Me imagino que si viniste a trabajar aquí no sería para armar lío...

Lo único que pude responder a esa extraña pregunta fue que era consciente de que el sueldo que recibía me lo pagaba la escuela, y que armar un alboroto lo único que haría sería perjudicar a la escuela en su conjunto.

—En ese caso será mejor que todo esto quede entre nosotros —me dijo Camisarroja, sudando profusamente—, y que no lo comentes con nadie más.

—De acuerdo —le dije—. Si hacerlo va a acarrear tales consecuencias, aceptaré lo que me pides, aunque no me resultará fácil.

—¿De acuerdo entonces? —me repitió varias veces, con esa voz femenina que me retumbaba en los tímpanos. ¡Sería horroroso si todos los licenciados universitarios fueran así como él! Seguro que no era consciente de lo ridículo que era lo que me estaba pidiendo. Y aun así se atrevía a dudar de mi palabra, como si me creyera capaz de algo tan mezquino como no respetar la palabra dada.

En ese instante llegaron los dos profesores cuyas mesas estaban junto a la mía, y Camisarroja se retiró rápidamente a la suya. Hasta su forma de caminar era artificial. Andaba sigilosamente, como si se deslizara. No sé qué puede llevar a alguien a caminar sin hacer ningún ruido. Como no sea que quiera dedicarse al robo con nocturnidad...

Pronto sonó la corneta que marcaba el comienzo de las clases. La mesa de Puercoespín continuaba vacía. Ya no había nada que hacer, así que dejé el céntimo y medio encima de mi mesa y me dirigí al aula.

La clase se alargó un poco más de lo habitual, y cuando volví a la sala de profesores todos habían llegado ya, incluido el Puercoespín. Yo ya no esperaba que apareciera, pero allí estaba. Ocurrió que simplemente se había retrasado un poco. En cuanto me vio les comentó a todos que puesto que yo era la causa de su retraso, debía ser yo precisamente quien pagara la multa que nos imponían en esos casos. Al oírlo, cogí el céntimo y medio que había dejado en mi mesa y lo deposité en la suya. Le dije que aquello era en pago por el sorbete. Al verlo, el Puercoespín se rió y me dijo:

—¿Se puede saber de qué me estás hablando? —Pero cuando vio que iba en serio volvió poner el dinero en mi mesa y me dijo que ya bastaba de bromas ridículas. Yo ya sabía de antemano que el Puercoespín no iba a dar su brazo a torcer tan fácilmente.

—¡No se trata de ninguna broma! —le respondí—. No quiero deber nada a nadie. ¡Insisto en que lo cojas!

—Si para ti un céntimo y medio es tan importante, lo cojo y arreglado... Pero ¿por qué me devuelves este dinero precisamente ahora?

—Da lo mismo ahora que en cualquier otro momento. Lo único que pasa es que no quiero deberte nada. ¡Por eso te lo devuelvo!

Puercoespín me miró desafiante, y luego dijo:

—¡Bah!

Si no le hubiera dado mi palabra a Camisarroja, les habría dicho a todos en ese mismo momento la clase de persona que era en realidad el Puercoespín, y seguramente habríamos llegado a las manos. Pero no podía faltar a mi palabra. No obstante, el hecho de que me dedicara un simple «¡Bah!» por respuesta logró ponerme rojo de ira.

—Está bien. Acepto el dinero del granizado. Pero a cambio tú cogerás todas tus cosas y te marcharás hoy mismo de la pensión Ikagin.

—Lo único que deseo —le respondí— es devolverte el dinero cuanto antes. ¡Lo que yo hago con mi cuarto es solamente asunto mío!

—Eso es lo que tú te crees. Tu casero vino a verme anoche para decirme que quiere que te vayas de su pensión; cuando me contó sus razones, me pareció que actuaba correctamente. Aun así, quería estar seguro de que lo decía era cierto, así que me pasé esta mañana por su casa para que me lo explicara con detalle—. ¡No tenía ni la menor idea de qué estaba hablando el Puercoespín!

—¿Y puede saberse qué fue lo que te dijo? Además, ¿cómo te atreves a juzgarme por lo que otro te haya dicho sobre mí? Si el casero tiene algún problema conmigo, lo que tiene que hacer es decírmelo directamente. ¿Cómo te atreves a dar por sentado que lo que te dice cualquiera es verdad, para luego reprochármelo de esta forma?

—Voy a intentar explicártelo. En primer lugar, has de saber que eres un maleducado. Tu casera no es tu criada. ¡No hay derecho a que le hagas lavarte los pies!

—¡Vaya! ¿Y cuándo le he obligado a hacerlo?

—No es de mi incumbencia. De lo que estoy seguro es de que están hartos de ti. Dicen que con solo vender un *kakemono* pueden ganarse hasta diez o quince yenes fácilmente. Así que no te necesitan para nada.

—¡Vaya par de mentirosos! Si es así, ¿por qué me alquilaron la habitación?

—No tengo ni la menor idea. Es cierto que decidieron alquilártela, pero no es menos cierto que ahora están hartos de ti y quieren que te vayas. ¡O sea que sal de ahí!

—¡Por supuesto que me iré! —exclamé yo—. No me quedaría en ese cuchitril ni aunque me lo pidieran de rodillas. Pero no olvides que todo es culpa yuya. ¡Fuiste tú quien me presentó a esos miserables!

—¿Culpa mía? ¿Culpa mía? ¿No será más bien culpa de tu insolencia y tu mala educación?

Puercoespín tenía tanto genio como yo, y no tardó mucho en empezar a dar voces. Los demás profesores, que hasta ese momento habían estado a lo suyo, empezaron a mirarnos asombrados. Yo no tenía nada de lo que avergonzarme, y les devolví una mirada desafiante. El único que no parecía extrañado era el Bufón, que se reía sentado en su mesa. Así que le lancé una mirada especialmente retadora, y enseguida el Bufón apartó la vista y dejó de sonreír. Parecía algo nervioso. De repente sonó la corneta que señalaba el nuevo turno de clases, de manera que Puercoespín y yo dejamos nuestra discusión y nos fuimos a nuestras respectivas aulas.

Por la tarde se celebró una reunión de profesores en la que se discutirían las medidas disciplinarias a adoptar contra los estudiantes internos involucrados en el incidente de la noche de mi guardia. Era la primera vez que asistía a una reunión, y no sabía muy bien cómo debía comportarme. Imaginaba que esas reuniones se convocaban para resolver problemas especialmente difíciles y farragosos que requerían que cada uno de los profesores expusiera su opinión para que el director, al final, tomara una decisión justa. Me parecía que era la forma correcta de tratar un problema complicado. Pero, por otro lado, en este caso estaba claro quién tenía la culpa, así que discutirlo era una pérdida de tiempo. Por muchas vueltas que se le diera, solo había una interpretación posible. El director debía castigar a los estudiantes y punto. En vez de eso, se mostraba dubitativo y falto de autoridad. ¿Cómo se podía ser tan indeciso? Si para ser director había que ser así, entonces la palabra «director» debía de ser sinónimo de «miedoso indeciso».

La sala de reuniones era una habitación larga y estrecha, contigua al despacho del director, que normalmente servía como comedor. Había unas veinte sillas de cuero negro alrededor de una mesa alargada. Me recordaba a los restaurantes de estilo europeo de la zona de Kanda, en Tokio. En la cabecera de la mesa se sentó el director, con Camisarroja a su lado. Los demás daba igual dónde nos sentáramos, me dijeron, con la excepción del humilde profesor de gimnasia, que siempre se sentaba en uno de los extremos. Yo no sabía dónde sentarme, y al final me puse entre el profesor de ciencias naturales y el de literatura clásica china. Enfrente de mí estaban el Puercoespín y el Bufón. Era curiosa la comparación: el Bufón parecía un ser vulgar e inferior; era obligado reconocer que el Puercoespín tenía un semblante más noble e impresionante, aunque fuera mi enemigo. Su cara me recordaba a una que había visto representada en un *kakemono* en el templo Yôgen de Kobinata, en el funeral de mi padre. El monje que ofició el funeral me explicó que era el retrato de un dios guardián budista llamado Idaten. El Puercoespín, todavía enfadado, miraba a un lado y a otro de la habitación, con rápidos movimientos de sus pupilas. Cuando sus ojos se cruzaron con los míos, le devolví una mirada fiera. Estaba listo si creía que me iba a apabullar de esa manera. Quizá mis ojos no sean muy impresionantes, pero son tan grandes como los de cualquiera. «Con esos ojos tan grandes, serías un magnífico actor», solía decirme Kiyô.

—Bueno, parece que estamos todos —anunció el director. Kawamura, un empleado de la oficina, se dispuso a contarnos.

—Falta uno— dijo al terminar. Yo supe enseguida a quien se refería: el que faltaba era el Calabaza. No sé qué tenía de especial, pero desde que lo vi por primera vez, no podía quitarme su imagen de la cabeza. Por alguna razón, nada más llegar a la escuela era el primero al que veía en la sala de profesores. A veces, estando en cualquier sitio, su imagen acudía a mis ojos y se quedaba flotando en mi mente. Otras veces, al llegar a los baños me lo encontraba allí, sumergido en la bañera, con esa cara suya, azul y flácida. Cuando lo saludaba, me respondía algo inaudible y me saludaba con la cabeza con tan poca energía que hasta me daba pena. Nadie en la escuela era tan tímido como él. Casi nunca se reía, y jamás decía una palabra más alta que la otra. Alguna vez había leído algo sobre hombres sabios, y siempre pensé que era cosa de libros o enciclopedias, no de la vida real. Cuando conocí al Calabaza me quedé tan impresionado que pensé que quizá los hombres sabios también existían en la realidad.

Como me fijaba tanto en el Calabaza, no era extraño que nada más entrar en la sala de juntas me hubiera dado cuenta de que era él quien faltaba. La verdad es que había estado pensando en sentarme a su lado, así que al entrar lo había estado buscando con la mirada. El director, tras anunciar que seguro que estaría al caer, comenzó a abrir un paquete envuelto en seda morada que tenía delante. Puso sobre la mesa un montón de papeles, y tras buscar durante un buen rato, al fin extrajo unos documentos que a primera vista parecían copias en ciclostil. Camisarroja se había puesto a limpiar su pipa de ámbar con un pañuelo de seda. Era una de sus manías, muy propia de alguien como él. Otros profesores cuchicheaban. Algunos, que no podían tener las manos quietas, hacían dibujos imaginarios en la mesa con la goma de borrar de los lápices. El Bufón hizo un par de intentos de trabar conversación con Puercoespín, pero éste se limitó a responder «mmm» y «ahhh». Puercoespín prefería concentrarse en escrutarme con ojos amenazadores. Yo, resuelto a no perder, le mantenía fieramente la mirada sin apartarla ni un momento.

Al final llegó el Calabaza, con tan mal aspecto como de costumbre. Saludó con una inclinación de cabeza al Mapache, y pidió excusas por llegar tarde. Lo habían retenido, sin que lo pudiera evitar, con otro asunto.

—Bien —dijo el Mapache—. Declaro abierta la sesión del consejo de profesores.

Dicho esto, entregó las copias del documento ciclostilado a Kawamura, el secretario, quien las fue repartiendo. Como primer asunto del orden del día figuraba el epígrafe «Castigos»; a continuación, estaban las «Medidas de control de los estudiantes», a las que seguían algunos otros epígrafes. Luego, el Mapache habló con ese tono engolado que empleaba cuando quería presentarse como la encarnación de la educación:

—Yo soy el único responsable de todos los actos de indisciplina que acontecen en esta escuela. Dichos actos me incumben directamente. Cuando sucede algo de este tipo, me invade un sentimiento de vergüenza, lo que me lleva a preguntarme si soy un buen director. Por desgracia, una vez más, caballeros, debo disculparme públicamente porque se ha producido un nuevo incidente de esta naturaleza. Y aunque no podemos cambiar el pasado, lo que sí podemos es tomar medidas contra hechos de este tipo. Como todos los conocen ya, me limitaré a



pedirles que me digan de forma franca y sincera las medidas que creen que debemos adoptar para rectificar esta situación.

Al escuchar estas palabras, me dije que no era extraño que el Mapache hubiera llegado a director.<sup>29</sup> Si de verdad asumía la completa responsabilidad por lo ocurrido y pensaba que era su propia falta, ¿no sería mejor que presentara su dimisión en vez de castigar a los estudiantes? Además, así nos habría ahorrado tener que convocar una reunión de profesores. Todo lo que tenía que hacer era usar el sentido común. Los hechos estaban claros: en mi guardia, los estudiantes se habían pasado de la raya. No había sido culpa mía ni del director. La responsabilidad era solo de los estudiantes. Si Puercoespín los había incitado, entonces él era también responsable. ¿Acaso creía el director que su trabajo consistía en salvar el pellejo de los culpables cargando él solo con la culpa? Era una artimaña muy propia de un mapache. Tras finalizar su absurda perorata, nos miró a todos con cara de satisfacción. Nadie dijo nada. El profesor de ciencias naturales miraba a través de la ventana a un cuervo que estaba posado en un tejado. El de literatura china estaba concentrado en doblar y desdoblar la copia que habían repartido. Puercoespín seguía con sus ojos fijos en mí. Si todas las reuniones de profesores eran farsas como aquella, lo mejor sería saltárselas y quedarse en casa echando una siestecita.

Decidí romper el silencio, pero cuando estaba a punto tomar la palabra, Camisarroja se levantó súbitamente y empezó a hablar, así que me callé. Había dejado la pipa en la mesa, y mientras disertaba se secaba el sudor de la cara con un pañuelo de seda. Seguro que se lo había dado la Madona: un caballero siempre debe usar pañuelos blancos de lino.

—Yo también dudé de mi capacidad como jefe de estudios cuando me enteré del desgraciado incidente de los estudiantes internos, y me avergüenzo mucho por no haber sabido ser un guía moral para nuestros jóvenes. Este tipo de incidentes siempre es un reflejo de nuestras propias limitaciones, y aunque a simple vista pueda parecer que la culpa es de los estudiantes, si no nos centramos solo en el incidente y vemos las cosas en su conjunto, debemos concluir que la responsabilidad real recae en la escuela. Creo, por tanto, que tratar lo ocurrido como un hecho superficial y castigar solo a los estudiantes puede tener consecuencias muy negativas de cara al futuro. Es muy posible, además, que todo se deba a un exceso de energía juvenil, y que los actos en cuestión fueran actos semi-inconscientes, cometidos sin una previa ponderación de lo que está bien y lo que está mal. Por supuesto que el director es quien debe decidir las medidas a adoptar, y no pretendo en absoluto inmiscuirme en su decisión, pero espero su comprensión y la de todos, y que, en consecuencia, actuemos con tanta clemencia como sea posible.

Si el Mapache había hablado como esperaba de él, Camisarroja no le andaba a la zaga. Allí estaba, delante de todos, defendiendo que si los estudiantes se pasaban de la raya, no eran ellos los responsables sino los profesores. En resumidas cuentas, que si un lunático hace algo malo a alguien, quien tiene la culpa es quien recibe el daño, y eso es suficiente justificación para el lunático. Sentí ganas de darles las gracias. Si resulta que los estudiantes padecen un exceso de energía, lo adecuado sería sacarlos al patio y que se desfogaran haciendo algo de sumo.

---

<sup>29</sup> En Japón el mapache se asocia tradicionalmente con la locuacidad y la capacidad de engañar mediante la palabra.

¿De verdad pensaban que iba a creerme que habían introducido los saltamontes en mi cama «en estado semi-inconsciente»? ¡Si me hubieran matado mientras dormía, Camisarroja habría defendido que lo habían hecho sin ser muy conscientes de ello y los habría dejado irse de rositas!

Mientras pensaba estas cosas, volví a sentir ganas de levantarme y hablar, pero mi falta de elocuencia me contenía. Me suele ocurrir que, cuando me enfado, me quedo bloqueado. Digo dos o tres palabras, y luego se acabó. Estaba seguro de que no me faltaba carácter y energía para hacer frente al Mapache y a Camisarroja, pero sabía que ambos eran hábiles oradores, y no quería darles la oportunidad de aprovecharse de mis limitaciones en esas circunstancias. Me quedé sentado, intentando encontrar las palabras adecuadas para expresar mis ideas cuando, de repente, vi que frente a mí, el Bufón se ponía en pie y empezaba a hablar. «¿Qué querrá decir ahora este payaso?», me pregunté.

—El reciente incidente de los grillos y de los gritos —dijo con un tono afectado— constituye un hecho realmente extraordinario, y lo bastante grave como para poner en entredicho el futuro de nuestra escuela. En momentos como éstos, ineludibles para docentes como nosotros, debemos reflexionar sobre nuestra conducta con la firme voluntad de restablecer el sentido de la disciplina. Los análisis de nuestro director y del jefe de estudios han puesto el dedo en la llaga, y los apoyo sin reservas. Debemos ser tan indulgentes como podamos en las medidas que adoptemos.

De nuevo otro bonito discurso, pero vacío, confuso y afectado. Lo único claro era que apoyaba a los otros sin cortapisas.

No había sacado nada en claro de lo que el Bufón había dicho, y aquello solo sirvió para ponerme aún más furioso. Así que antes de que pudiera pensar claramente en lo que iba a decir, ya me había puesto en pie. Solo alcancé a articular:

—¡No estoy de acuerdo en absoluto...! —Después de unos instantes de zozobra, me calmé y pude continuar—: ¡No puedo apoyar una propuesta tan insensata! —En ese momento, los presentes rompieron a reír—. La culpa la tienen exclusivamente los estudiantes. Si no hacemos que se disculpen, el incidente se repetirá. No estaría de más expulsar a alguno. Un hecho tan intolerable. .. Habrán pensado que siendo nuevo...

Tras decir esto, me senté. A continuación habló el profesor de ciencias naturales, que estaba sentado a mi derecha:

—Es verdad que la culpa es de los estudiantes, pero si los castigamos con demasiada severidad, puede ser contraproducente y empeorar las cosas. Estoy de acuerdo con el jefe de estudios en que lo mejor es ser indulgente en las medidas a adoptar.

¡Estaba claro a quién apoyaba! Luego habló el profesor de literatura clásica china, quien también apoyaba la política de la clemencia. El de historia dijo que también estaba de acuerdo con el jefe de estudios. «Maldita sea», pensé. «Todos están de acuerdo con Camisarroja.» Si era así como pretendían llevar la escuela, no había nada que hacer. Desde mi punto de vista, solo había dos opciones: o se castigaba a los alumnos díscolos, o yo presentaba mi dimisión. Si prevalecía la opinión de Camisarroja, estaba decidido a levantarme allí mismo, irme a la pensión y hacer las maletas. Sabía que mi elocuencia no bastaba para convencerles, pero

aunque lo hubiera hecho, no quería tener nada que ver con gente que pensaba de esa manera. Y en ese caso, ¿qué más me daba lo que dijeran? Si me levantaba para decir algo, seguro que se iban a reír, así que me quedé sentado, con la boca bien cerrada.

Entonces el Puercoespín, que hasta entonces había estado sentado en silencio, se levantó como movido por un resorte. Estaba seguro de que también mostraría su apoyo a Camisarroja. No me interesaba lo que iba a decir. Era mi enemigo declarado. Pero el Puercoespín, con una voz tan alta que hizo que los cristales de las ventanas temblaran en sus marcos, dijo:

—¡Estoy totalmente en contra de la propuesta del jefe de estudios y del resto de los profesores! Independientemente de cómo se considere el incidente, no podemos ignorar que lo que estamos analizando es que un grupo de cincuenta estudiantes internos se burlaron sin el menor respeto de un profesor recién llegado. El jefe de estudios parece creer que tal comportamiento se debe al carácter de ese profesor, pero, con todo el respeto, creo que se han tergiversado las cosas. Al nuevo profesor le fue asignada una guardia nocturna al poco de llegar, sin que ni siquiera hubiera disfrutado de veinte días de trato previo con los estudiantes. Veinte días no son suficientes para que los estudiantes puedan llegar a conocerlo y aceptarlo como un profesor suyo. Si se hubieran burlado de él porque hubiera mostrado alguna falta de profesionalidad, en ese caso deberíamos ser clementes con los estudiantes. Pero excusar el comportamiento de unos alumnos insolentes que se han burlado de un profesor nuevo sin ninguna razón, empañaría la reputación de nuestro instituto. Educar no es solo impartir conocimientos. Educar es también forjar caracteres nobles, rectos y con fuertes principios, en los que no cabe la vulgaridad, la superficialidad y la arrogancia. Modificar lo que debemos hacer, por temor a que sea contraproducente o a una respuesta exagerada, significa renunciar a nuestro cometido. Si podemos llamarnos docentes es precisamente por nuestra capacidad de rectificar conductas, y si renunciamos a ello, en ese caso habría sido mejor que nunca hubiéramos elegido esta profesión. Por estas razones es imperativo, en mi opinión, que obliguemos al conjunto de los estudiantes internos a presentar sus disculpas al profesor en cuestión.

Terminada su intervención, el Puercoespín se volvió a sentar como movido por otro resorte. El silencio era total. Camisarroja había vuelto a coger su pipa y la limpiaba con el pañuelo. Yo estaba exultante. Puercoespín había dicho exactamente lo que yo habría querido decir. Como soy un inocente, en seguida me olvidé de que estaba enfadado con él, y lo miré agradecido. Puercoespín ni se inmutó.

Tras unos instantes, Puercoespín se levantó de nuevo y prosiguió:

—Quería añadir algo que he olvidado en mis palabras anteriores. Ha llegado a mi conocimiento que el profesor en cuestión que hacía la guardia nocturna abandonó su puesto para irse a un baño público. ¡En mi opinión, semejante comportamiento constituye una falta inexcusable! Quien acepta la responsabilidad de llevar a cabo una guardia nocturna no puede aprovecharse de la situación e irse alegremente a unos baños, ni más ni menos, simplemente porque no haya nadie que lo controle. Se trata de una falta grave, en mi opinión. Aparte de las medidas que se adopten contra los estudiantes, espero que el director le llame la atención por su conducta.

El Puercoespín era un tipo realmente extraño: cuando parecía que te estaba apoyando, de repente ponía de manifiesto tus errores. Si yo lo había hecho fue porque la noche en que llegué a la escuela el profesor que estaba de guardia había salido, y había creído inocentemente que esto era algo permitido. ¡Por eso había ido a los baños! Ahora me daba cuenta de que había hecho mal. Era natural que me amonestaran. Así que me levanté y declaré:

—Es verdad, lo reconozco. Fui a los baños la noche que estaba de guardia. Me doy cuenta de que está mal, y pido disculpas por ello.

Tras sentarme, todo el mundo volvió a reírse. Parecía que solo sabían reírse cada vez que abría la boca. ¡Pazguatos! Me habría gustado verlos ponerse de pie y aceptar públicamente que habían hecho algo mal. Seguramente se reían avergonzados de su propia incapacidad.

El director anunció entonces que después de escuchar todas las opiniones solo le quedaba sopesarlas antes de tomar una decisión. Y lo que decidió, unos días más tarde, fue que los estudiantes internos permanecieran confinados en sus aposentos durante una semana, y que me presentaran disculpas personalmente. Teniendo en cuenta que yo ya estaba dispuesto a presentar mi dimisión y volverme a casa si no se me ofrecían disculpas, quizá lo mejor habría sido que las cosas no se hubieran resuelto en mi favor, por lo complicado que acabó resultando todo después. Aunque de ese asunto hablaré más adelante.

Por el momento, la reunión continuó con algunos comentarios del director:

—Como es deber del cuerpo de profesores servir de ejemplo a los estudiantes, querría pedir a los profesores que eviten comer o beber en locales públicos. Por supuesto que se exceptúan banquetes de despedida o celebraciones oficiales, pero insisto en pedirles que eviten lugares de dudosa reputación tales como restaurantes de *soba* o de *dango*...

Al oír sus palabras todos se rieron a carcajadas. El Bufón se volvió hacia el Puercoespín y pronunció la palabra «*tempura*» con cara de gracioso, pero Puercoespín lo ignoró. ¡Me pareció muy bien!

No soy muy listo, y me costaba comprender lo que el Mapache quería decir, pero pensaba que si no es propio de profesores comer en restaurantes de *soba* o de *dango*, en ese caso quizás yo no debía ser profesor, puesto que tan aficionado era a ellos. Además, si era tan importante, debían haberlo marcado como una de las condiciones fundamentales a la hora de otorgar la plaza. Aquellos insensatos me habían contratado sin mencionarme nada, y ahora que ya estaba allí, me decían que me prohibían comer *dango*. ¡Era un auténtico revés para alguien como yo, que tenía tan pocas diversiones! Camisarroja atacó de nuevo:

—Los profesores de instituto forman parte de la capa más alta de la sociedad. Así pues, no deben regodearse en placeres materiales. Dedicarse a semejantes actividades solo puede ejercer una mala influencia en los estudiantes. Es cierto que todo ser humano necesita diversiones, sobre todo para sobrellevar el tedio de la vida de provincias. Por ello deben dedicarse a entretenimientos de naturaleza intelectual tales como la pesca, la lectura de obras literarias, la composición de *haikus* o la escritura de poemas modernos...

Los demás escuchábamos en silencio aquella sarta de insensateces. Camisarroja parecía dejarse llevar por el sonido de su propia voz. Si pescar abono marino, hacer chistes estúpidos sobre *goruki* y los escritores rusos, mirar a una geisha bajo un pino, o componer *haikus* sobre ranas que saltan en estanques putrefactos eran divertimentos intelectuales, no veía yo por qué comer *tempura* o bolas de arroz no eran entretenimientos comparables.

¡Lo que tenía que hacer era lavar su camisa roja en vez de echarnos sermones sobre diversiones absurdas! Yo estaba tan enfadado que me levanté y le pregunté a voz en grito:

—¿Y la Madona, eh? ¿Es también la Madona un divertimento intelectual?

Esta vez se hizo un silencio sepulcral. Nadie se rió.

Los profesores se limitaron a mirarse los unos a los otros con ojos de asombro. Camisarroja se quedó callado, con el gesto torcido. «¡Toma ya!» pensé. «Esta vez te he pillado, ¿no crees?» Por el único que lo sentí fue por el Calabaza, quien al oírlo se quedó aún más pálido que de costumbre.

Decidí abandonar la pensión esa misma noche. Mientras hacía el equipaje, la casera entró en la habitación y me preguntó qué ocurría. Me dijo que si había algo que no me gustara, lo solucionarían. Me dejó perplejo. ¡Es difícil imaginar que haya gente tan incoherente en el mundo! ¿En qué quedaban? ¿Querían que me fuera, o que me quedase? ¡Estaban como cabras! Discutir con semejante chusma era un deshonor para alguien de Tokio, así que salí a buscar un *rickshaw* para recoger mis cosas y salir lo antes posible.

Una vez en la calle, la verdad es que no sabía adonde ir.

—¿Dónde quiere que le lleve? —me preguntó el conductor del *rickshaw*. Yo no sabía qué decirle.

—Sígame en silencio, y ya lo iremos viendo...

Empecé a caminar y el cochero me siguió, mientras tiraba del *rickshaw*. Lo primero que pensé fue en volver a la posada Yamashiro, pero se trataba de una solución provisional y tendría que volver a hacer otra mudanza pronto, con las consiguientes molestias. Mientras caminaba, buscaba algún cartel que dijera: «Se alquila habitación». Esperaba que el destino me mostrara alguna señal. Dando vueltas, pasamos por una zona de calles tranquilas, y al final entramos en la zona de Kajiya-cho. Se trataba de un barrio de grandes mansiones de samuráis, por lo que era poco probable que encontrara alguna pensión en aquel lugar. Estaba a punto de volver a una zona más céntrica y menos residencial cuando de repente tuve una idea. Recordé que el Calabaza vivía en aquel barrio. Según me había dicho, su familia había vivido allí durante generaciones, así que seguro que conocía bien la zona. Lo más probable era que me diera buenos consejos si me acercaba a su casa a preguntarle. Afortunadamente, le había hecho una visita poco antes, y recordaba dónde estaba su casa, así que pude encontrarla sin gran dificultad. Me dirigí a la puerta y llamé dos veces:

—¡Hola, hola! —exclamé.

No tardó en salir una mujer de unos cincuenta años que empuñaba una vieja linterna de papel. No es que no me gusten las mujeres jóvenes, pero la cercanía de una mujer mayor me conforta. Quizá es que me siento tan bien con Kiyo que proyecto ese sentimiento en cualquier mujer mayor. Se trataba de una mujer de aspecto digno, con el pelo corto, como el de las viudas, recogido en la nuca. Como sus rasgos eran muy similares a los del Calabaza, asumí que era su madre. Tras presentarme, me invitó a entrar cortésmente, pero le dije que solamente había venido a preguntar algo a su hijo. Lo llamó, y cuando el Calabaza bajó le expuse rápidamente mi situación y le pregunté si podía ayudarme. Me dijo que en efecto se trataba de un problema, y se quedó pensativo durante un buen rato. Luego pareció recordar algo y me dijo que había una pareja de ancianos, los Hagino, que vivían en la calle de atrás, y que alguna vez le habían preguntado si conocía a alguien de confianza para alquilarle una habitación que tenían vacía. No sabía si todavía estaría libre, pero podíamos acercarnos y preguntar. El me acompañaría con gusto.

Y así fue como me convertí en inquilino de los Hagino. Me sorprendió enterarme de que en cuanto me fui del cuarto de los Ikagino, el Bufón lo ocupó como si fuera lo más natural del mundo. ¡Me quedé atónito! Parecía que en el mundo no

había más que sabandijas, cada una de ellas intentando aprovecharse de las demás. ¡Qué asco!

Si el mundo era así, solo me quedaba encerrarme en mí mismo, e intentar que no me engañaran. Pensándolo bien, si vivir del robo es la única manera de poder comer tres veces al día, hay que preguntarse si merece la pena vivir. Por otra parte, quitarse la vida cuando se goza de buena salud es un deshonor para tus ancestros, además de muy negativo para la propia reputación. Cuanto más lo pensaba, más me parecía que debía haber usado los seiscientos yenes para hacerme lechero o algo parecido, en vez de matricularme en la Escuela Superior de Ciencias Físicas para aprender algo tan inútil como las matemáticas. Si lo hubiera hecho, Kiyoyo y yo habríamos podido seguir juntos, y no habría tenido que estar pensando en ella desde la distancia. No había sido consciente de ello mientras vivíamos juntos, pero ahora que me había ido a una provincia lejana me daba cuenta de lo buena persona que era Kiyoyo. Ahora empezaba a ser consciente de lo difícil que era encontrar en todo Japón alguien tan bueno como ella. Estaba algo resfriada cuando salí de Tokio, y me preguntaba cómo estaría ahora. Seguro que se había alegrado de recibir la carta que le mandé. Pero no me había contestado... Pasé varios días pensando en estas cosas.

El asunto me preocupaba, y cada día preguntaba a la casera si había llegado alguna carta de Tokio para mí. Ella me miraba apenada, y me decía que no había nada. Los Hagino eran de una familia de samuráis, y se notaba en que eran gente refinada, no como los anteriores caseros. Es verdad que por las noches el casero recitaba cantos del teatro *Noh*<sup>30</sup> con una voz muy extraña, lo que no era muy agradable, pero nunca se le ocurrió entrar en mi habitación sin llamar para «invitarme» a té, así que en aquella casa estaba más a gusto. La casera, en cambio, sí que solía venir de vez en cuando a mi habitación a charlar un rato.

—¿Por qué no se ha traído a su mujer de Tokio y han montado su propia casa? —me preguntó un día.

—¿Parezco un hombre casado? —le dije—. Si solo tengo veinticuatro años...

—Pues claro que es normal estar casado a los veinticuatro años... —me respondió ella, y me dio más de media docena de ejemplos de conocidos suyos que se habían casado a los veinte años o que tenían un par de hijos a los veintidós. Se empeñaba en echar por tierra la excusa de mi juventud, así que, imitando lo mejor que pude su fuerte acento, le dije que puesto que estaba bien casarse a los veinticuatro, ¿por qué no me ayudaba a encontrar mujer?

—¿Quiere que le busque una? —me dijo.

—Sí, de verdad. Me muero por tener una esposa.

—Ya, es lo que todos los jóvenes quieren. —No supe qué replicar. Ella prosiguió—: Pero creo que la verdad es que ya está casado. A mí no me engaña.

—¿De verdad? ¡Qué lista! ¿Y cómo lo ha adivinado?

---

<sup>30</sup> El teatro *Noh* es una forma dramática musical relacionada con el sintoísmo y el budismo, y en la que el actor principal representa diferentes papeles, a menudo de mujer o de aparición fantástica.

—¿Cómo? No hay día en que no me pregunte si ha llegado carta de Tokio.

—Vaya, vaya... ¡Qué lista!

—¿A que tenía razón?

—Claro. Es decir...

—Las chicas de hoy ya no son como las de antes. Ahora hay que tener más cuidado, ¡vaya que sí!

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Insinúa que mi mujer tiene un amante en Tokio?

—¡No! Su mujer no, pero...

—Es un alivio saberlo... ¿Quién entonces?

—Su mujer está claro que no, pero...

—¿Quién entonces?

—¿Aquí? Muchísimas... La señorita Toyama, sin ir más lejos. ¿La conoce?

—No.

—¿Cómo? ¿No la ha conocido todavía? Si es la chica más guapa de por aquí. Es tan hermosa que todos los profesores de la escuela la llaman «la Madona». ¿De verdad que no ha oído hablar de ella?

—Así que ésa es la Madona... Creía que se trataba de una geisha.

—No, no. «Madona» es una palabra extranjera. Se usa para referirse a las mujeres muy guapas, creo.

—Debe ser eso... Vaya, vaya.

—Creo que el nombre se lo puso el profesor de arte.

—Quiere decir el Buf...

—¡Oh, no! Fue el profesor Yoshikawa.

—¿Y la tal Madona es una de esas... ?

—La tal Madona es una de esas...

—¡Qué pena! Aunque con ese mote debe ser difícil hacerse respetar...

—¡Pues claro! ¡Pasa como con la diabla de Omatsu, o con la ogresa Ohyaku! Son mujeres peligrosas.

—¿Y la Madona es como ellas?

—¡Menuda es la señorita Madona! El señor Koga, ¿sabe?, el que le trajo aquí; pues la Madona era su prometida, e iban a casarse cuando...

—¿Qué? ¡Es increíble! Nunca habría pensado que nuestro viejo amigo el Calabaza pudiera tener éxito con las mujeres. No se puede juzgar a la gente por sus apariencias, debo tener más cuidado.



—Pero entonces, el año pasado, el padre del señor Koga se murió. Hasta entonces tenían mucho dinero, además de muchas acciones de algún banco. Todo iba bien, pero tras su muerte todo cambió, no sé muy bien por qué... En resumidas cuentas, el señor Koga es demasiado bueno, y le engañaron. Entonces se pospuso la boda, y luego se volvió a posponer, y entonces fue cuando apareció el tal jefe de estudios, y le pidió la mano.

—¿Quiere decir Camisarroja?! Es un tipo asqueroso. Sabía que esa camisa era de mal paño... ¿Y qué pasó luego?

—Hizo que alguien fuera a hablar con la familia Toyama en su nombre, y el señor Toyama le dijo que el señor Koga todavía estaba comprometido con su hija, y que no podían darle una respuesta inmediata, pero que lo considerarían con atención. Entonces el señor Camisarroja encontró una manera de hablar directamente con la familia Toyama, y al final la niña acabó cayendo en sus redes. Él se salió con la suya, pero la señorita también, no hay quien hable bien de ella. Era la prometida del señor Koga, pero entonces aparece un jefe de estudios y ella decide cambiar uno por otro. ¡Fue una ofensa para el santo de ese día!

—¡Desde luego! Y no solo para el santo de ese día, fuera cual fuera; un mal día para el santo del día siguiente, y del otro... ¡Una ofensa sin fin!

—Y entonces, el señor Hotta, amigo del señor Koga se compadece de él y decide ir a hablar con el señor director. Y el señor Camisarroja, según lo que he oído, les dice que no tiene ninguna intención de quitar a nadie su prometida. Si ese compromiso se rompiera, parece que dijo, quizá se interesaría por la chica, pero por el momento no hace más que pasar el tiempo con la familia Toyama, y no ve qué mal puede haber en ello. Como no había nada más que hacer, el señor Hotta se volvió a su casa. Dicen que desde entonces, el señor jefe de estudios y el señor Hotta se llevan muy mal.

—Me ha impresionado con esta historia. ¿Cómo sabe tantos detalles?

—En una ciudad pequeña todo se acaba sabiendo.

Saber demasiado suele traer problemas, y la señora Hagino sabía demasiado. De la misma forma, podía estar perfectamente al tanto de mis incidentes con el *tempura* y las bolas de arroz. Podía no hacerme mucha gracia, pero aquello también tenía sus ventajas: gracias a ella, sabía quién era la Madona y era capaz de comprender la relación entre Camisarroja y el Puercoespín, lo que seguramente podía serme útil en el futuro. El único inconveniente es que no me había aclarado quién de los dos era el malo. ¡Si no me las explican con claridad, me resulta difícil comprender las cosas!

—Mmmm... Me pregunto quién es mejor persona, si Camisarroja o el Puercoespín...

—¿Y quién es ese *Puercoespín*?

—El señor Hotta.

—Pues si los juzgamos por su fuerza, el señor Hotta parece el más fuerte de los dos, pero el señor jefe de estudios es licenciado universitario, o sea que tiene más cabeza. También el jefe de estudios es más educado, pero he oído que el señor Hotta es más popular entre los estudiantes.

—En resumen, ¿cuál de los dos es mejor?

—¡Pues, en resumen, el mejor es el que tiene el sueldo más alto!

No encontraba sentido a la conversación, así que decidí dejarlo. Dos o tres días más tarde, al volver de la escuela, la vieja dama me esperaba en la puerta con una gran sonrisa.

—Ya estás aquí... —me dijo, mientras me entregaba una carta de modo muy ceremonioso. Cuando se iba, vi que era de Kiyō. En el sobre había unas notas pegadas en las que se podía leer que la carta había ido de la posada Yamashiro a la pensión de los Ikagin, y de allí a la casa de los Hagino. También vi que había permanecido una semana en la posada. Me imaginé que, ya que estaba en una posada, la carta había decidido pasar unos días descansando. Al abrirla, vi que era carta muy larga. Decía así:

Botchan:

Después de recibir la carta de mi Botchan quise responder enseguida, pero desgraciadamente estaba en cama resfriada, y no he podido hasta ahora. Lo siento. Además, ni leo ni escribo tan bien como lo hacen las chicas de ahora. Me cuesta mucho escribir porque mi letra es muy mala y no sé hacerlo bien. Iba a decirle a mi sobrino que me la escribiera, pero como la carta era mía, pensé que sería más cortés que la escribiera yo misma, así que hice un borrador primero y después lo pasé a limpio. Tardé solo dos días en pasarlo a limpio, aunque escribir el borrador me llevó cuatro días. Es posible que resulte difícil de leer, pero Botchan debe hacer el esfuerzo de leerla hasta el final, por favor.

La carta, efectivamente, estaba escrita en una única hoja de papel que medía más de un metro de largo cuando la desdoblabas en su totalidad. Como la propia Kiyō decía, resultaba difícil de leer. No solo la letra era muy mala, sino que estaba escrita en un completo desorden y no se sabía dónde empezaban o terminaban las frases. Yo soy muy impaciente, y en circunstancias normales no habría leído una carta semejante aunque me hubieran pagado cinco yenes. Esta vez, sin embargo, me concentré y la leí desde el principio hasta el final. Pero como me era tan difícil ver dónde empezaban o terminaban las palabras y las frases, no comprendí nada, y tuve que volver leerla una vez más. La habitación empezaba a estar oscura y me era difícil distinguir los caracteres, así que salí al porche<sup>31</sup>, me senté en una silla, y leí con toda la atención de la que fui capaz. Una brisa otoñal mecía las hojas del platanero, y cada vez que la notaba en la espalda, el papel de la carta volaba y se levantaba de tal forma que cuando terminé de leerla flotaba ante mí una tira de papel que medía más de un metro. Parecía que con solo separar mis dedos y soltarla, habría salido volando por la oscuridad del jardín. Pero apenas me fijaba en esas cosas. Seguí leyendo.

---

<sup>31</sup> Se trata del engawa, plataforma de madera que rodea o se extiende bajo los aleros alrededor o en alguno de los lados de la casa japonesa tradicional.

El carácter de Botchan es recto, flexible y resistente como el de una vara de bambú, pero su impulsividad me preocupa. Si se dedica a poner imprudentemente motes a los demás y se enteran, le cogerán manía; debe tener cuidado eligiendo el momento y la manera en que los usa; debe usarlos solo en las cartas que escriba a Kiyō. He oído que la gente de los lugares recónditos a veces es mala, y Botchan debe ser precavido. Incluso el clima debe ser peor que el de Tokio, por lo que es conveniente abrigarse para no resfriarse mientras se duerme. Como la carta que recibí era muy corta, no puedo hacerme una idea clara de cómo van las cosas por allí; la próxima vez debe escribirme una que sea por lo menos la mitad de larga que ésta. Una propina de cinco yenes para la gente del hotel está bien, siempre que no se quede sin dinero. Botchan debe recordar que está solo y en lugar lejano, y todo lo que tiene es su propio dinero. Debe gastar poco para que no le falte cuando lo necesite de verdad... Mando un giro de diez yenes. Los cincuenta yenes que me dio mi Botchan los guardé en una cuenta de ahorros para que le sirvan a Botchan cuando vuelva a Tokio y se compre una casa, aunque después de sacar diez solo queden cuarenta, pero me imagino que será bastante...

«Las mujeres, siempre tan preocupadas por los detalles», me dije.

Mientras estaba allí, en el porche, absorto en mis pensamientos, con la carta meciéndose en el aire delante de mí, la señora Hagino descorrió una puerta y me trajo una bandeja con la cena.

—¡Vaya! —me dijo—. Todavía leyendo la carta.

—Sí —le respondí—. Es importante, así que primero dejo que el viento la meza, luego leo un trozo, luego vuelvo a dejar que el viento la meza y vuelvo a leer otro trozo, y así. —No sabía por qué estaba diciéndole todas esas cosas que no tenían ningún sentido.

Como de costumbre, la cena consistía en batatas hervidas. Los Hagino me trataban mucho mejor que los Ikagin, con más cortesía. Pero desgraciadamente la comida era horrible. Batatas aquella noche, batatas la noche anterior, batatas la siguiente. Era verdad que les había dicho que me gustaban las batatas, pero veía difícil aguantar por mucho tiempo aquella dieta a base de batatas y más batatas. Me reía de mi colega el Calabaza, pero a ese paso yo mismo me convertiría en una batata el día menos pensado. Si Kiyō hubiera estado allí, me habría preparado *sashimi* de atún, o *kamaboko*<sup>32</sup>, pero en esta casa de samuráis de economía frugal y tacaña no había lugar para algo así. Fuera como fuera, era cada vez más necesario que Kiyō estuviese a mi lado. Si me quedaba en la escuela y me asentaba allí, tenía que lograr que

Kiyō se viniera conmigo desde Tokio. No podía comer *tempura*, ni *soba*, ni *dango*, y me veía obligado a vivir en una pensión en la que me alimentaban exclusivamente con batatas hasta que me volviera amarillo... Ser profesor era más

---

<sup>32</sup> El *sashimi* es pescado crudo cortado en finas lonchas que se toma habitualmente con salsa de soja, *wasabi* (la pasta de un tipo de rábano picante de color verde), rábano común y jengibre. El *kamaboko* es un pastel hecho con pasta de pescado que se hace en cilindros y se come en rodajas, como ingrediente de otros platos, o bien asado o con salsas.

duro de lo que yo pensaba. Hasta los bonzos, comparados conmigo, comían como reyes. Me zampé la batata, y después saqué de un cajón dos huevos crudos, los casqué en el borde del bol y me los tragué. Necesitaba algún alimento nutritivo para tener energía suficiente. ¿Cómo iba a poder impartir veintiuna clases a la semana si no me alimentaba bien?

Como tardé bastante rato en leer la carta de Kiyō, aquel día salí para los baños más tarde de lo normal. Me había acostumbrado a visitar los baños cada tarde, y no me sentía bien si no lo hacía. Se me ocurrió que podía ir en tren, así que cogí mi toalla roja y salí corriendo para la estación, pero cuando llegué el tren se acababa de ir. Me senté entonces en un banco, decidido a esperar al siguiente tren que pasara.

Mientras estaba allí sentado fumando tranquilamente un cigarrillo, vi venir hacia mí al Calabaza. Después de lo que me había contado la señora Hagino, había empezado a caerme más simpático. La verdad es que siempre me había caído bien, puede que por su carácter reservado y triste, pero aquella noche era diferente. Si hubiera estado en mi mano le habría doblado el sueldo, habría hecho que se casara con la señorita Toyama en seguida, y los habría mandado a Tokio con un mes de vacaciones. Cuando llegó junto a mí lo saludé y le pregunté si también iba a los baños, a lo que me respondió afirmativamente. Le invité entonces a sentarse junto a mí. Calabaza, seguramente por delicadeza, rechazó mi invitación:

—Gracias, no se moleste —me dijo, y se quedó de pie a mi lado. Yo volví a insistir:

—El tren tardará en llegar. Será mejor que se siente. —Me daba pena, y quería que se sentara fuera como fuera. Al final cedió, y susurró un delicado: «Le pido disculpas» mientras se sentaba. En el mundo hay personas como el Bufón, a quienes les gusta meter las narices donde nadie les llama; hay otros como el Puercoespín, que piensan que Japón estaría perdido si ellos no estuvieran allí para salvarlo; algunos, como Camisarroja, que dominan como nadie la gomina y la galantería; y otros, como el Mapache, que se comportan como si fueran el vivo espíritu de la educación vestido con sus mejores galas. Todos ellos aderezados con la adecuada cantidad de vanidad. Frente a ellos estaba el Calabaza, tan educado y tan dócil que parecía un muñeco, siempre fuera de lugar. Algunas veces me preguntaba si de verdad era posible que un ser así existiera sobre la tierra. Era verdad que tenía cara de calabaza pocha, pero dejar a alguien tan excepcional como él por un tipo como Camisarroja, era una auténtica estupidez. La Madona no sabía lo que hacía. Ni siquiera una docena de Camisarrojas bastarían para hacer un buen marido...

—¿Se encuentra bien? Parece pachucho. —No. Me encuentro bastante bien... Gracias. —Me alegro mucho. Estar enfermo no es agradable que se diga...

—Usted, en cambio, tiene muy buen aspecto.

—Sí, aunque esté delgado me encuentro bien de salud. No me gusta nada estar enfermo.

Al oír mis palabras, el Calabaza sonrió ligeramente. Desde la entrada de la estación nos llegó entonces el eco de una risa femenina. Volví la cabeza y vi, junto a la taquilla, a una chica muy guapa, alta, con la piel blanca y delicada y un peinado elegante, acompañada por una señora mayor, que por su aspecto, debía de tener

poco menos de cincuenta años. No se me da nada bien describir la belleza de una mujer, pero ésta era realmente hermosa. Al verla, me embargó una sensación extraña, como si tuviera en la mano una bola de cristal perfumada. La mujer mayor era bastante más baja que su acompañante, pero por el parecido de las caras deduje que debían de ser madre e hija. Nada más verlas, me olvidé del Calabaza. No podía apartar mis ojos de la más joven. De repente me di cuenta de que el Calabaza se había incorporado y se dirigía hacia las dos mujeres. Entonces se me ocurrió que aquella chica debía de ser la famosa Madona de la que todos hablaban. Los tres se saludaron y empezaron a hablar junto a la taquilla, pero como estaban lejos no pude oír lo que decían.

Miré el reloj de la estación y vi que todavía faltaban cinco minutos para que llegara el siguiente tren. Como ya no tenía con quien hablar, estaba ansioso esperando que el convoy llegara cuanto antes. Entonces, por la puerta de la estación entró un hombre a toda prisa. Se trataba de Camisarroja. Iba vestido con un kimono de seda con un obi de seda gruesa anudado descuidadamente y, como siempre, llevaba colgando la cadena de oro de su reloj. La cadena era de oro falso. Él pensaba que la gente no se daba cuenta, y no paraba de hacer ostentación de ella, pero a mí no me engañaba. Al entrar, miró nerviosamente a su alrededor, y cuando vio al Calabaza y a las dos mujeres hablando junto a la taquilla, los saludó con una inclinación de cabeza e intercambió dos o tres palabras con ellos. Luego se giró con rapidez y se aproximó hasta donde yo estaba arrastrando los pies con pequeños pasos gatunos.

—Vaya, ¿también tú vas a los baños? Creía que iba a perder el tren así que he venido corriendo. Pero faltan todavía tres minutos... ¿Irá bien ese reloj? —me dijo mientras sacaba el suyo. —Hay una diferencia de dos minutos. —Luego se sentó a mi lado. Adoptó una mirada perdida mientras apoyaba la barbilla en el pomo del bastón, sin fijarse ni una sola vez en las mujeres. La mujer más mayor miró varias veces hacia donde estábamos nosotros, pero en cambio la joven no lo hizo ni una sola vez. Ahora sí que estaba seguro de que aquella era la Madona.

Por fin se oyó un pitido y el tren entró en la estación. La gente que había en el andén corrió a los vagones. Camisarroja se encaminó hacia el vagón de primera clase. No es que fuera nada raro: el billete de primera clase hasta el los baños de Sumita costaba cinco céntimos, mientras que en segunda costaba tres, así que solo había una diferencia de dos céntimos. Incluso alguien como yo podía permitirse pagar a diario dos céntimos más por uno de esos blancos billetes de primera. Sin embargo, la mayoría de esos tacañones provincianos prefería viajar en segunda y ahorrarse la diferencia. La Madona y su madre siguieron a Camisarroja al vagón de primera. El Calabaza, sin embargo, no era hombre de viajar en primera clase. Se dirigió al vagón de segunda y lo vi dudar por un instante entre entrar o dirigirse al de primera, pero luego me miró y entró en el de segunda clase. No sé por qué, pero me dio pena, así que en vez de dirigirme a mi asiento de primera, decidí hacerle compañía al Calabaza. Me imaginé que aunque hubiera comprado un billete de primera, podría viajar en segunda sin problema.

Ya en los baños, tras desvestirme y ponerme un yukata, me dirigí a las piscinas, y allí estaba el Calabaza de nuevo. Aunque no se me da nada bien hablar en público, y sufro mucho en las reuniones, soy de natural hablador, así que mientras estábamos los dos medio sumergidos en el agua caliente intenté entablar una conversación con mi compañero. No soportaba verlo tan alicaído. Pensé, quizá

en otro arranque de impulsividad de los míos, que lo menos que podía hacer con un hombre tan triste era darle conversación. Pero el Calabaza no tenía muchas ganas de hablar. Dijera lo que dijera, él solo respondía con monosílabos, e incluso ni eso lograba sacarle la mayoría de las veces, así que al final lo dejé por imposible.

Al que no había visto por ninguna parte era a Camisarroja. Había varias salas de baño y, aunque hubiéramos llegado en el mismo tren, era perfectamente posible que no nos encontráramos. Al salir, miré al cielo y vi que la luna estaba preciosa. Sauces llorones se alineaban a ambos lados de la calle, y sus ramas proyectaban sombras en el suelo. Decidí dar un pequeño paseo. Saliendo de la ciudad, a mi izquierda, se hallaba la Puerta del Norte. Más allá de la puerta nacía una carretera que llevaba a un templo budista. A ambos lados de la carretera había varios prostíbulos. Me parecía escandaloso que hubiera ese tipo de locales en el recinto de un templo. Me dieron ganas de entrar en alguno de ellos y echar una ojeada, pero tenía miedo de que en la siguiente reunión de profesores el Mapache me lo recriminara, así que desistí de mi idea y pasé de largo. Al lado de la puerta se alzaba un pequeño edificio con ventanas de celosía y una cortina oscura en la puerta. Se trataba del famoso restaurante de *dango* que tantos problemas me había traído en el pasado. La luz de una linterna de papel en la que estaba escrito «Sopa dulce de judías» y «Sopa de pastel de arroz» se proyectaba sobre el tronco de uno de los sauces que crecía junto a uno de los aleros. Me moría de ganas de entrar, pero supe contenerme y seguí mi camino.

¡Me parecía inhumano no poder comer *dango* cuando tenía tantas ganas de hacerlo! Pero luego pensé que más inhumano lo que le había pasado al Calabaza, y que tu prometida te dejara por otro. Bien mirado, no comer *dango* carecía de importancia en realidad. Comparado con lo del Calabaza, lo mío no era nada. No me sentiría tan desgraciado como debía de sentirse él aunque no pudiera probar bocado en tres días. La verdad es que no hay nada tan engañoso como la naturaleza humana. Juzgándola solo por su apariencia, era difícil de creer que algo tan bello pudiera ser a la vez tan cruel. En cambio, el señor Koga, a pesar de su aspecto enfermizo, de ser un calzonazos y alguien tan pocho como la más pocha de las calabazas, era una bellísima persona. No puede uno fiarse de las apariencias. Te imaginas al Puercoespín como a un tipo sencillo y sincero, pero luego te das cuenta de que se dedica a sembrar cizaña entre los estudiantes y tú... Entonces, cuando te enteras, descubres además que se dedica a aconsejar al director que los castigue por lo que han hecho. Camisarroja, que al principio te parece la antipatía personificada, se revela de repente como un aliado tuyo al ponerte en guardia ante los peligros que te acechan... Y es entonces cuando te enteras de sus juegucitos con la Madona, con la que, según él, no hará nada mientras ella siga prometida. Ikagin, por su parte, se inventa excusas para echarme de su casa, y acto seguido toma al Bufón como inquilino sin pensárselo dos veces. ¡Lo mirara como lo mirara, las cosas no eran lo que parecían! De lo que sí estaba seguro era de que si se me ocurría contarle todo esto a Kiyō en una carta, lo más seguro es que se quedara de piedra. Y a continuación diría que es normal, que más allá de Hakone no hay más que monstruos.<sup>33</sup>

Siempre he sido una persona afable, y hasta ese momento nada me había preocupado demasiado, pero había bastado un mes en aquella ciudad para hacerme

---

<sup>33</sup> Antiguamente, para los habitantes de Tokio, lo que estaba más allá de Hakone se sumía en el terreno de lo remoto.

comprender que el mundo no era tan apacible como yo creía. No me había ocurrido nada terrible, pero sentía como si hubiese envejecido cinco o seis años. Quizá lo mejor que podía hacer era irme de allí y regresar a Tokio. Embebido en estos pensamientos, crucé un puente y seguí por la orilla del río Nozeri. Llamar a aquello «río» era subirlo de categoría inmerecidamente; en realidad no era más que un riachuelo de apenas dos metros de ancho. Un kilómetro río abajo, en esa misma orilla, se encontraba una aldea llamada Aioi. En la aldea, había un templo dedicado a Kannon, la diosa de la misericordia.

Me di la vuelta para admirar la ciudad, llena de las linternas rojas que brillaban bajo la luna. Se oía el retumbar de un tambor gigante que debían estar tocando en el barrio de los prostíbulos y las casas de té. El arroyo era poco profundo pero su corriente era muy rápida, y centelleaba en la oscuridad. Deambulé sin rumbo fijo por la orilla y, cuando llevaba recorridos unos trescientos metros, pude adivinar unas figuras que surgían de la oscuridad delante de mí. La luz de la luna iluminaba lo suficiente para ver que se trataba de dos personas. Pensé que debían de ser jóvenes que volvían a la aldea tras pasar un rato en los baños. Pero, si hubiera sido así, lo normal es que hubieran vuelto cantando mientras caminaban en la oscuridad. Aquellas dos personas, en cambio, caminaban en silencio.

Yo caminaba más rápido que ellos, y las sombras se iban haciendo cada vez más grandes. Una de ellas era una figura femenina. Cuando estuve a unos veinte metros, vi como la otra figura, un hombre, se volvía de repente. Yo tenía la luna detrás, así que pude ver sus rasgos con total claridad. «¡Toma ya!», me dije. La pareja siguió andando unos metros delante de mí. Se me había metido una idea en la cabeza, así que aceleré el paso. La pareja continuaba mientras tanto caminando con paso lento, sin cambiar de ritmo. Ahora los oía tan cerca de mí que tenía la sensación de poder tocarlos si estiraba el brazo. El camino tenía poco menos de dos metros de ancho, la distancia justa para que cupieran tres personas. Cuando los alcancé, pasé al lado del hombre rozando la manga de su kimono. Di dos pasos más, y me volví súbitamente. Entonces pude mirar al hombre de frente. La luz de la luna iluminó mi cara, desde el pelo rapado hasta la barbilla. El hombre, al verme, apenas pudo emitir una leve exclamación en voz baja, y luego se dirigió a su pareja:

—Quizá será mejor que regresemos. —Y una vez dicho esto, ambos se encaminaron hacia el balneario.

No sabía si Camisarroja era tan presuntuoso como para creer que podía engañarme, o si le había faltado el valor para dejar que le reconociera. Lo que estaba claro es que yo no era el único al que le resultaba problemático vivir en un lugar tan pequeño.

Desde el día en que Camisarroja me había invitado a pescar, yo desconfiaba del Puercoespín. Que me echara de la casa de los Ikagin con un pretexto tan absurdo hizo que empezara a sospechar de él. Pero luego me pilló por sorpresa el hecho de que soltara aquel discurso en el que pidió mano dura para los estudiantes, así que al final no sabía qué pensar. Y después, cuando la señora Hagino me dijo que había defendido al Calabaza en su lío con Camisarroja, no pude por menos que aplaudirle. Así que justo cuando había empezado a pensar que a lo mejor el Puercoespín no era tan malo como parecía, y que quizá había sido Camisarroja quien había sembrado en mí la semilla de una sospecha infundada pero creíble mediante insinuaciones, voy y me encuentro al mismísimo Camisarroja paseando de noche a solas con la Madona por el río Nozeri. Mi decisión estaba tomada: ¡Camisarroja era el malo! La verdad es que no estaba totalmente convencido de que fuera alguien malvado, pero de lo que sí estaba seguro era de que en todo caso no era una buena persona. Desde luego, hipócrita sí que era. ¡Un hombre que no es tan recto como una vara de bambú no es digno de confianza! Discutir con un hombre franco siempre deja buen sabor de boca. Pero un hombre como Camisarroja — aparentemente dócil, amable y elegante, pavoneándose a cada momento con su pipa de ámbar— no es persona de fiar. Y si por cualquier razón discutes y llegas a pelearte con alguien así, no saldrás bien parado. Todo lo contrario de lo que ocurre con los buenos combates de sumo en el templo de Ekoin, allá en Tokio. Desde ese punto de vista, Puercoespín, con quien había discutido por un céntimo y medio, discusión con la que habíamos acaparado la atención de toda la sala de profesores, valía mucho más como hombre. Cuando me aguantó la mirada con esos ojos suyos tan profundos y duros en la reunión de profesores, lo odié, pero después me di cuenta de que tratar con él era mucho mejor que hacerlo con alguien falso y melifluo como Camisarroja. Acabada la reunión, había intentado hablar con el Puercoespín en un par de ocasiones, pero no me había hecho ni caso. Se había limitado a taladrarme con esos ojos suyos, tan redondos, lo que me sentó muy mal y me hizo abandonar mis intentos de reconciliación.

Desde entonces el Puercoespín ni siquiera me había dirigido la palabra. El dinero que había dejado en su mesa seguía allí, acumulando polvo. Yo no pensaba tocarlo, y él tampoco parecía tener intenciones de hacerlo.

Ese céntimo y medio se alzaba entre nosotros como un muro infranqueable. Me impedía decirle lo que quería —independientemente de mis ganas de hacerlo—, y hacía que él mantuviera su mutismo con la misma cabezonería. Se había convertido en una maldición. Empezó a resultarme desagradable llegar a la escuela cada mañana y ver las monedas criando polvo encima de la mesa.

El Puercoespín y yo no nos tratábamos, pero la relación con Camisarroja seguía igual que antes. Al día siguiente a nuestro encuentro en el río Nozeri, nada más llegar a la escuela se acercó a mi mesa y me hizo toda clase de preguntas sobre mi nuevo alojamiento. También me preguntó si me apetecía volver a acompañarle a pescar autores rusos. No me gustó su actitud, y decidí mencionarle nuestro doble encuentro de la noche anterior.

—Sí —me dijo—, en el andén, ya recuerdo. ¿Siempre sales a esa hora? ¿No es un poco tarde?



Fue entonces cuando le espeté que también lo había visto en el camino que bordea el río Nozeri.

—¡No, no! No era yo. No suelo pasear por allí —me respondió—. Anoche volví a casa directamente desde el balneario.

¿Por qué me mentía tan descaradamente? Era obvio que estaba acostumbrado a decir mentiras. Si alguien como él reunía los requisitos necesarios para ser jefe de estudios, entonces yo debía valer para rector de universidad. Desde ese mismo momento dejé de confiar en Camisarroja. Lo extraño es que, a pesar de haber perdido la confianza en él, nos seguíamos tratando cada día como si nada hubiera pasado. En cambio, a Puercoespín lo admiraba pero no nos dirigíamos la palabra. ¡Qué raro es el mundo!

Pocos días después, Camisarroja me dijo que quería decirme algo y me pidió que por favor lo visitara en su casa esa misma tarde. Aceptar su invitación implicaba no poder ir los baños termales, así que no me hacía demasiada gracia. Pero a pesar de todo, a las cuatro estaba en la puerta de su casa. Camisarroja, aunque estaba soltero, hacía tiempo que había dejado de vivir en una habitación alquilada y se había mudado a una casa con una imponente entrada, acorde con su condición de jefe de estudios. Había oído que el alquiler que pagaba era de nueve yenes y medio al mes. Al verla pensé que si en provincias se podía alquilar una casa así por nueve yenes y medio, también yo debía alquilar una, llamar a Kiyo y decirle que se viniera de Tokio a vivir conmigo. Seguro que se ponía muy contenta. Cuando llamé a la puerta, salió a abrirme el hermano pequeño de Camisarroja. Estaba en mi clase de aritmética y álgebra, y era muy mal estudiante. Además, como era de una familia errante al estilo de aves migratorias, tenía un carácter mucho más malvado y sofisticado que los paletos sedentarios nacidos en este lugar.

Le pregunté a Camisarroja por la razón de su invitación. Sacó su pipa de ámbar, y mientras daba unas caladas a un tabacoapestoso, me dijo:

—Desde que viniste a nuestra escuela, los estudiantes están mucho más contentos que antes, cuando era tu predecesor quien les daba clase. El director está muy satisfecho con que hayas resultado ser un profesor tan bueno. Es más, todos estamos muy contentos contigo, y esperamos que siga siendo así.

—¡Vaya! —le respondí—. La verdad es que hago todo lo que puedo. No sé qué más se podría hacer...

—Está bien así. Solo espero que no olvides lo que te dije el otro día...

—¿El qué? Que quien me ayudó a encontrar una pensión es un tipo de mucho cuidado?

—Bueno, dicho así, demasiado a las claras, lo que te dije toma otro sentido... En cualquier caso... Creo que entiendes lo que quise decirte... De todos modos, si sigues trabajando con el mismo ahínco y contribuyendo a que las cosas de la escuela continúen como hasta ahora, tu trabajo será muy bien considerado, y muy pronto, en cuanto contemos con los recursos, creo que podremos darte una ayuda económica...

—¡Ah! ¿Una subida de sueldo? La verdad es que no me quita el sueño, pero seguro que me vendrá bien. ¡Cuánto más alto el sueldo, mejor!

—Es que, ya sabes, uno de nuestros profesores va a ser destinado muy pronto a otro lugar... Todavía tengo que hablar con el director, y por supuesto no puedo asegurarte nada, pero seguramente podremos destinar parte de lo que nos ahorremos a otros menesteres. En todo caso, todavía tengo que hablar con el director para hacerle algunas recomendaciones...

—Muchas gracias. ¿Y puede decirme quién nos deja?

—Como se va a hacer oficial dentro de poco, creo que te lo puedo decir ya... Se trata del profesor Koga.

—¿Cómo? —exclamé yo, dándome cuenta de que se refería nada menos que al Calabaza—. ¿El señor Koga? ¡Pero si es de aquí!

—Naturalmente que es de aquí, pero en parte por las circunstancias, en parte por su propia elección...

—¿Y se puede saber adonde se va?

—A Nobeoka, en el país de Hyuga.<sup>34</sup> Como es un lugar tan apartado recibirá un aumento de sueldo...

—¿Y se contratará a alguien para ocupar su puesto?

—Casi está decidido. Dependiendo de cómo vaya el asunto de su sucesor, creo que podremos hacer algo por ti.

—Bueno... Pero la verdad es que no me muero por un ascenso.

—De todas formas hablaré con el director. Creo que estará de acuerdo conmigo. Aunque quizá te pidamos a cambio un mayor esfuerzo por tu parte. Espero que no te parezca mal.

—¿Que dé más clases?

—No, de hecho tendrías que dar menos clases que ahora. Es...

—O sea, que tendré que trabajar más, pero con menos clases... ¡Qué raro!

—Sí, tienes razón, puede parecer extraño... Ahora no tengo tiempo para explicarte los detalles, pero en pocas palabras, lo que quiero decir es que es posible que tengas una mayor responsabilidad a partir de ahora.

No entendía una palabra. «Una mayor responsabilidad a partir de ahora» podría significar varias cosas, entre ellas que pasaría a ser el profesor encargado del área de ciencias; pero el Puercoespín ya ocupaba ese puesto y no parecía probable que quisiera dejarlo. Además, como era muy popular entre los estudiantes, no sería inteligente destinarlo a otro lugar u obligarle a dejar su puesto. Camisarroja evitaba en todo momento hablar abiertamente, pero al menos ya me había dicho todo lo que tenía que decirme. Mientras hablábamos de otros asuntos sin importancia sacó el tema de la fiesta de despedida del Calabaza. Me preguntó si yo bebía alcohol e hizo un comentario sobre la excelente persona que era el profesor Koga. Después cambió de tema y me preguntó si yo escribía haikus. Su pregunta me dejó perplejo. Le dije que no, y dicho esto me despedí y salí a toda prisa. Los haikus no son para

---

<sup>34</sup> El país de Hyuga es el término usado en la época de Edo para lo que hoy es la provincia de Miyazaki, al noroeste de Tokio.

gente como yo, son para maestros como Basho<sup>35</sup>, o para peluqueros cursis. No sería muy propio de un profesor de matemáticas ocupar su tiempo escribiendo versos sobre un cubo y unas campanillas.<sup>36</sup>

Al llegar a casa medité sobre lo que me acababa de decir Camisarroja. Este mundo está lleno de gente extraña. Podía comprender que el Calabaza se hubiera cansado de la gente absurda que le rodeaba en aquella ciudad, pero aun así me extrañaba que dejara su casa, su familia y su trabajo en la escuela para tener que labrarse un futuro en un lugar extraño y lejano. Si lo hubiera hecho para ir a una gran urbe, bien comunicada por ferrocarril, su decisión no me habría extrañado tanto. Pero ir a Nobeoka, en el país de Hyuga... A mí me había bastado un mes en aquel pueblucho para hartarme, y eso que al menos estaba bien comunicado por mar con Tokio. Nobeoka, sin embargo, estaba enclavado en una zona montañosa remota, rodeada a su vez de montañas por los cuatro costados, a cuyo alrededor había más montañas aún. Según me había dicho Camisarroja, para llegar hasta allí primero había que coger un barco, luego hacer un viaje de un día a caballo hasta Miyazaki, tras lo cual quedaba todavía un día más de viaje en *rickshaw* hasta llegar a Nobeoka. Con solo oír la lista de pueblos por los que había que pasar, uno se daba cuenta de que en realidad se trataba de un lugar tan lejano como falto de recursos. Nobeoka sonaba como esos lugares habitados por seres mitad hombres, mitad monos. Y por muy santo varón que fuera el Calabaza, no creía que quisiera vivir en compañía de monos por su propia voluntad. Aunque si fuera verdad lo que decía Camisarroja, ¡qué inclinación más rara la del Calabaza!

La casera me trajo la cena como siempre.

—¿Otra vez batatas? —le pregunté.

—No, hoy tenemos tofu —me dijo. Tampoco es que hubiera mucha diferencia.

—He oído que el señor Koga se marcha a Hyuga.

—Sí, pobrecillo.

—¿Pobrecillo? Si es su decisión...

—¿Su decisión? ¿Quién querría marcharse a esa ciudad remota?

—¿Que quién querría marcharse allí? ¡El mismo! Va por su cuenta y riesgo, ¿no?

—¿Qué dice usted? Está equivocado de medio a medio. Me parece que le han tomado el pelo.

—¿Que me han tomado el pelo? Me lo acaba de contar Camisarroja. El muy granuja...

---

<sup>35</sup> Matsuo Basho (1644-1694) es quizá el más célebre autor japonés de *haikus*, un tipo de estrofa poética japonesa formada tres versos de 5, 7 y 5 sílabas sin rima.

<sup>36</sup> Se refiere a un famoso *haiku* de Kaga-no Chiyojo:

Un campanilla ha brotado

en el cubo viejo.

Pediré agua a mi vecino.

—¿Qué otra cosa va a decir el jefe de estudios? ¡Por supuesto que el señor Koga no quiere irse!

—Pues de las dos versiones, por muy verosímiles que parezcan ambas, solo una puede ser cierta... ¿Qué demonios está pasando aquí?

—Esta mañana la madre del señor Koga vino a casa —me explicó la señora Hagino—, y acabó contándome toda la historia.

—¿Y qué es lo que le contó?

—Desde que murió el padre del señor Koga, la familia no había estado tan bien de dinero como aparentaban. Así que, cuando las cosas se han puesto realmente mal, la buena señora tomó la decisión de ir a ver al señor director para pedirle una subida de sueldo para su hijo, puesto que llevaba ya bastantes años enseñando en la escuela.

—Ya veo...

—El señor director le respondió entonces que consideraría su petición, y la señora Koga volvió a su casa pensando que todo estaba resuelto, y se sentó a esperar a que le dijeran de cuánto sería el aumento. Sin embargo, lo que ocurrió fue que el señor director llamó al señor Koga y le dijo que lo sentía, pero que la escuela no tenía dinero y no le podían subir el sueldo. Pero se había enterado precisamente de que acababa de quedar libre una plaza en Nobeoka, con cinco yenes más de sueldo al mes que lo que cobraba aquí. Pensaba que era justo lo que el señor Koga estaba buscando, y por eso se había adelantado y había rellenado la solicitud por él, de modo que el señor Koga no tenía más que hacer sus preparativos y salir para el nuevo puesto.

—Más que una propuesta parece una imposición...

—Claro. El señor Koga pensó que preferiría quedarse en su ciudad antes que irse a otro sitio aunque el sueldo fuera más alto. Le dijo entonces al director que no le interesaba el puesto, que su casa y su madre estaban aquí, en esta ciudad, pero el director le respondió que el asunto estaba ya decidido, y que incluso ya habían contratado a un sustituto para él. Ya no había nada que hacer.

—¡Qué canallas! Esa forma de engañar a la gente es de todo menos graciosa. Así que el señor Koga no quería irse... Ya me parecía a mí que no tenía ningún sentido la cosa. ¿Irse a vivir a un lugar perdido en los montes y rodeado por las fieras por cinco míseros yenes más al mes? ¡No iría allí nadie aunque fuera un tonto de capirote!

—¿Qué es «capirote», señor profesor?

—Nada, olvídalo, no tiene importancia... En cualquier caso, seguro que Camisarroja está detrás de todo esto. No se puede hacer a nadie algo así. Es de lo más rastrero. Ahora entiendo lo que me ha dicho ese miserable de que quería subirme el sueldo. ¡Pues está listo si se piensa que lo voy a aceptar!

—¿Le van a subir el sueldo?

—¡Me lo quieren subir, pero yo lo voy a rechazar!

—¿Y se puede saber por qué lo va a rechazar?

—Pues porque sí. Porque Camisarroja es un estúpido y un cobarde.

—Aunque así sea, si quieren subirle el sueldo no debe rechazarlo. Cuando se es joven, es fácil sentirse molesto y protestar por muchas cosas, pero luego uno se da cuenta de que si uno logra controlarse causa menos problemas. Cuando se pierden los nervios, uno se hace daño a sí mismo, y al final se acaba lamentando. Así son las cosas. Acepte el consejo de esta anciana: si el señor Camisarroja quiere subirle el sueldo, dé las gracias y diga que sí.

—No necesito los consejos de una persona mayor. ¡Además, no es de su incumbencia! Es mi sueldo. Suba o baje, sigue siendo mío y solo mío.

La señora Hagino salió de la habitación sin decir nada más. Su marido recitaba versos con una voz serena y suave. Parece que el objetivo de recitar versos de *Noh* es distorsionar unas palabras que puedes entender perfectamente cuando las lees y convertirlas en algo complicado y difícil de entender. No sé cómo podía hacer eso todas las noches sin acabar harto. Pero yo tenía otras preocupaciones en aquel momento. Me habían dicho que me iban a subir el sueldo, y aunque no necesitaba ese dinero en absoluto, pensaba que quizá sería mejor aceptarlo que dejar que se pudriera en algún cajón sin que nadie lo usara. Pero ¿sería capaz de aceptar un dinero procedente de lo que dejaban de pagar a alguien a quien previamente habían obligado a aceptar un puesto que no quería? Cuando el famoso Sugawara Michizane tuvo que exiliarse en la isla de Kyushu, le dejaron instalarse en Hakata, en los alrededores de Fukuoka, una ciudad importante. Incluso Kawai Matagoro, un asesino confeso, también fue condenado al exilio en una parte civilizada de la isla de Sagara. No me sentiría bien hasta que le dijera a Camisarroja que rechazaba aquella subida de sueldo.

Me puse el *hakama* y salí, dispuesto a enfrentarme al jefe de estudios y a decirle a la cara todo lo que pensaba de él. Cuando llegué a su casa, salió a abrirme el mismo hermano de antes, aunque esta vez su gesto era diferente. Su mirada parecía decirme: «¿Cómo? ¿Otra vez éste por aquí?» Pero a mí me daba igual lo que pensase; iría todas las veces que hiciera falta, aunque tuviera que sacar a toda la familia de la cama. ¿Pensaba acaso que había ido de visita y para saber cómo se encontraba el señor jefe de estudios? ¡Había ido a rechazar la subida de sueldo, les gustara o no! El muchacho me dijo que Camisarroja estaba atendiendo a otra visita en ese momento, pero le respondí que me bastaba con que saliera un momento: lo que le tenía que decir no me iba a llevar mucho tiempo. El hermano desapareció entonces, y al mirar al suelo me fijé en que había unas sandalias de madera fina con adornos de borlas. Del interior de la casa salieron unas voces que gritaban: «¡Viva, viva!» El visitante tenía que ser el Bufón. Aquella voz servil y aquellas sandalias cursis solo podían ser suyas.

Al cabo de un rato, Camisarroja apareció con un candil en la mano y me invitó a entrar. Mientras lo hacía, me dijo que el señor Yoshikawa estaba allí. Rechacé la invitación y le dije que prefería hablarle allí. Camisarroja tenía la cara tan roja como una remolacha. Seguro que él y Bufón habían estado bebiendo.

—He venido para decirle que he estado pensando sobre la subida de sueldo de la que hablamos: he decidido rechazarla.

Camisarroja colocó la lámpara a la altura de mi cara y se pasó un rato observándome desde la penumbra. Lo había cogido desprevenido, no había duda, y

no debía saber qué responderme. Seguramente estaba asombrado de que hubiera en el mundo alguien dispuesto a rechazar que le subieran sueldo, o quizá le extrañaba que hubiera elegido esas horas de la noche para decírselo, o quizás era una combinación de ambas cosas. En cualquier caso se quedó pasmado. Intentaba decir algo pero no lo conseguía.

—Antes acepté la subida —proseguí— porque creía que el señor Koga se marchaba por decisión propia, pero...

—Lo hace por decisión propia.

—No es así; él quiere quedarse aquí. Aunque no le suban el sueldo, quiere quedarse en la ciudad.

—¿Es eso lo que te ha dicho?

—Bueno, no me lo ha dicho él...

—¿Pues quién te lo ha dicho entonces?

—Mi casera me ha dicho que se lo dijo la madre del señor Koga...

—¿O sea, que eso es lo que te dijo tu casera?

—En efecto...

—Perdona que te diga esto —me interrumpió Camisarroja—, pero no sé si te das cuenta de que parece que das más crédito a lo que te dice una vieja chismosa que a lo que te dice tu jefe de estudios. ¿Me equivoco?

¡Me había pillado! Estos licenciados universitarios son realmente listos. Saben encontrar argumentos contra los que es imposible alegar nada, y les encanta restregártelo en las narices. Mi padre solía decirme que era demasiado impulsivo. Ahora veía por qué. Cuando mi casera me contó la historia, me afectó tanto que reaccioné impulsivamente, sin intentar comprobar directamente del señor Koga, o de su madre, si la historia era cierta. Y ahora estaba en un aprieto, sin saber qué hacer para responder a ese sofisticado ataque propio de todo un licenciado universitario.

No sabía cómo responder, pero dentro de mí ya había decidido que Camisarroja no merecía confianza alguna. Quizá mi casera era una vieja pazguata y una tacaña, pero no era una mentirosa, algo que no podía decirse, curiosamente, de Camisarroja. No iba a cambiar de opinión, así que le dije:

—Es posible que todo eso sea cierto, pero aun así no quiero que me suban el sueldo.

—Todo esto es realmente extraño. Primero me dices que sientes no poder aceptar la subida de sueldo con el pretexto de que te han contado algo; luego, cuando te digo que lo que te han contado no es cierto, insistes en rechazarla. No hay quien te entienda.

—Es posible que no haya quien me entienda, pero de todas formas no la acepto.

—¡Si te molesta tanto aceptar la subida no te voy a obligar, pero cambiar así de opinión en solo dos o tres horas sin una buena razón lo único que me demuestra es que no podré volver a confiar en ti en el futuro!

—No me importa.

—Pues debería importarte; no hay nada más importante en la vida que la confianza. Incluso aunque creyéramos que lo que dice tu casero...

—Mi casero no, la mujer de mi casero.

—Bueno, pues quien sea. Incluso si lo que dice tu casera fuera verdad, el dinero de tu aumento no se lo íbamos a quitar al sueldo del señor Koga. Él se marcha a Nobeoka. Su sustituto recibirá un sueldo un poco más bajo de lo que ahora recibe su predecesor. Esa diferencia será para ti, por lo que no hay necesidad de apiadarse de nadie. De ese modo, Koga tendrá un sueldo más alto en Nobeoka, y el profesor nuevo tendrá un sueldo más bajo desde el principio. Así podremos subir tu sueldo sin que haya nada malo en ello. Si no quieres aceptarlo, me parece bien, pero ¿por qué no te vuelves a casa y lo piensas dos veces?

No soy muy inteligente, nunca lo he sido; la mayoría de las veces, si alguien me intenta convencer de algo con astucia, dudo de mí mismo, pienso que tiene razón y que soy yo quien está equivocado, así que acabo cambiando de opinión. Pero aquella noche no fue así. Desde mi llegada había algo en Camisarroja que no me gustaba. En algún momento cambié mi criterio y pensé que era una buena persona aunque un poco afectado, pero ahora volvía a ver, más claramente aún, que sus intenciones no eran buenas, y eso me gustaba menos aún. Me daban igual las buenas razones que aparentara defender, o que intentara impresionarme por ser mi jefe de estudios. ¡Uno no es mejor persona por saber argumentar con habilidad! Ni se es peor por no saber hacerlo bien. A primera vista, Camisarroja tenía razón en lo que decía, pero por muy bien que sonara no me llegaba al corazón. Si el dinero, la autoridad o el intelecto pudieran comprar los corazones de la gente, las personas más queridas serían los prestamistas, los policías o los profesores de universidad. Y los razonamientos de todo un jefe de estudios de una escuela secundaria no iban a conquistar mi corazón. Los seres humanos obramos por lo que nos gusta y lo que nos disgusta, no por los razonamientos abstractos que se derivan de ello.

—Es posible que tengas razón en lo que dices —añadí—, pero a pesar de todo no quiero esa subida de sueldo. Por mucho que lo medite no voy a cambiar de opinión. Y ahora he de irme. ¡Adiós!

Y de ese modo me dirigí a la salida. La Vía Láctea era una guirnalda sobre mi cabeza.

Por fin llegó el día en que se celebraría la fiesta de despedida del Calabaza. Aquella mañana, cuando me dirigí a la escuela, me encontré con una sorpresa: el Puercoespín estaba esperándome para pedirme disculpas.

—Cuando Ikagin vino a verme y me dijo que no podía aguantar más tu forma tan agresiva de actuar, me pidió que le ayudara a echarte. Yo le creí y por eso te pedí que te marcharas de allí cuanto antes. Pero después me he dado cuenta de que es un mal tipo: he sabido que se dedica a vender falsificaciones de obras de arte con firmas y sellos que él mismo fabrica. He llegado a la conclusión de que lo que me dijo sobre ti también puede ser igual de falso. Lo más probable es que se diera cuenta de que no iba a poder convencerte de que le compraras nada, y se inventó ese embuste para echarte. No sabía la clase de persona que era en realidad. Creo que he cometido un grave error contigo. Te pido perdón.

Sin decir nada me acerqué hasta su mesa, cogí el dinero que había dejado allí hacía varios días, y lo devolví a mi monedero.

—¿Por fin los recoges? —me preguntó con recelo.

—Sí—le expliqué—. No quería deberte ningún favor, y por eso decidí devolvértelos. Pero le he dado algunas vueltas al asunto, y creo que he cambiado de opinión.

Puercoespín soltó una carcajada y me preguntó:

—¿Y por qué no los cogiste antes?

Yo le respondí que había intentado hacerlo varias veces, pero que había algo dentro de mí que me lo impedía, y por eso los había dejado allí todo ese tiempo. También le dije que cuando llegaba a la escuela cada mañana, el solo hecho de verlos sobre la mesa hacía que me sintiera mal.

—Eres el tipo de persona a la que no le gusta reconocer la derrota —dijo entonces.

—¡Y tú un auténtico cabezota! —le respondí enseguida. Los dos reímos. Él me preguntó entonces:

—¿De dónde eres?

—De Tokio, de pura cepa.

—Con que un tukiota, ¿eh? No me extraña entonces que no te guste perder.

—Y tú, ¿de dónde eres?

—De Aizu.

—¿De Aizu? Vaya, eso explica lo cabezota que eres. ¿Vas a ir al banquete de despedida?

—Claro, ¿y tú?

—Por supuesto que sí. Y estoy pensando en ir también a despedir al señor Koga al puerto.



—Será divertido, ya lo verás. ¡Pienso beber hasta caerme!

—Me parece muy bien. Yo, en cambio, solo pienso comer algo y volver pronto a casa. Las personas a las que les gusta emborracharse me parecen todos unos idiotas.

—Siempre buscando pelea, ¿eh? Se nota que te gusta soltar lo primero que se te pasa por la cabeza, como buen tukiota.

—Lo que tú digas... De todas formas, ¿podrías pasarte un momento por mi casa antes de la fiesta? Quería comentarte algo...

Puercoespín se pasó por mi casa antes de la celebración, como me había prometido. Me había dado mucha pena ver la cara del Calabaza esos últimos días, pero ahora que había llegado el día de su partida me sentía aún peor, tanto que me habría cambiado por él con gusto. Había pensado en pronunciar un discurso durante la cena para decir algo importante en su honor, pero como no hablo bien en público, decidí que era mejor pedirle al Puercoespín que lo hiciera él. Seguro que con su vozarrón lograba intimidar a Camisarroja.

Le conté toda la historia de la Madona, pero resultó que él conocía incluso más detalles que yo sobre el asunto. También le relaté todo lo que había visto en el río Nozeri, y cuando le llamé tonto a Camisarroja. Puercoespín me acusó de llamar tonto a todo el mundo. ¿No le había llamado también tonto a él aquella misma mañana? Pues, desde luego, Camisarroja y él no podían ser tontos a la vez. Entre otras cosas, porque no tenían nada en común.

—¡En ese caso Camisarroja es un gusano asqueroso! —afirmé, a lo que Puercoespín asintió convencido. Puercoespín era un tipo duro, pero en cuestión de insultos me iba a la zaga. Supongo que como todos los de Aizu.

Después le conté lo que Camisarroja me había dicho de que me subiría el sueldo, y de que asumiría más responsabilidades.

—Eso significa que está pensando en echarme —dijo mientras hacía una mueca de disgusto. Le pregunté si le apetecía dejar su puesto, y me dijo que en absoluto, y que si Camisarroja lo echaba, él lograría arrastrarlo fuera de la escuela con él. Al preguntarle qué pensaba hacer si llegaba el caso, me confesó que todavía no lo había pensado. No cabía duda de que el Puercoespín era un tipo fuerte, pero no era muy inteligente. Entonces le dije que había decidido rechazar la subida de sueldo que me habían ofrecido y él pareció muy contento al oírlo.

—¡Un auténtico tukiota! ¡Bien hecho!

Le pregunté por qué no había hecho nada para que el Calabaza no se fuera, si era obvio que no quería marcharse. Pero según él, cuando el Calabaza se lo comunicó, la cosa estaba ya decidida. Después de eso había hablado dos veces con el director y una vez más con Camisarroja, pero ambos le habían dicho que ya no había nada que hacer. Parte del problema consistía en que Koga era demasiado buena persona. Cuando Camisarroja le dio la noticia, debería haberse negado, o al menos haber respondido que se lo tenía que pensar. Pero en vez de hacer eso se dejó embaucar y aceptó sin protestar. Cuando su madre fue a quejarse, y cuando el Puercoespín fue a interceder por él, desgraciadamente la cosa ya no tenía remedio.

Sugerí que todo el asunto no era más que un plan de Camisarroja para deshacerse del Calabaza y quedarse él solo con la Madona.

—¡Sin duda! —dijo el Puercoespín—. El tipo parece inocente, pero en realidad a todas horas está tramando algo. Cuando alguien lo descubre y lo desenmascara, siempre tiene preparadas excusas que acaban exculpándolo. ¡Un tunante! La única forma de que aprenda la lección es dándole una buena tunda —dijo mientras se arremangaba y dejaba a la vista su musculoso brazo. Al verlo, le pregunté si practicaba Jujitsu—Toca esto —exclamó mientras sacaba bola. Lo toqué. Estaba tan duro como la piedra pómez de los baños termales.

Me quedé tan impresionado con su vigor que le dije que con esos brazos podría dar una paliza a cinco o seis camisas-rojas a la vez.

—Claro —me respondió, fanfarrón. Mientras tanto, la bola de su bíceps amenazaba con explotar bajo su piel. Todo aquello me pareció muy divertido. El Puercoespín me aseguro entonces que si se colocaba una cinta de papel alrededor del bíceps, la rompería solo con sacar músculo. Picado, le respondí que yo también podía hacerlo si me lo proponía.

—¿Crees que puedes? —exclamó—. ¡Eso hay que verlo!

Pero finalmente preferí no intentarlo. Me habría dado vergüenza no ser capaz de romper la cinta y haber quedado en ridículo delante del Puercoespín.

—Esta noche, después de emborracharte en la fiesta, ¿estarías dispuesto a darles su merecido a Camisarroja y al Bufón? —le pregunté por pura curiosidad. Puercoespín se quedó pensativo durante unos instantes, y luego me dijo que no se trataba precisamente de la noche más adecuada. Esa noche se celebraba la fiesta en honor de Koga y no era ocasión de empezar peleas. Además, lo que él quería era pillarlos in fraganti para no que no pareciera que era él quien había empezado. Muy razonable, pensé yo. Después de todo, el Puercoespín me estaba demostrando que tenía más cerebro de lo que parecía.

—Bueno —proseguí—, cuando hables de Koga esta noche, habla de él todo lo bien que puedas. Ya sabes que yo no soy más que un tukiota impulsivo, y cuando tengo que hablar en público me bloqueo. Siempre me pasa igual. Cuando estoy a punto de abrir la boca, de repente siento como una bola que se me coloca en medio de la garganta, y entonces no me salen las palabras. Seguramente tú lo harás mucho mejor que yo.

—¡Es muy extraño lo que te cuentas! —respondió el Puercoespín—. ¡Una bola en medio de la garganta! ¡Qué horror!

—No te creas que es tan horroroso... —repuse.

Finalmente llegó la hora de salir para la fiesta. El evento se celebraría en un restaurante llamado Kashintei, que tenía fama de ser el mejor de la ciudad. Yo, desde luego, nunca había ido. Según decían, el local ocupaba lo que antaño había sido la mansión de un samurái y, tras su conversión en restaurante, la decoración apenas había sufrido cambios. Cuando vi el edificio, me pareció que tenía un aspecto imponente. De todos modos, pensé que convertir la mansión de un guerrero en un restaurante era como hacerse unos calzoncillos con cota de malla.

Cuando el Puercoespín y yo llegamos al restaurante, los demás invitados ya estaban allí, charlando en pequeños grupos. El comedor era bastante espacioso, debía medir cincuenta tatamis. Como era de esperar en una habitación tan grande, en la misma medida el *tokonoma* era impresionante. No tenía ni comparación con el de mi habitación de la posada, que ya me había parecido grandísimo; éste tendría más de tres metros de largo. A la derecha del *tokonoma* había un jarrón de cerámica de Seto con un dibujo rojo. Dentro del jarrón alguien había colocado una gran rama de pino. Me extrañó que usaran una rama de pino como decoración, pero me imaginé que lo harían para ahorrar dinero y que por eso habían elegido algo que duraría por lo menos un par de meses antes de secarse. Pregunté al profesor de ciencias si sabía de dónde era esa pieza de cerámica Seto.

—No es de Seto —me respondió—. Es de Imari.

Yo le dije que para mí la cerámica Imari y la Seto eran iguales y él se rió. Más tarde me enteré de que la cerámica Seto se llama así porque se hace en un lugar llamado Seto. ¡No sabía que el lugar importara tanto!

En el centro del *tokonoma* había una gran *kakemono* con una caligrafía de unas veinte letras que eran tan grandes como mi cabeza. Me pareció que no estaba muy bien hecho. No comprendía por qué lo usaban como decoración, así que se lo pregunté al profesor de literatura clásica china. Parece ser que era la obra de un conocido maestro de caligrafía llamado Kaioku. Fuera de quien fuera ese Kaioku, su trabajo me parecía muy malo.

Poco después el secretario Kawamura nos pidió que tomáramos asiento en el tatami. Elegí un lugar junto a una columna a fin de poder apoyarme en ella durante la cena. El Mapache, vestido con un kimono formal con chaqueta y faldón de gala, se sentó delante del Kaioku. Camisarroja, que iba ataviado de forma similar, se sentó a su izquierda. A su derecha, en el lugar de honor, se sentó el Calabaza, también con atuendo de gala japonés. Yo iba con ropas occidentales que resultaban demasiado estrechas para sentarme con comodidad en la postura formal, de rodillas con las piernas dobladas, así que pronto las crucé. A mi lado se sentó el profesor de gimnasia, que vestía unos pantalones negros, aunque él sí pudo mantener la posición formal. No en vano era profesor de gimnasia, así que no me extrañó que lo aguantara.

Pronto comenzaron a servirnos. Las botellas se alinearon en la mesa. El secretario se levantó e hizo un pequeño discurso introductorio. A continuación lo hizo el Mapache. Después habló Camisarroja. Los tres pronunciaron discursos de despedida tan similares, que cualquiera diría que habían quedado para prepararlos juntos. Hablaron de su admiración hacia el Calabaza y de sus sobresalientes cualidades como profesor y como ser humano. A continuación lamentaron su inminente partida y la pérdida que suponía para la escuela y para ellos mismos, y le reprocharon que él mismo hubiera pedido el traslado, algo a lo que no se habían podido negar, desgraciadamente. Ninguno de los dos mostró ningún reparo en mentir de ese modo tan flagrante, estando como estaban en el mismísimo banquete de despedida del Calabaza. Camisarroja fue el más efusivo de los tres, e incluso se atrevió a decir que con la partida del señor Koga perdía a un buen amigo. Para él, aquello constituía una desgracia personal. Habló de una manera aparentemente tan sincera y convincente, que cualquiera que lo escuchara por primera vez pensaría que decía la verdad. Seguramente fue así como embaucó a la Madona. Cuando

Camisarroja estaba a la mitad de su discurso, Puercoespín, que estaba sentado frente a mí, me dirigió una mirada de lo más aguda. Como respuesta, me llevé un dedo al ojo y le hice un signo de complicidad.

Una vez se sentó Camisarroja, el Puercoespín se levantó como si llevara mucho tiempo esperando ese momento para hablar. Sin darme cuenta, rompí a aplaudir. Pero tuve que parar porque todos, incluido el Mapache, empezaron a mirarme de modo extrañado. Todo aquello me hizo sentir muy incómodo.

—Acabamos de escuchar —dijo el Puercoespín— lo mucho que nuestro director y nuestro jefe de estudios sienten la marcha del señor Koga. Yo, sin embargo, pienso de forma muy diferente: creo que lo mejor que puede hacer el señor Koga es irse, y tan rápidamente como pueda. Nobeoka es un lugar remoto, y seguro que comparado con nuestra ciudad presenta inconvenientes de índole material. Pero, por lo que yo sé, se trata de un lugar en el que la forma de ser de la gente sigue siendo pura y sencilla, y seguro que tanto los estudiantes como los profesores se rigen por los antiguos principios de sinceridad y disciplina. En un lugar así no es probable que se encuentre con petulantes mentirosos especializados en soltar falsos halagos, de éstos a los que les encanta usar su bonita cara para engañar a un caballero. ¡Una persona con un corazón sincero y virtuoso como usted, seguro que será bien recibida allí! Por eso, señor Koga, le felicito de todo corazón, por su pronta y feliz partida. Y no quiero terminar mi discurso sin expresarle mi humilde deseo de que, una vez que se establezca en Nobeoka, encuentre usted a una joven educada y apropiada para convertirse en la compañera de un auténtico caballero, y proceda a formar un hogar y una familia feliz con ella. Quizás de esa forma logre arrojar toda la vergüenza del mundo sobre un miserable y mentiroso impostor.

Dicho esto carraspeó dos o tres veces y se sentó. De nuevo sentí el impulso de aplaudir, pero temía volver a llamar la atención, así que me contuve. Después de Puercoespín, fue el propio Calabaza el que se levantó para hablar. Pero en vez de hacerlo desde su sitio, se dirigió al lugar que estaba frente a él, reservado para la persona de menor rango. Saludó a la audiencia con cortesía, y luego dijo:

—En realidad no tengo palabras para expresar lo mucho que me han emocionado los discursos que mis colegas me han dirigido con ocasión de mi traslado a Kyushu, debido a razones personales. De forma especial, quiero dar las gracias por las inolvidables palabras de despedida de nuestro director, del jefe de estudios y de algunos otros que también han hablado aquí. Ahora que me dispongo a partir a un lugar lejano, me gustaría que me reservarais un lugar en vuestros pensamientos y que continuarais apoyándome de la misma forma que lo habéis hecho en el pasado.

Tras decir esto, saludó a todos con una inclinación de cabeza y se volvió a su sitio. ¡La bondad de este hombre no tenía límites! Se dedicaba a dar las gracias al director y al jefe de estudios, que le habían engañado sin piedad. Que hubiera pronunciado ese discurso como una simple y vacua formalidad ya habría tenido mérito, pero al oír sus palabras y ver su cara quedaba claro que hablaba de modo sincero. Ser objeto del aprecio de un hombre tan extraordinariamente bueno debería bastar para conmovir o producir sentimientos de vergüenza en cualquiera, pero el Mapache y Camisarroja escucharon sus palabras haciendo gala de la más total indiferencia.

Acabados los discursos, el siguiente ruido que se escuchó en la sala fue el de los comensales sorbiendo la sopa. Me uní a ellos, pero aquella sopa no me gustó nada. Además había *kamaboko* pero tampoco me gustó: tenía un color raro, como si estuviera mal asado. Por otro lado, el *sashimi* estaba cortado tan mal que algunas de las gruesas lonchas podían pasar por buenos filetes de atún crudo. Mis colegas, sin reparos aparentes, se dedicaban a devorar todo como si fueran manjares. Me imaginé que nunca habían probado *sashimi* como el de Tokio.

Después de un rato, las botellas de sake empezaron a circular de mano en mano, y la habitación no tardó en llenarse de voces y animación. El Bufón se acercó a donde estaba el director, y dejó, con un gesto reverencial, que éste le llenara la copa. ¡Menudo farsante! El Calabaza fue sirviendo sake de uno en uno a todos los comensales, con los que luego iba brindando; aparentemente su intención era hacerlo con todo el mundo, lo que me pareció excesivo. Cuando llegó a mi lado, se arregló el kimono, se sentó en la posición formal, y me preguntó con mucha solemnidad si podía hacerle el honor de compartir una copa con él. Aunque llevaba pantalones, me senté con dificultad en la misma posición y le llené la copa.

—Qué lástima —le dije— que tengamos que decirnos adiós tan poco tiempo después de mi llegada. ¿Cuándo sale usted? No le molestará que vaya al puerto a despedirle.

El Calabaza me respondió que no me inquietara, que seguro que estaba muy ocupado. Pero lo cierto es que yo estaba decidido a anular las clases para poder ir a decirle adiós.

Más o menos una hora después, los comensales empezaron a desmadrarse.

—¡Venga, otra copa, bebe...! ¡In... sistooo...!

Yo me sentía un poco harto de todo aquel barullo, así que me levanté para ir al baño. Cuando estaba en el jardín, contemplando las siluetas de los árboles bajo la luz de la luna, apareció el Puercoespín.

—Estuvo bien el discurso, ¿no crees? —Parecía muy satisfecho. Le dije que estaba de acuerdo con todo lo que había dicho salvo con una cosa.

—¿Con qué? —me preguntó.

—¿No dijiste algo así como que en Nobeoka el señor Koga no se encontraría con petulantes mentirosos de esos que no paran de soltar falsos halagos y a los que les encanta usar su bonita cara para engañar a un caballero? —Sí. ¿Y?

— Pues que te has quedado corto con lo de «*petulante mentiroso*».

—¿Qué debería haber dicho entonces?

—Petulante mentiroso, fullero, hipócrita, charlatán, lameculos, metomentodo, mitad perro mitad hombre... ¡Eso habría estado bien!

—Nunca habría sabido encontrar todas esas palabras. El del pico de oro eres tú, no yo. ¡Caray, vaya vocabulario! Me parece increíble que te sea tan complicado hacer discursos.

—Éstas son las palabras que uso cuando me peleo con alguien. Me las sé de memoria, así que, cuando se da el caso, no tengo más que soltarlas, y punto. Pero no son palabras para usar en un discurso formal.

—No sé, me sigue pareciendo que las usas con mucha fluidez. Recítamelas otra vez.

—Las veces que quieras: presumido mentiroso, fullero, hipócrita, lameculos... —Cuando ya estaba lanzado, dos figuras salieron del porche y avanzaron hacia nosotros tambaleándose.

—¡Eh, vosotros! ¿Qué hacéis ahí...? No os vamos a dejar escapar, eh... Venga, vamos a beber... ¿Lameculos, dices? Me gusta... Acompañadnos a *lamer culos* de vaso..., ja, ja... ¡Vamos!

Puercoespín y yo fuimos arrastrados a la sala de banquetes. Seguro que aquellos dos habían salido para ir al baño, pero al vernos se olvidaron de adonde iban. Los borrachos no se enteran de nada: solo ven lo que tienen delante y se olvidan de lo que quieren hacer.

—¡Escuchad, estos dos quieren lamer culos! Vamos a darles algo de beber... ¡Culos de botella...! ¡Que no escapen!

Me empujaron contra la pared para que no escapara, aunque yo no tenía intención de hacerlo. Miré a mi alrededor y vi que sobre las mesas ya no quedaba nada de comer. Algunos que ya habían dado cuenta de lo que tenían delante andaban por las otras mesas intentando comerse las sobras. No se veía al director por ningún lado. Pensé que ya debía de haberse marchado.

En ese momento tres o cuatro geishas irrumpieron en la sala:

—¿Es aquí la fiesta? —Me quedé un poco sorprendido, pero como no podía moverme, me dediqué a observar. Camisarroja, que estaba apoyado en una columna con cara de satisfacción mientras fumaba con su pipa de ámbar, se levantó y avanzó hacia la puerta. Cuando se cruzó con las geishas, una de ellas, la más joven y guapa, se paró y le saludó con una sonrisa. Como estaba lejos no podía oír lo que le decía, pero fue algo así como «¡Vaya, buenas noches!». Camisarroja la ignoró y siguió hacia la puerta. Fue la última vez que lo vi aquella noche. Me imaginé que había seguido los pasos del director y se había ido a dormir a su casa.

La llegada de las geishas hizo que la fiesta se animara. El ruido también creció. Parecía que todo el mundo daba la bienvenida a las mujeres gritando a pleno pulmón. Algunos se pusieron a jugar a las tabas con una geisha a grito pelado, como si estuvieran en un combate e intentaran amedrentar al adversario. Más cerca de donde yo estaba, otros jugaban a los chinos gritando y moviendo las manos. Era un espectáculo más impresionante que las mismísimas marionetas del Dark Theater<sup>37</sup>. Desde una esquina alguien gritaba:

—¡Eh, vosotras! ¡Venid aquí y servidme algo de beber! —Pero al agitar la botella se dio cuenta de que estaba vacía y cambió su grito—: ¡Eh, más sake, más sake!

Aquella algarabía era demasiado para mí. En medio del barullo, solo un invitado seguía sentado con la mirada baja, sumido en sus pensamientos: el

<sup>37</sup> Grupo de titiriteros ingleses que actuaron en Tokio en 1888.

Calabaza. No habían organizado este banquete porque estuvieran tristes por su partida: lo habían hecho para tener una excusa para divertirse y emborracharse. Lo habían hecho para que el Calabaza se sintiera peor, totalmente solo, sin saber qué hacer. Si esto era en realidad un banquete de despedida, mejor habría sido no celebrarlo.

Los borrachos no tardaron en ponerse a cantar con berridos desafinados. Una de las geishas se acercó a mí con su shamisen<sup>38</sup> y me dijo:

—¡Venga, cántanos algo!

Le respondí que no sabía cantar. Entonces ella entonó lo siguiente:

*Contando el dinero*

*Tocando el tambor*

*Al niño perdido*

*Buscamos al son*

*Del chanchikirín*

*Del dondokodón.*

*Sigue tocando*

*Sigue bailando*

*Que si lo encuentras*

*Lo quiero saber*

*Al chanchikirín*

*Al dondokodón.*

*Sigue tocando*

*Sigue bailando*

*Que si tú lo encuentras*

*Yo también lo haré.*

—Estoy agotada —dijo al terminar. No me extrañó, porque había cantado toda la pieza cogiendo aire solo una vez. Podía haber cantado algo más fácil, si sabía que iba a acabar tan cansada.

El Bufón se sentó a su lado y le dijo con el tono afectado de siempre:

---

<sup>38</sup> El *shamisen* es una especie de guitarra japonesa de tres cuerdas.

—Pobre Suzu-chan, justo cuando se encuentra con un viejo conocido, éste va y se vuelve a su casa.

Ella le respondió con un tono seco: —No sé de qué me habla.

Sin hacerle caso, el Bufón empezó a recitar de forma burlesca una balada de estilo *gidayu*<sup>39</sup>:

—*Se conocieron por casualidad cuando entonces...*

La geisha le dijo que se callara y le dio un fuerte manotazo en la rodilla. El Bufón se rió con gusto. Era la misma geisha que antes se había dirigido a Camisarroja. Solo alguien tan bobo como el Bufón podía reírse cuando una geisha le daba semejante manotazo.

—¡Quiero bailar Kiinokuni!<sup>40</sup> Acompáñame con el shamisen, Suzu-chan — dijo el Bufón.

En el otro extremo de la sala, el profesor de literatura clásica china gesticulaba con su boca desdentada mientras recitaba algo:

—¿Qué dices, Denbei? Ahora que estamos juntos... Después de pronunciar esas palabras se volvió hacia la geisha que estaba junto a él:

—¿Y ahora qué sigue? —Por desgracia los viejos suelen tener mala memoria. Otra de las geishas estaba con el profesor de ciencias:

—Hay una canción que está muy de moda... Voy a cantarla —dijo. Entonó una canción que hablaba de una chica que llevaba el pelo a la última, con un lazo blanco, que montaba en bicicleta, tocaba el violín y chapurreaba en inglés a todos: *I am glad to see you...*

—¡Muy bien! —exclamó el profesor de ciencias, obviamente impresionado—. Hasta había una parte en inglés, ¿verdad?

Luego le tocó a Puercoespín. Gritando, anunció que iba a ejecutar la danza de la espada con el acompañamiento de las geishas tocando el shamisen. Las mujeres, asustadas por la forma violenta en que hizo su anuncio, no reaccionaron. Sin inmutarse, Puercoespín agarró un bastón y avanzó hasta el centro de la sala donde empezó a declamar los versos clásicos:

—*A través de la niebla que cubre mil montañas busco mi camino.* —Lo hacía con un gran talento.

Mientras tanto, el Bufón seguía bailando. Después de Kiinokuni, bailó Kappore y «El Dharma sobre el armario», y luego comenzó a desfilarse por la habitación casi desnudo y con una escoba a modo de espada. Había perdido la razón.

El Calabaza seguía sentado en una postura muy incómoda sin atreverse a arrugar su kimono de gala. Me daba mucha pena. No podía comprender que alguien tuviera que aguantar, en su fiesta de despedida y ataviado con ropas formales, el

---

<sup>39</sup> El *gidayu* es un estilo de canción popular en la época de Edo (1600-1868). Esta, en concreto, está sacada de la obra de *kabuki Asagao Nikki* («El cuento de la campanilla») escrita por Chikamatsu y estrenada en 1814. «Campanilla» es también la traducción al español del nombre de la geisha de la fiesta amiga de Camisarroja, Suzu-chan (o Ko-suzu).

<sup>40</sup> Kiinokuni es el nombre de una canción popular en los salones de té en la época de Sōseki.



espectáculo de un invitado paseándose en calzoncillos delante de sus narices, así que me acerqué a él y le dije que se volviera a casa conmigo. Rechazó mi invitación.

—Es mi fiesta de despedida —dijo—, y no es correcto que me vaya antes de los demás. Por favor, vuelva usted solo.

—No se preocupe por los demás —le dije—. Si esto fuera una fiesta de despedida de verdad, estarían comportándose en consecuencia. Mírelos, ¡parecen un puñado de lunáticos! Creo que es mejor que nos vayamos los dos.

Al final logré convencerlo, pero justo cuando íbamos a salir, el Bufón nos atacó blandiendo su espada con furia y gritando:

—¿Qué es esto? ¿Nuestro anfitrión se va antes que nosotros? ¡Es un ultraje! ¡En plena negociación chino-japonesa! No dejaré que se vaya. —Y mientras decía esto, colocó su escoba a modo de barrera para bloquear la salida. Yo no pude aguantar más y estallé:

—¡Con su anterior ataque, usted ha roto las negociaciones chino-japonesas, sucio chino! —Y sin pensármelo dos veces le propiné un puñetazo en la cabeza. El Bufón se quedó estupefacto durante dos o tres segundos, y luego pronunció unas palabras inconexas:

—¡Esto es inadmisibile...! Dame a mí... ¡Golpear a este Yoshikawa, a mí! ¡Es el final de las negociaciones chino-japonesas!

Puercoespín se dio cuenta de que algo raro había ocurrido e interrumpió su danza de la espada para acercarse por detrás. En cuanto vio cómo estaba la cosa, agarró al Bufón por el cuello y lo zarandó.

—De las negociaciones chino-japone... ¡Ay, eso duele! ¡Bestias! —exclamó el Bufón. Intentó soltarse, pero Puercoespín le hizo una llave y lo lanzó al suelo como una tabla, con gran estrépito. No sé lo que pasó después. Acompañé a Calabaza parte del camino hasta su casa, y luego me fui a la mía. Cuando llegué a mi habitación ya eran más de las once.

## IO

El día en que acabó la guerra con Rusia, se suspendieron todas las clases para celebrar la victoria japonesa. El ayuntamiento organizó un gran desfile. Todos los estudiantes participarían en la celebración, con el Mapache a la cabeza, y yo desfilaría en el grupo de los profesores.

Cuando llegamos al punto de partida, miraras donde miraras había colgadas banderas japonesas. Era tal la algarabía, que producía auténtico mareo. En la explanada, había congregados unos ochocientos estudiantes. Habían encargado al profesor de gimnasia que los ordenase en grupos según la clase a la que pertenecieran, y se colocó a un profesor para que desfilara entre cada uno de los grupos. En teoría, se trataba de un plan muy bien pensado, pero cuando se puso en práctica, se demostró que el tiro les había salido por la culata.

Y es que los estudiantes no solo eran unos inmaduros —algo lógico dada su edad—, sino también unos caraduras, y enseguida se las ingenieron para sabotear toda la organización del desfile. Daba igual cuántos profesores hubiera intentando hacerlos marchar en fila. No había manera. Tan pronto se arrancaban a cantar marchas militares sin que nadie se lo ordenara como a entonar gritos de guerra que les hacían parecer como una banda de samuráis renegados aterrorizando una ciudad. Los intervalos entre los cantos y los gritos los llenaban con una ruidosa cháchara. Todos nuestros intentos por hacer que caminaran en línea recta y en silencio eran inútiles. Como buenos japoneses, aquellos díscolos muchachos eran sordos a nuestras palabras, y no dejaban de parlotear entre ellos. Y no era solo que hablaran: ¡se dedicaban a burlarse de los profesores con gracias e insultos! Cualquiera hubiera pensado que después del incidente de los saltamontes y de la posterior reprimenda del director las cosas se habrían calmado, pero en el desfile quedó claro que la realidad era otra. Como mi vieja casera me habría dicho, estaba claro que me habían tomado el pelo. Era cierto que los estudiantes me habían pedido perdón, pero ahora comprendía que no habían sido sinceros. Tal como el director les había ordenado, habían venido a verme y se habían inclinado ante mí para disculparse, pero el suyo había sido un gesto vacío, como el de esos tenderos que te reciben amablemente en su tienda y luego, en cuanto te das la vuelta, te engañan. Los estudiantes podían pedir todas las disculpas del mundo, pero eso no significaba que fueran a cambiar de actitud. Quizá la raza humana, considerada en su conjunto, fuera como estos estudiantes. Quizá el que acepta una disculpa y la cree sincera es en realidad un idiota y un ingenuo. Si las disculpas de la gente no son sinceras, el perdón no puede ser duradero. Es posible que la única forma de obtener una disculpa sincera de alguien sea hacer que realmente se arrepienta de lo que ha hecho.

A mí, como ya dije, me tocaba desfilas entre dos grupos de estudiantes. De vez en cuando, mientras marchábamos, escuchaba a algunos reírse y pronunciar las palabras «tempura», y «dango», entre cuchicheos. Como los estudiantes eran tantos, me resultaba imposible saber exactamente quiénes hacían los comentarios. Por otra parte, aunque los hubiera podido identificar, ellos seguramente me habrían dicho que no eran más que imaginaciones mías, que no estaban haciendo nada, y que si creía haberlos oído hablar de mí sería porque era un malpensado o porque estaba enfermo de los nervios. Se ve que este comportamiento mezquino estaba tan arraigado en la región desde tiempos del feudalismo que no había forma de

cambiarlo se hiciera lo que se hiciera. Después de un año en un lugar así, incluso alguien como yo corría el peligro de acabar convirtiéndose en alguien parecido a ellos. Me era difícil tolerar que hicieran algo similar conmigo, que se burlaran de mí pensando que se iban a librar del castigo gracias a cualquier excusa estúpida. ¿Acaso merecía yo menos respeto que ellos? Ciertamente eran estudiantes, pero no es menos cierto que la mayoría de aquellos muchachos eran más corpulentos que yo. No estaba bien que hiciera la vista gorda y evitara reprenderlos. Aun así, temía que si usaba con ellos los métodos de costumbre, se volverían en mi contra. Si les daba una reprimenda y les decía que era porque habían hecho algo malo, seguro que me respondían que no ellos habían hecho nada, y luego usarían toda clase de excusas y argumentos para demostrar su inocencia. Y después de hacerse pasar por unos inocentes, y de acusarme de que les trataba injustamente, pasarían al ataque. Como mi objetivo era que recibieran un castigo, tenía que demostrar que en realidad habían hecho algo malo. Si no, al final yo quedaría como el que había empezado todo, y eso era algo peligroso. Por otro lado, si me hacía el indiferente y actuaba como si no me diera cuenta de sus burlas o como si me dieran igual sus insinuaciones, lo único que conseguiría sería envalentonarlos, lo que no contribuiría a hacer del mundo un lugar mejor. Así que solo me quedaba adoptar las tácticas de mis adversarios e intentar alcanzar mi objetivo sin darles ninguna oportunidad de respuesta. Pero esas tretas no eran dignas de un tókíota. Aunque si quería aguantar un año entero allí, algo se me tendría que ocurrir. A menos que me volviera a Tokio para reunirme con Kiyo. Si seguía más tiempo en aquel agujero, me iba a degradar completamente. Antes de que eso ocurriera estaba dispuesto a hacerme repartidor de periódicos.

Iba yo absorto en estos pensamientos cuando de repente en la cabeza del desfile pasó algo que me sacó de mi ensimismamiento. Sin razón aparente, los que desfilaban en las primeras filas se habían detenido bruscamente. Dejé mi lugar en la marcha, y me adelanté para ir a ver qué ocurría. Algunos estudiantes se habían parado unos metros por delante de nosotros, en el cruce entre Otemachi y Yakushimachi. Desde donde yo estaba pude divisar a unos cuantos de los nuestros, que estaban enzarzados en una pelea con otro grupo de estudiantes a los que trataban de apartar a empujones de su camino. Los otros estudiantes no se andaban con chiquitas, y se dedicaban a repeler los empujones de nuestros chicos con parecida intención. Entonces apareció el profesor de gimnasia, que corría pidiendo a gritos que mantuviéramos la calma. Cuando le pregunté qué pasaba, me dijo que nuestros estudiantes debían de haberse topado en el cruce con otro desfile de estudiantes de la Escuela de Magisterio.

Ya me habían comentado que en provincias, por lo general, los estudiantes de los institutos y los de las Escuelas de Magisterio se solían llevar como el perro y el gato<sup>41</sup>. Vete a saber por qué, pero lo cierto es que unos y otros andaban continuamente a la gresca, y cualquier tontería les servía para iniciar un altercado. Siendo tan aburrida la vida provinciana, aquella debía de ser una forma más de divertirse. Yo también soy muy aficionado a las peloterías, así que en cuanto oí que se estaban peleando, corrí a ver qué pasaba con la esperanza de divertirme un poco. Podía escuchar los gritos que se repetían aquí y allá:

---

<sup>41</sup> Sōseki se refiere a la rivalidad existente entre los estudiantes de Chugaku (Instituto) y Shihangakko (Escuela Normal o de Magisterio). Al primero asistían los hijos de familias con medios, mientras que la segunda estaba costeada por los gobiernos regionales, lo que originaba una rivalidad de base socioeconómica entre los estudiantes.

—¡Apartaos, parásitos sociales!

—¡Empujad, empujad! —gritaban desde atrás. Cuando estaba cerca del cruce, tratando de abrirme paso entre los estudiantes, oí una fuerte voz que gritó:

—¡Adelante! —Y los estudiantes de la Escuela de Magisterio comenzaron a avanzar. El problema de quién pasaría antes por el cruce se había resuelto; era evidente que habían ganado los de magisterio. Luego me explicaron que eso había sido porque el rango de su escuela era ligeramente superior al de la nuestra.

La ceremonia de celebración de la victoria fue muy sencilla. Un comandante de la brigada local leyó un discurso, el gobernador leyó otro, la multitud se deshizo en vivas, y eso fue todo. También anunciaron que por la tarde se ofrecería un espectáculo, así que decidí regresar a casa y aprovechar el tiempo libre para escribir a Kiyō, algo que llevaba pensando hacer desde hacía tiempo. En su última carta, Kiyō me había pedido que le escribiera dándole todos los detalles sobre mi vida allí, y eso me proponía hacer.

Cuando me senté delante del papel en blanco, vi que tenía tantas cosas que contar que no sabía por dónde empezar. Pero cuando pensaba en algo, descubría que me parecía difícil expresarlo; y si pensaba en otra cosa, me parecía aburrida. Me estrujé el cerebro intentando dar con alguna historia que me resultara fácil e interesante, y que también lo fuera para Kiyō, pero pasó un rato y no se me ocurría nada. Diluí la tinta en la piedra, mojé el pincel, y me quedé mirando el papel en blanco. Luego volví a diluir la tinta, a mojar el pincel y a mirar otra vez el papel en blanco, que seguía igual de blanco que al principio. Después de repetir varias veces el mismo proceso, llegué a la conclusión de que sencillamente me era imposible escribirle nada, así que volví a meter el pincel y los demás artilugios de escritura en su caja, y me olvidé del asunto. ¡Qué difícil es escribir una carta! Habría sido mucho más sencillo irme a Tokio y contarle todo a Kiyō en persona. No es que me diera igual que estuviera preocupada, pero en aquellos momentos escribirle algo adecuado a Kiyō me resultaba tan difícil como ayunar durante tres semanas seguidas.

Aparté el pincel y el papel y me tumbé en el suelo, mirando el jardín con la cabeza apoyada en el brazo. Estaba preocupado por Kiyō. Llegué entonces a la conclusión de que de alguna forma ella podría llegar a sentir mi preocupación sincera y a saber lo que yo sentía a pesar de la distancia. Y si eso era así, no hacía falta que le mandara una carta. Además, si no recibía noticias mías, seguramente pensaría que todo iba bien, que no me había pasado nada grave y que no estaba enfermo.

El jardín ocupaba unos seis metros cuadrados, y en él no había en él ninguna planta digna de reseña. En el centro de la parcela se alzaba un solitario árbol de mandarinas, tan alto que sobresalía por encima del muro y me servía para saber desde lejos dónde estaba la casa. Siempre me alegraba de verlo cuando me estaba acercando. Para alguien que nunca había salido de Tokio, ver frutos colgando de un árbol era toda una novedad. Cuando maduraran, esas verdes mandarinas se pondrían doradas y seguro que sería un bonito espectáculo. Según la vieja casera, eran dulcísimas y muy jugosas. Me había dicho que podría coger cuantas quisiera, y esperaba con muchas ganas el momento en el que las mandarinas maduraran, y yo pudiera comerme un par de ellas cada día. En tres semanas estarían en su punto, y allí estaría yo cuando eso ocurriera.

Mientras estaba tumbado pensando en las mandarinas, apareció el Puercoespín. Me dijo que puesto que era el día de la victoria, merecía que lo celebráramos con una pequeña fiesta. Había comprado algo de ternera para la ocasión. Entonces extrajo de la manga de su kimono una hoja de bambú que envolvía algo y la puso a mi lado, en el suelo. Yo seguía sometido a la dieta de batatas y *tofu*, y desde el incidente del restaurante, no había vuelto al local de *soba* ni al de *dango*, así que me alegré mucho al ver la carne. Fui a pedirle a la casera algo de pan y un poco de azúcar y enseguida nos pusimos a cocinar.

Mientras el Puercoespín engullía la ternera me preguntó si estaba al corriente de que Camisarroja era un cliente habitual de cierta geisha.

—Por supuesto —le dije—. La que fue a la fiesta de despedida, ¿no?

—Exactamente —me respondió, y luego me felicitó por tener tan buen ojo. Él se acababa de enterar—. Fíjate qué clase de persona es —añadió—. Cada dos por tres está hablando del «carácter» o de los «placeres espirituales», y luego se dedica a visitar a una geisha en secreto. Es asqueroso. No me parecería tan mal si reconociera abiertamente lo que hace, todo el mundo tiene derecho a divertirse, pero basta que uno pise un restaurante de *tempura* o que se pida una ración de bolas de arroz para que él se dedique a calentarle la cabeza al director sobre el mal ejemplo que das.

—Sí —le respondí—. Supongo que para él andar con una geisha es una especie de placer espiritual, pero en cambio comer *tempura* o bolas de arroz debe de ser un placer material. Si sus visitas son tan espirituales, ¿por qué las oculta entonces? En cuanto vio entrar a aquella geisha en la habitación salió disparado; ¿pensaba que no nos íbamos a dar cuenta? Cree que nos puede engañar a todos, el muy idiota. Y cuando alguien se lo echa en cara, responde con que no sabe de qué le estamos hablando, o intenta cambiar de tema con su cháchara sobre literatura rusa o sobre los haikus y su relación con la poesía moderna. ¡No es un hombre, es un pusilánime! Debe ser la reencarnación de una cortesana de la antigüedad especializada en toda clase de chismes y enredos. O quizá su padre fuera uno de esos *kagama* que ofrecían sus servicios en los alrededores del templo de Yushima...

—No entiendo. ¿Y a qué se dedicaban esos *kagama*<sup>42</sup> de los que hablas?

—A algo no muy masculino... puedes hacerte una idea. ¡Eh! ¡Cuidado con ese trozo! No está muy hecho y puedes cogerte la tenia.

—¿Tú crees? Qué va, no pasa nada... ¿Sabes? —continuó el Puercoespín—. Se dice que Camisarroja visita en secreto a la geisha en cuestión en un local llamado Kado-ya.

—¿Kado-ya, dices? ¿Te refieres a la posada?

—Posada y restaurante. No estaría mal pillarles in fraganti mientras entran y darle a Camisarroja su merecido.

—¿Sugieres que nos escondamos por la noche y lo sorprendamos?

---

<sup>42</sup> Un *kagama* era un chico joven que se prostituía para otros hombres. Frecuentaban una famosa casa de té situada junto al templo de Yushima, en Tokio.

—Sí. Ya sabes, justo enfrente de Kado-ya hay otra posada llamada Masu-ya... Cogemos una habitación en el segundo piso, y hacemos un agujero en el shoji<sup>43</sup> para espiarlos...

—¿Y tú crees que se pasarán por allí?

—Seguro. En una noche puede que no tengamos suerte, pero si aguantamos dos semanas seguro que acabamos pillándolos.

—Demasiado trabajo —repuse yo—. Recuerdo que cuando mi padre estaba en su lecho de muerte, me tiré una semana velándolo, y cuando todo acabó estaba exhausto, hecho papilla.

—A mí no me importa cansarme un poco. No es bueno para nuestro país que un bribón como él ande suelto por ahí. ¡Seré el brazo ejecutor de la justicia divina!

—¡De acuerdo! Si estás decidido, te ayudaré. ¿Quieres empezar esta noche?

—Esta noche no. Todavía no he hablado con la gente de Masu-ya. Esta noche es demasiado precipitado.

—¿Cuándo piensas empezar, entonces?

—Pronto. Te lo diré a su debido tiempo, para que me eches tina mano.

—¡Perfecto, cuenta conmigo! No se me da nada bien urdir planes, pero soy bueno peleando.

Mientras discutíamos los detalles de nuestro plan, mi casera se asomó por la puerta y anunció:

—Señor Hotta, ha venido uno de los chicos de la escuela, y quiere hablar con usted. Dice que fue a su casa, pero que como no estaba allí pensó que quizá estaría aquí, y decidió venir. —Tras lo cual se arrodillo en la posición formal junto a la puerta, esperando una respuesta.

—Está bien —respondió el Puercoespín, y con eso se dirigió a la puerta principal. Cuando volvió me dijo que el estudiante había venido a invitarnos a la actuación que se ofrecería para celebrar la victoria. Un grupo de bailarines de Kochi bailarían una danza muy poco común, y eso era algo que no se veía todos los días. Al Puercoespín le apetecía mucho asistir, y me animó a acompañarlo. Yo había presenciado muchos espectáculos de danza en Tokio, ya que en el santuario de Hachimon todos los años se celebraba un festival en el que una procesión con pasos recorría las calles bailando, entre otras, la Danza de los Salineros. La verdad es que no me apetecía mucho ver a una panda de pueblerinos de Kochi haciendo el ridículo, pero como el Puercoespín quería que le acompañara, acepté por no contrariarlo. Luego nos enteramos de que el estudiante que había venido a invitarnos era nada menos que el hermano de Camisarroja. Me pareció muy extraño.

Cuando finalmente llegamos a la plaza donde se celebraba el espectáculo, vimos el cielo lleno de banderas y enseñas que ondeaban en mástiles que se alzaban por todas partes. La escena me recordaba a los torneos de sumo de Eko-in,

---

<sup>43</sup> El *shoji* es un papel translúcido que se usa para cubrir ventanas y puertas en lugar del cristal. En este caso, se trata de una ventana.

y a los funerales budistas del templo Honmon-ji en Tokio. Sobre nuestras cabezas, centenares de cuerdas atravesaban las calles, con banderolas colgadas que representaban todos los países del mundo. En la esquina oriental de la plaza habían levantado un escenario provisional para los bailarines de Kochi. Sesenta metros a la derecha del escenario había casetas hechas con esteras en las que había una exhibición de *ikebana*. Todo el mundo se apelotonaba junto a las casetas para admirar los arreglos, y aquí y allá se escuchaban exclamaciones de asombro. No obstante, a mí me pareció que no valían nada. Conmoverse de ese modo por un manojo de ramas retorcidas y tallos resecos de bambú, me parecía comparable a emocionarse por tener una novia jorobada o un marido contrahecho.

Enfrente del escenario habían empezado a lanzar fuegos de artificio. Explotó un petardo, y entonces, sobre los pinos del castillo se alzó un globo con las palabras «¡Viva el Imperio!», y luego se precipitó sobre los barracones. A continuación se oyó una explosión seca y luego un silbido, y un cohete describió una parábola en el cielo otoñal y explotó en lo alto, justo encima de nuestras cabezas. Hilos de humo azul se dibujaron en el cielo como las varillas de un paraguas, y luego se deshicieron lentamente. A continuación se elevó otro globo con las palabras «¡Viva el Ejército y la Marina!» dibujadas en color blanco. Empujado por el viento, voló sobre la zona de los baños termales y se perdió en dirección a la aldea de Aioi. Es posible que aterrizara sobre los terrenos del templo de la diosa Kannon.

Había mucha más gente que por la mañana. Me parecía increíble que en una ciudad de provincias pudiera haber tal muchedumbre. Considerados individualmente, los habitantes de aquel pueblo no tenían muy buen aspecto, pero todos juntos conformaban un grupo imponente.

Poco después dio comienzo la famosa danza de Kochi. Yo, como dije antes, esperaba un baile como cualquier otro, similar a los de Fujima. Pero en cuanto los bailarines empezaron su actuación, me demostraron que estaba muy equivocado.

En el escenario se desplegaron tres filas de diez hombres, separadas un metro las unas de las otras. Todos los bailarines lucían impresionantes cintas anudadas en la cabeza, y kimonos con los faldones atados en las rodillas, y llevaban las espadas desenvainadas. En el borde exterior del escenario había un bailarín separado de los demás. También vestía un kimono, pero no lucía ninguna cinta en la cabeza, y en vez de una espada llevaba colgado del cuello un tambor similar al de la danza china del león. Dio un grito para que comenzara el baile, y a continuación empezó a entonar una extraña canción, mientras marcaba el ritmo con el tambor. La canción tenía algo de fantasmal, y era diferente a todo lo que había escuchado antes. La pieza parecía la combinación de un recital juglaresco y de los cantos funerarios budistas.

La canción se desenvolvía con un tono suave y relajado, tan maleable como una bola de gelatina, mientras el tambor marcaba el ritmo con sonoros golpes que se te metían dentro. Los bailarines empezaron entonces a mover sus espadas siguiendo con tal precisión el ritmo del tambor que me quedé sin respiración. Habida cuenta de que cada uno de ellos tenía a un compañero a menos de medio metro, si sus movimientos no hubieran estado perfectamente coordinados, alguien podría haber resultado herido. El peligro habría sido menor si hubieran estado más separados, pero al ser treinta artistas y estar tan cerca los unos de los otros, cada uno tenía que dar los pasos, girarse, agacharse o arrodillarse exactamente al mismo

tiempo que todos los demás. Si no lo hubieran hecho así, la nariz de cualquiera de los bailarines podía haber salido volando, o podrían haber cortado la cabeza del que tenían al lado. Cada bailarín disfrutaba solamente de unos veinte centímetros cuadrados de espacio, y debía moverse en perfecto compás con las espadas de los que estaban delante, detrás, a su derecha y a su izquierda. Fue un espectáculo realmente prodigioso. No tenía ni comparación con otras danzas, como la de los Salineros o la de la Puerta del Cielo. Aquella sí que era una danza complicada. No parecía nada sencillo sincronizar los movimientos de esa manera. Sin embargo, lo más difícil era mantener constante el ritmo del tambor. Cada gesto de los bailarines —sus pasos, las evoluciones de sus espadas y los movimientos de sus caderas— dependía del ritmo marcado por ese tambor. Parecía que el trabajo de su intérprete era el más sencillo —golpear el tambor y dar unos cuantos gritos aquí y allá— pero si uno se fijaba bien, era el que tenía mayor responsabilidad sobre el escenario.

El Puercoespín y yo contemplábamos el espectáculo absortos, con la boca abierta. De repente, un rugido procedente de la muchedumbre, a unos cincuenta metros de nosotros, nos sacó de nuestro ensimismamiento. El gentío que hasta ese momento se había estado moviendo lentamente alrededor de las atracciones, comenzó a convulsionarse a derecha e izquierda como olas en la superficie del mar. Enseguida oímos los gritos:

—¡Pelea, pelea! —Y entonces el hermano pequeño de Camisarroja surgió de entre la muchedumbre y se dirigió al Puercoespín:

—¡Señor, están peleándose otra vez! ¡Los chicos de la escuela se están enfrentando con los de la Escuela de Magisterio para vengarse por lo de esta mañana! Será mejor que venga... —Y tras decir esto, volvió a desaparecer entre la muchedumbre.

El Puercoespín empezó a correr en dirección a la trifulca, mientras esquivaba a la gente, gritando:

—¡Diablos! ¡Otra vez peleándose! ¡Estos canallas! ¡Cómo se atreven! —No podía quedarse quieto y observar la pelea desde la barrera. Yo no quería ser menos, y salí disparado detrás de él.

Cuando llegamos, la pelea estaba en su apogeo. Había unos cincuenta o sesenta estudiantes de la Escuela de Magisterio, y unos sesenta o setenta de la nuestra. Los otros chicos todavía iban de uniforme, mientras que la mayoría de los alumnos de nuestra escuela se habían cambiado ya y llevaban kimono, de manera que era más fácil distinguirlos. Pero tanto unos como otros estaban mezclados, agarrándose y empujándose, así que no sabía por dónde empezar ni qué hacer para separarlos.

El Puercoespín pasó unos segundos observando el espectáculo con un gesto de asombro, y luego me dijo:

—Hay que hacer algo. No podemos permitir que venga la policía a resolverlo. Vamos a intervenir nosotros.

Sin pensarlo dos veces, me metí en el barullo justo cuando la pelea estaba más encarnizada. Me puse a gritar tan fuerte como pude:



—¡Basta, basta! ¡Sois una vergüenza para la escuela! ¡Os digo que basta!  
—Intenté llegar hasta los que estaban en primera línea de la refriega, pero no era nada fácil. Avancé dos metros pero luego me quedé bloqueado, sin poder continuar. Justo a mi derecha, uno de los chicos más corpulentos de la Escuela de Magisterio tenía a uno de los nuestros, de unos quince o dieciséis años, agarrado por el cuello —. ¡Cuando digo basta, es que basta! —volví a gritar, agarrando al chico de la escuela de magisterio por el hombro para intentar separarlos. En ese momento, alguien me puso la zancadilla por detrás, y al perder el equilibrio me solté y caí de lado. Alguien empezó a pisotearme la espalda con un par de botas. Me puse a cuatro patas para intentar quitarme de encima al que estaba de pie sobre mí, y logré arrojarlo volando hacia mi derecha. Cuando me puse de nuevo en pie, vi al Puercoespín a unos seis metros de mí que gritaba:

—¡Ya vale! ¡Parad ahora mismo! El Puercoespín estaba rodeado por un enjambre de estudiantes que lo zarandeaban de un lado para otro.

—¡No hay nada que hacer! —le grité, pero él no me respondió. Quizá no podía oírme.

De repente una piedra pasó volando y me estalló en la mejilla; inmediatamente alguien me golpeó por detrás con una vara. Podía oír voces que gritaban: —¡Dadle, dadle! ¿Qué hace un profesor aquí? Alguien más dijo:

—Hay dos, uno grande y otro bajito. ¡A pedradas con ellos!

—¿Cómo os atrevéis? ¡Malcriados insolentes! —rugí. Sin pensármelo dos veces, le propiné un puñetazo a uno de los estudiantes que estaba a mi lado. Otra piedra llegó silbando por los aires, pero esta vez solo me rozó el pelo y siguió su camino. Desde donde yo estaba no podía ver qué había sido del Puercoespín. No había forma. Al principio había intentado detener la pelea; ahora que me estaban dando golpes y apedreando, no pensaba salir de ahí como un cobarde sin dar a todos aquellos sinvergüenzas su merecido.

—¿Con quién os creéis que estáis tratando? Puedo ser pequeño, pero vengo del lugar donde se inventaron las peleas, y de eso sé más que nadie. —Y me puse a repartir sopapos a diestro y siniestro. Entonces alguien empezó a gritar:

—¡La policía, la policía! ¡Huyamos!

Hasta ese momento, moverse en aquella masa resultaba verdaderamente difícil. Era como intentar nadar en una pasta humana; pero de pronto empezó a ser muy fácil. Todos, amigos y enemigos, huían juntos. Tal vez eran una patulea de ignorantes, pero en cuestión de retiradas eran unos lince. Podían haber dado lecciones al mismísimo general Kuropatkin.<sup>44</sup>

Busqué al Puercoespín para ver qué había sido de él, y lo vi con la chaqueta del kimono desgarrada, con el escudo de su familia hecha jirones y la nariz hinchada. Alguien se la había golpeado, y sangraba sin parar. Estaba roja y parecía una pelota encarnada, un espectáculo horrible. La chaqueta de mi kimono también estaba destrozada y llena de barro, pero era menos elegante que la del

---

<sup>44</sup> Alexei Nikolayevich Kuropatkin (1848-1925) fue general del ejército imperial ruso y ministro de la guerra durante los años de la contienda ruso-japonesa (1898-1904). Los historiadores lo consideran en gran medida responsable de la derrota rusa por sus indecisiones y vacilaciones.

Puercoespín, así que no me importaba. Me dolía mucho la mejilla y el Puercoespín, al verme, me dijo que también yo estaba sangrando.

Habría unos cincuenta o sesenta policías. Como los estudiantes habían desaparecido, solo nos detuvieron a nosotros dos. Tras identificarnos y pedirnos nuestra versión de lo ocurrido, nos llevaron al cuartel. Allí declaramos ante el comisario jefe. Luego regresamos a casa.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, me dolía todo el cuerpo. Hacía tiempo que no me había metido en una pelea como la del día anterior. Estaba en el futón pensando en que a partir de entonces ya no podría presumir de mi legendaria pericia como luchador, cuando vino la casera para dejarme, como todos los días, el *Diario de Shikoku* junto a la almohada. No tenía ganas de leer, me sentía demasiado dolorido, pero me dije que no podía permitir que una simple pelea cambiara mis hábitos, así que me tumbé con esfuerzo boca abajo y comencé a leer. Cuando iba por la segunda página, me quedé petrificado. Allí había un artículo que hablaba de la pelea. Eso lo esperaba en cierto modo, porque al final acabó armándose un gran revuelo. Pero lo que no esperaba es la narración que hacían de lo sucedido:

«Dos profesores del instituto local, el señor Hotta y cierto imberbe presuntuoso recientemente llegado de Tokio, fueron sorprendidos anoche incitando a una pelea a inocentes estudiantes de su centro. Los citados profesores tomaron además parte en la refriega con actos de violencia extrema hacia ciertos estudiantes de la Escuela de Magisterio, sin que mediara provocación alguna por parte de estos últimos. La reputación del instituto, labrada gracias a su calidad y a la conducta modélica de sus alumnos, ha concitado la envidia de todo el país. Pero actos imprudentes y pueriles como los protagonizados por la citada pareja mancillan el buen nombre de nuestra escuela y deshonoran nuestra ciudad. Dadas las circunstancias, pensamos que es nuestro deber pedir a las autoridades que actúen con contundencia contra estos dos irresponsables. Confiamos en que antes de que otros decidan emprender acciones judiciales, las autoridades competentes adopten las correspondientes sanciones contra estos dos desgraciados para que nunca más vuelvan a pisar un centro de enseñanza».

Cada uno de los caracteres de la noticia aparecía subrayado con un punto debajo, para destacar aún más su contenido.<sup>45</sup> Parecía como la página hubiera sido sometida a un tratamiento de acupuntura. Al acabar de leer aquello, solté una maldición y me levanté de un salto del futón. Aunque parezca increíble, no bien salí de la cama desaparecieron todos los terribles dolores que momentos antes me agarrotaban todas las articulaciones.

Hice una bola con el periódico y la arrojé al jardín. Pero no me bastó; todavía furioso, salí a recogerla y la tiré por el retrete. ¡Los periódicos están repletos de mentiras y fantasías! Los periodistas son los mayores charlatanes del mundo. Estos gacetilleros habían dedicado a dar su versión de la historia, cuando era yo quien debía darla. ¡Ellos no habían estado allí! Y para colmo se referían a mí como «cierto imberbe presuntuoso recientemente llegado de Tokio». ¿Quiénes se creían que eran? ¿Era correcto referirse a alguien llamándolo «*cierto imberbe presuntuoso*»? «Deberían usar la cabeza y llamarme por mi nombre, independientemente de lo que digan de mí», pensé. «Yo tengo un nombre y unos apellidos, y les puedo enseñar mi árbol genealógico que se remonta hasta Mitsunaka Tada...»

Fui a lavarme. Mientras me frotaba la cara sentí un fuerte dolor en la mejilla. Le pedí a la casera que me dejara un espejo, y cuando me lo trajo le pregunté si había leído el periódico, porque si quería leerlo tendría que sacarlo del retrete, porque allí era donde yo lo había tirado. Asustada, salió apresuradamente de la

---

<sup>45</sup> En la escritura japonesa tradicional cuando se quiere subrayar una palabra se pone un punto debajo del carácter o de los caracteres que forman la palabra.

habitación. Cuando me miré la cara en el espejo, vi los cardenales que me había hecho el día anterior. Aunque alguien pueda decir que mi cara no es nada del otro mundo, para mí es algo muy importante. No sabía qué era peor, si tener la cara en ese estado o que se refirieran a mí como «*cierto imberbe presuntuoso*».

No acudir a la escuela aquel día por lo que el periódico decía de mí habría constituido una especie de rendición, así que en cuanto terminé el desayuno salí hacia el instituto para ser el primero en llegar. Cuando los demás profesores fueron entrando y vieron mi cara, el espectáculo les pareció muy divertido. Yo no sabía dónde estaba la gracia, sobre todo cuando ellos no tenían ni idea de lo que había pasado en realidad. Cuando llegó El Bufón, se me acercó y me espetó:

—¡Buena la montasteis anoche! Supongo que esos moratones son las medallas que recibiste por tu hazaña. .. —Se estaba vengando por el puñetazo que le había dado la noche de la fiesta.

—No te preocupes —le respondí—. Además, en boca cerrada no entran moscas. Úsala para chupar tus pinceles.

—Uy, perdóname la indiscreción, pero eso de la cara debe de doler mucho ¿no?

—Se trata de mi cara y si me duele o no es asunto mío —le respondí. Él entonces se marchó a su mesa pero de hito en hito seguía mirándome y haciendo gestos, mientras cuchicheaba con el profesor de historia, que estaba sentado a su lado.

El Puercoespín llegó a la sala de profesores no mucho después. Tenía la nariz hinchada y amoratada. Parecía que si se la apretabas iba a empezar a supurarle. Quizá era vanidad por mi parte, pero me pareció que había salido peor parado que yo. Nuestras mesas estaban pegadas y teníamos frente a nosotros la puerta de la sala. Debía de ser un espectáculo terrible entrar en la habitación y toparse con nuestras caras de repente. Además, en cuanto los profesores levantaban la vista de sus papeles, nuestras miradas se encontraban.

—¡Qué horror! —nos decían todos. Pero seguro que por dentro pensaban: «¡Vaya par de imbéciles!». Y además, ¿a qué venían si no todos esos cuchicheos y secretitos?

Más tarde, cuando entré en mi clase, los alumnos me recibieron con una salva de aplausos y dos o tres vivas. No pude comprender si era una expresión sincera de solidaridad u otra nueva muestra de su astucia. Entre todas aquellas reacciones, el único que se comportó como de costumbre hie Camisarroja.

—¡Qué desgracia! —exclamó cuando se acercó a nosotros, y luego continuó con algo que sonó casi como una excusa—: Lo siento por los dos. He hablado con el director, y hemos decidido pedir al periódico que se retracten. No hay de qué preocuparse, pues. Como el incidente se debió a la invitación que mi hermano hizo al señor Hotta, el asunto me afecta más si cabe. Estoy decidido a arreglar este asunto sea como sea, así que espero que no se convierta en un motivo de discordia entre nosotros.

Durante el tercer descanso, el director salió de su despacho y nos dijo con cara de circunstancias que el artículo del periódico había generado un conflicto,

aunque esperaba que las consecuencias no fueran muy gravosas. Personalmente, no se le veía nada preocupado. Si querían expulsarme, no habría problema: yo mismo presentaría mi dimisión. Pero hacerlo significaría darle la razón a los embusteros del periódico. Puesto que yo no tenía la culpa de nada, estaba convencido de que lo correcto era permanecer en mi puesto y hacer que el periódico publicara una nota retractándose. Incluso había pensado en pasarme por la redacción del periódico cuando volviera a casa, pero como el director nos dijo que ya se había encargado él de pedirles que se disculparan, decidí desechar la idea.

El Puercoespín y yo aprovechamos los descansos entre clases para contarle al Mapache y a Camisarroja nuestra versión de los hechos, sin olvidar detalle. Ellos, tras escucharnos, nos dijeron que quizás el periódico tenía algo en contra del instituto y que por eso habían publicado el artículo. Entonces Camisarroja hizo una ronda con todos los profesores que había en la sala para defendernos y les dijo que la culpa de todo lo que había ocurrido era suya, puesto que fue su hermano quien nos invitó al Puercoespín y a mí a la fiesta. Los profesores, sin embargo, coincidieron en que el verdadero culpable era el periódico, que había cometido un error imperdonable incriminándonos. El Puercoespín y yo no éramos más que víctimas inocentes.

Ya en el camino de vuelta a casa Puercoespín me dijo:

—Más vale que tengamos cuidado con Camisarroja. Me temo que es una sabandija.

—Como si eso fuera algo nuevo —le respondí—. Siempre ha sido una sabandija y siempre lo será.

—No te das cuenta —continuó él—. ¡Ayer se preocupó de que fuéramos a la pelea, y de que nos viéramos involucrados en ella! Ese era su plan.

Al escucharlo, pensé de nuevo que el Puercoespín tenía rodo el aspecto de ser un bruto, pero en el fondo estaba demostrando ser más inteligente que yo.

—Primero hace que nos metamos en la pelea, luego va al periódico y consigue que publiquen esa historia. ¡El muy canalla!

Ahora lo veía todo claro:

—También el artículo es cosa suya, entonces... Parece increíble. ¿Y cómo hizo para que los del periódico se lo tragan?

—Quizá no hizo falta que lo hicieran. Con tener algún amigo que trabaje allí...

—¿Un amigo? ¿Estás seguro?

—Lo tenga o no lo tenga... Basta con presentarse allí y contarles una batallita con tintes de verosimilitud. Los periodistas están siempre a la busca de noticias. Publican lo que sea...

—No puedo creerlo. Si de verdad es un plan de Camisarroja, todo esto puede desembocar en nuestro despido.

—Como las cosas se compliquen es capaz de salirse con la suya.

—En ese caso, mañana mismo presento mi dimisión y me vuelvo a Tokio. ¡Aunque me lo pidieran no querría quedarme ni un día más en este lugar apestoso!

—Precisamente eso es lo que le gustaría a Camisarroja, que presentaras tu dimisión.

—Tienes razón. ¿Y qué podemos hacer contra él?

—Una sabandija como él sabe cubrirse las espaldas en sus manejos. No será fácil pillarle en un renuncio.

—Cierto. Si le acusamos, todos pensarán que estamos mintiendo. La acusación se volvería en contra nuestra. ¿Acaso es que no hay un rastro de justicia en el mundo?

—Será mejor que esperemos dos o tres días para ver qué pasa. Pero si las cosas empeoran, no nos quedará más remedio que llevar a cabo nuestro plan y tendremos que pillarlo *in fraganti* en los baños.

—¿Y qué hacemos con el incidente de la pelea y el periódico?

—Dejémoslo por el momento. ¡La mejor defensa es un buen ataque! Encontraremos su punto débil.

—¡Así lo haremos! —dije yo entusiasmado—. Yo soy un desastre cuando se trata de planear algo. Ocúpate tú de todo. Te ayudaré en lo que necesites.

Dicho esto, el Puercoespín y yo nos separamos. Si era verdad lo que el Puercoespín decía, Camisarroja era un miserable de tomo y lomo. Y alguien difícil de doblegar con la inteligencia. ¡Había que usar la fuerza bruta! No es extraño que no logremos borrar las guerras de la faz de la tierra. Hasta los problemas particulares acaban resolviéndose a mamporros.

Al día siguiente esperé impaciente a que mi casera me trajera el periódico. Cuando llegó, por mucho que miré y remiré, no encontré por ningún lado nada parecido a una corrección, o a una rectificación sobre el incidente. Cuando, ya en la escuela, le pregunté al Mapache, éste me dijo que no me preocupara, que en algún momento se tendrían que disculpar.

Al día siguiente por fin apareció una nota de rectificación, pero era pequeñísima, y estaba impresa en un cuerpo de letra minúsculo. ¡No incluían ni siquiera una descripción de lo que en realidad había pasado! Cuando me volví a quejar al Mapache, su respuesta fue que ya no podía hacer nada más. Tras la cara del Mapache y su arrogancia se escondía un pusilánime. Ni siquiera podía conseguir que un simple periódico de provincias corrigiera un artículo lleno de patrañas.

No pensaba dejar las cosas así. Yo mismo iría al periódico en persona y hablaría con el director, pero el Mapache, como si fuera un monje budista intentando convencer a la audiencia de la conveniencia de la renuncia, me soltó una perorata destinada a disuadirme:

—Hazme caso. ¡Si te quejas, no lograrás nada! Sea verdad o mentira lo que escriban, no hay nada que hacer. Publicarán algo peor sobre ti, los periódicos son así.

Si de verdad son así las cosas, lo mejor sería que desaparecieran los periódicos, pensé. La prensa es como una tortuga que te muerde la pierna: hasta que no quiere, no te suelta. Esta fue la conclusión que saqué de mi charla con el Mapache.

Tres días después, por la tarde, el Puercoespín vino a visitarme. Visiblemente enojado, me dijo que había llegado la hora de poner en marcha nuestro plan. Yo me ofrecí a ayudarlo, naturalmente, pero él me dijo que era mejor que me quedara al margen por el momento. Aquello me extrañó. Entonces él me preguntó si había recibido una llamada del director pidiéndome que dimitiera de mi puesto.

—No —le respondí, más extrañado aún—. ¿Acaso te ha llamado a ti?

Esa misma mañana el Mapache le había convocado a su despacho y le había dicho que a pesar de lo desafortunado del caso, y debido a circunstancias inexcusables, se veía obligado en nombre de la escuela a pedirle que presentara su dimisión.

—¡Pero qué injusticia! ¡Han perdido completamente la cabeza! Tú y yo fuimos juntos a la celebración, juntos vimos el baile de los espadachines, y juntos intentamos detener la pelea, ¿no es cierto? Si quiere que tú dimitas, lo lógico sería pedírmelo a mí también. En estas escuelas de provincias todo es de lo más absurdo. Y de lo más exasperante.

—Estoy convencido de que Camisarroja está detrás de la decisión. Después de lo que ha pasado, en esta escuela sobra uno de los dos. Si le da igual que tú sigas es porque no debe de considerarte una amenaza.

—Si no hay sitio para ti, tampoco lo hay para mí. Además, cómo se atreve a pensar que no soy una amenaza. ..

—Seguro que piensa que eres demasiado ingenuo, y que puede aprovecharse cuanto quiera de ti.

—¡Pues peor me lo pones! ¿Quién va a aguantar algo así?

—Además, ¿no te has dado cuenta de que aún no ha llegado el profesor que debía reemplazar a Koga? No podrían echarnos a los dos ahora mismo. Necesitan que alguien se quede para dar la clase.

—¿O sea que me mantienen solo por eso? ¡No voy a ser cómplice de sus planes...!

Y así nos separamos.

Lo primero que hice nada más llegar a la escuela a la mañana siguiente fue dirigirme al despacho del director.

—¡Vengo a presentar mi dimisión irrevocable! —le dije.

—¿Cómo? —exclamó el Mapache, que parecía realmente sorprendido.

—¿Qué sentido tiene obligar a Hotta a presentar su dimisión, y no a mí?

—Amigo mío, la escuela tiene sus razones...

—Sean cuales sean esas razones, no pueden ser justas. Si no dimito yo, no hay ninguna razón para que Hotta lo haga.

—Ahora no le puedo comentar los detalles del caso... La dimisión de tu colega es inevitable, pero no hay necesidad de que también tú dimitas.

Según era su costumbre, evitó responder y se quedó tan fresco. ¡Qué se le iba a hacer!

—En ese caso, yo también presentaré mi dimisión. Quizá piense que aceptaré sin rechistar que eche a Hotta, pero soy incapaz de ser cómplice de algo tan injusto.

—Actuando así nos creas un problema —dijo palideciendo—. Si tú y Hotta dejáis la escuela, ¿quién dará entonces las clases de matemáticas?

—Eso no es de mi incumbencia —le respondí dignamente.

—Es un rasgo de egoísmo por tu parte —explotó—. ¡Lo único que harás será perjudicar a la escuela! Además, ¿crees que te va ayudar en tu carrera dejar el trabajo antes de que se haya cumplido el primer mes? Creo que debes pensártelo dos veces.

—¿A quién le importa mi carrera? Me importa más ser justo.

—Estoy de acuerdo con que quieras serlo, pero no actuar de un modo tan impulsivo. Si insistes en presentar tu dimisión no habrá nada que podamos hacer para impedirlo, es cierto. Pero al menos te pediría que no te marcharas hasta que te hayamos encontrado un sustituto. ¿Por qué no te vuelves a casa y te lo piensas dos veces?

No había nada que tuviera que pensar dos veces. Las razones de mi dimisión eran tan claras como la luz del día. Pero en el fondo soy una persona sensible, y verlo palidecer, y luego ponerse rojo y palidecer de nuevo hizo que me inspirara lástima. Así que antes de irme le prometí que me lo pensaría una vez más. Decidí, sin embargo, no ir a hablar con Camisarroja. Si finalmente íbamos a ir a por él, cuanto menos habláramos antes, mejor.

Cuando puse al tanto al Puercoespín de mi charla con el Mapache, me dijo que él ya sabía lo que éste me iba a decir, y también que debía esperar al momento adecuado para presentar mi dimisión. Pues perfecto entonces, me dije. El Puercoespín sabía planear las cosas mucho mejor que yo, así que estaba dispuesto a dejar que a partir de entonces fuera él quien tomara las decisiones.

Finalmente el Puercoespín presentó su dimisión, como se esperaba de él, se despidió oficialmente del resto de los profesores en una reunión y se mudó a vivir a la posada Minato, cerca del puerto. Pero, sin decírselo a nadie, alquiló también una habitación en el primer piso de la posada Masu, frente al balneario, hizo un pequeño agujero en el *shoji* y dio comienzo a su labor de acecho. Puede que yo fuera el único que supiera lo que el Puercoespín hacía en secreto.

Lo más normal era Camisarroja entrara en el local de noche. Y más en concreto, pasadas las nueve, ya que si lo hacía antes se arriesgaba a que alguien lo viera, incluido algún estudiante. Así que me aposté con Puercoespín en su pequeña habitación de la posada Masu, y nos pusimos a esperar. Las dos primeras noches



esperé con él hasta las once, pero Camisarroja no apareció. La tercera aguantamos hasta las diez y media, pero tampoco ese día dio señales de vida. Yo me sentía como un imbécil volviendo a medianoche a casa con el rabo entre las piernas después de haber pasado varias horas perdiendo el tiempo.

La cuarta noche y la quinta, la vieja casera empezó a mostrarme su inquietud, y a decirme que no era conveniente para un hombre casado pasar las noches fuera, como yo acostumbraba a hacer últimamente. Pero mis diversiones nocturnas eran de otra índole: sin saber muy bien cómo, me había convertido en el brazo ejecutor de la justicia divina. En cualquier caso, tras una semana sin conseguir resultados, empecé a perder el interés en aquel extraño pasatiempo consistente en ir de la pensión a mi habitación y viceversa en plena noche, y pasarme las horas muertas mirando por un agujero, y todo para nada. Dado mi carácter impulsivo, no me resulta complicado pasar una noche en vela si es por algo inesperado o excepcional, pero reconozco que me aburro pronto. Estaba empezando a cansarme de tener que impartir justicia divina.

La sexta noche, mi cansancio se transformó en hastío; a la séptima le dije al Puercoespín que quería dejarlo. Pero ahí es cuando entró en juego la tenacidad de mi compañero de desvelos. Desde el atardecer hasta pasadas las doce y media se mantuvo con el ojo pegado al agujero, que le ofrecía una magnífica vista de la puerta de la posada Kado. Cuando yo llegaba cada tarde, me enseñaba una lista en la que había ido apuntando la gente que había entrado, indicándome cuántos habían llegado para pasar la noche, cuántas mujeres había entre los visitantes, y otros datos que a mí me parecían intrascendentes. Cuando yo le espetaba que quizás Camisarroja no vendría nunca, y que estaríamos perdiendo el tiempo, él cruzaba los brazos, suspiraba y respondía, con gran aplomo:

—Estoy seguro de que acabará viniendo tarde o temprano. —¡Pobre Puercoespín! Si Camisarroja no aparecía, no le iba a ser posible cumplir su misión divina.

Al octavo día dejé mi puesto sobre las once, y me fui a dar un baño reparador al balneario. A la vuelta me hice con ocho huevos en una pequeña tienda que encontré por el camino. Había que defenderse de las batatas de la vieja casera, y los huevos eran una buena opción. Así que con cuatro huevos metidos en cada manga, la toalla roja de costumbre echada sobre uno de mis hombros, y las manos metidas en la parte frontal de mi kimono, subí como cada noche a la habitación de Puercoespín en la posada Masu. En cuanto descorrí la puerta, enseguida vi que algo había sucedido mientras yo no estaba. Los ojos del Puercoespín chispeaban como lo solían hacer antaño, y de nuevo refulgían como los brillantes ojos del dios Idaten.

—¡Lo tenemos, lo tenemos! —Hasta ese momento, Puercoespín había ido encerrándose poco a poco en sí mismo, como una flor que se marchitara. Estar a su lado era cada vez más deprimente. Pero ahora que volvía a mostrarme su vieja cara astuta, me animé al instante, y antes de que me dijera nada, lancé un grito de júbilo.

—Sobre las siete y media, la geisha de la fiesta, Kosuzu creo que se llama, ha entrado en la posada —me explicó.

—¿Con Camisarroja?

—Bueno, en realidad no...

—Entonces no nos vale —dije medio desanimado.

—Pero había otra geisha con ella. ¡Esto pinta bien!

—¿Por qué va a pintar bien?

—¿Qué por qué? Ya sabes lo astuto que es Camisarroja. Quizá esté mandando a las dos geishas por delante para inspeccionar el terreno.

—Podría ser, no te digo que no... ¿Son ya las nueve y media? — Puercoespín sacó su reloj de níquel de debajo del cinturón de su kimono.

—Todavía son las nueve y diez pasadas. Mejor apaga la luz. Si llega y ve dos siluetas en la habitación de enfrente podría sospechar.

Apagué de un soplido la lámpara que había sobre la mesa lacada. La luz de las estrellas iluminaba tenuemente el *shoji*. Todavía no había salido la luna. Puercoespín y yo permanecemos con las caras pegadas a la ventana, conteniendo la respiración. Oímos cómo el reloj del piso de abajo daba las nueve y media.

—No sé si vendrá... —susurré—. Si no viene hoy, lo dejo.

—Yo me quedaré hasta que se me acabe el dinero.

—¿Cuánto te queda?

Puercoespín hizo un rápido cálculo:

—Les he pagado cinco yenes con sesenta, y eso me da derecho a ocho noches. Pero pago por noche, o sea que lo puedo dejar cuando quiera.

—Buena idea. Aunque los de la posada a estas alturas estarán ya con la mosca detrás de la oreja.

—Eso me da igual. No pienso bajar la guardia.

—Pero dormirás algo durante el día, ¿no?

—Sí, aunque no puedo salir de aquí. Creo que estar encerrado aquí me está volviendo loco.

—¡No tiene ninguna gracia eso de ser el brazo ejecutor de la justicia divina! Pero menos gracia tendría que Camisarroja se nos escapara después de todo lo que nos hemos esforzado.

—No. Algo me dice que aparecerá esta noche... ¡Pero, mira! ¡Mira! —susurró de repente. Yo contuve la respiración. Un hombre ataviado con un sombrero negro se detuvo un instante bajo la luz de la farola de gas en la puerta de la posada Kado, y luego desapareció en la oscuridad. «No era él», pensé. El reloj de abajo no tardó en dar las diez de forma estridente. Parecía que aquella noche nuestra prisa tampoco iba a dar señales de vida.

La calle estaba sumida en el mayor de los silencios. Solo se oía el ruido de un tambor proveniente del barrio de los prostíbulos. Parecía que el tambor sonaba muy cerca. La luna asomaba por detrás del balneario e iluminaba la calle. De repente se oyeron voces en la distancia. Como no podíamos asomarnos por la ventana no podíamos saber quién era el que hablaba, pero estaba claro que el que

lo hacía se estaba acercando cada vez más. Podíamos oír el ruido de las guetas<sup>46</sup> al golpear el suelo. Al fin pudimos distinguir dos siluetas a través del agujero practicado en la ventana.

—Todo irá bien... Ahora que nos hemos deshecho de él... —¡No cabía duda: se trataba de la voz del Bufón!

—Era todo músculo y nada de cerebro. ¿Qué se podía esperar de él? —Esta era la voz de Camisarroja.

—El otro es un auténtico gallito, siempre hablando con ese horrible acento de Tokio. Pero tiene madera de valiente el chiquillo. Me cae simpático...

—Sí, ja, ja. No quiero que me suban el sueldo... Vengo a presentar mi dimisión... ¡Debe de faltarle algún tornillo!

Me entraron ganas de abrir la ventana, saltar y liarme a mamporros con aquellos dos ignorantes, pero afortunadamente me contuve a tiempo. Pasaron bajo la luz del farol riéndose a carcajada limpia y entraron en la posada Kado.

—¡Eh! —me susurró el Puercoespín.

—¿Has visto?

—Eran ellos.

—Por fin.

—¡Han venido!

—¿Has oído lo que dijo el Bufón? —estallé—. Me ha llamado chiquillo. ¿Cómo se atreve?

—Con que se han deshecho de mí... —repuso él—. Miserables y mil veces miserables.

Nuestro plan era sorprenderlos mientras volvían a casa. Pero no sabíamos a qué hora saldrían de la casa de citas, así que el Puercoespín bajó a recepción para decirle al conserje que aquella noche saldríamos tarde y que por favor dejaran la puerta abierta. Ahora que lo pienso, me sorprende que no levantáramos sospechas. Podríamos haber sido perfectamente dos ladrones a punto de cometer alguna fechoría.

Había sido duro esperar a que Camisarroja acudiera a la posada, pero más duro todavía fue esperar a que saliera de ella. No podíamos despistarnos ahora, aunque era muy incómodo mantener la cara pegada al agujero todo el rato. Sugerí al Puercoespín que entráramos en la posada Kado y los sorprendiéramos allí mismo, pero rechazó mi propuesta con rotundidad. Si lo hacíamos, la gente de la posada podría ver algo sospechoso en nosotros y no dejarnos subir a las habitaciones. Y si insistíamos con alguna excusa, podían llevarnos a una habitación diferente a la de Camisarroja y el Bufón para que estos pudieran huir mientras tanto. Y si lográbamos entrar sin que nos vieran, no sabríamos a qué habitación dirigirnos. Había doce habitaciones y cualquiera sabía en cuál de ellas se habían metido. Solo nos quedaba esperar, y eso fue lo que hicimos. Y nada ocurrió hasta que dieron las cinco

---

<sup>46</sup> Las *guetas* son sandalias de madera.

de la mañana. Fue entonces cuando Camisarroja y el Bufón aparecieron por la puerta.

En cuanto les vimos salir a la calle nos pusimos en marcha. Todavía faltaba un rato para que saliera el primer tren que iba al centro, así que dedujimos que necesariamente tendrían que regresar caminando. Los primeros cien metros de la carretera que atravesaba el barrio de los balnearios estaban flanqueados por hileras de cedros y arrozales. Después, la carretera atravesaba algunas granjas con sus casas con tejado de paja y subía hasta el fortín. Decidimos que los sorprenderíamos fuera de la ciudad, en un lugar en el que no hubiera viviendas y en el que pudiéramos verlos a cierta distancia sin temor a que ellos nos descubriesen. Nos decidimos por un tramo del camino a cuya vera había multitud de cedros. En cuanto salvamos las últimas casas de la ciudad, nos echamos a correr detrás de ellos y los embestimos por la espalda. Camisarroja se dio la vuelta estupefacto, sin saber qué era lo que le había golpeado tan violentamente. Conseguimos sujetarlo por los hombros y le ordenamos que no se moviera. El Bufón, aturdido, intentó huir, pero me planté delante de él y logré impedirselo.

—¿Qué hace todo un jefe de estudios pasando la noche en Kado-ya? —le espetó el Puercoespín sin esperar un segundo a que Camisarroja se repusiese del susto.

—¿Acaso hay alguna ley que diga que un jefe de estudios no puede pasar la noche fuera de su casa? —Camisarroja hablaba con el mismo tono pretendidamente jovial de siempre. Su cara, sin embargo, estaba algo pálida.

—Pasar la noche en una posada acompañado de una geisha... Resulta impropio de alguien tan obsesionado por la disciplina como para criticar a otros simplemente por ir a restaurantes a comer tallarines o bolas de arroz.

El Bufón todavía hacía intentos de salir corriendo, así que me puse delante de él y mirándole a la cara le grité:

—¡Con que un chiquillo, eh!

—No era de ti de quien hablaba, ¡te lo juro!

Había cometido la decisión equivocada al negarlo. En ese momento, me di cuenta de que, durante todo el tiempo que habíamos estado persiguiendo a Camisarroja y el Bufón, yo había caminado con las manos metidas en las mangas, con el único fin de proteger los huevos que todavía llevaba guardados en las mangas del kimono. Sin pensarlo, metí la mano, saqué dos huevos y se los estampé al Bufón en la cara mientras profería un grito de alegría. Al romperse, las yemas y las claras de los huevos se desparramaron por la cara del Bufón y gotearon desde la nariz. El Bufón se quedó atónito, y gimió mientras se caía de culo al suelo. Entonces empezó a pedir ayuda a gritos. Yo había comprado los huevos para comérmelos. No los había llevado guardados cuidadosamente en las mangas todo ese rato para luego malgastarlos tirándoselos a alguien. Pero cegado por la rabia los había usado como un arma sin pensármelo dos veces. Y ahora que veía al Bufón sentado en el suelo con ese aspecto tan lamentable, me di cuenta de que aquello no estaba tan mal en realidad, así que, sacando los otros seis huevos de mi kimono, se los estampé en la cabeza a la vez que le dedicaba toda clase de insultos. La cabeza del Bufón quedó totalmente cubierta por una pegajosa masa amarillenta.

Mientras le aplastaba los huevos sobre la cara, el Puercoespín y Camisarroja discutían a gritos:

—¿Qué prueba tienes de que he pasado la noche con una geisha?

—Vi con mis propios ojos cómo un rato antes de que llegaras tú entraba en la posada tu geisha favorita. ¿Crees que me vas a embaucar con tu palabrería?

—No tengo necesidad de embaucar a nadie. Yoshikawa y yo pasamos la noche solos, charlando. No sé nada de ninguna geisha.

—¡Calla! —gritó el Puercoespín, y entonces le propinó un puñetazo. Camisarroja se tambaleó y luego empezó a tartamudear:

—¡Me ha golpeado! ¡Me ha agredido! ¡Me ha pegado sin ninguna razón! ¡Esto es un ultraje!

—Y no es el único —le dijo el Puercoespín mientras le propinaba otro puñetazo—. Pero entiéndelo: esta es la única forma de que una sabandija como tú aprenda —decía mientras le atizaba otro mamporro. Yo, por mi parte, estaba entretenido dándole otra buena tunda al Bufón. Al final los dos cayeron de rodillas, y allí se quedaron, en el camino de los cedros, inmóviles. Tenían ambos la mirada perdida, y ya ni siquiera intentaban huir.

—¿No habéis tenido suficiente? Pues no os preocupéis, que hay más —dijo Puercoespín, y siguió aporreando a Camisarroja.

—¡Vale, vale! —exclamó éste, al borde del desmayo.

—Y tú, ¿has tenido suficiente? —le dije al Bufón.

—¡Sí, sí! —respondió, con la mirada perdida.

—Éste es el castigo divino que os merecéis, por sabandijas corruptas. Espero que hayáis aprendido la lección y que a partir de ahora cambiéis. Por mucho que os intentéis justificar mediante palabras y engaños, al final la justicia no perdona —dijo el Puercoespín. Ninguno de los dos respondió nada. Es posible que no tuvieran fuerza ni para abrir la boca—. No pienso huir ni esconderme. Hasta las cinco de la tarde estaré en la posada Minato. Podéis llamar a quien queráis, incluso a la policía, que allí estaré esperándolos —continuó Puercoespín.

—¡Por si os lo estáis preguntando, yo tampoco pienso esconderme! Sabed que estaré con Hotta esperándoos en su habitación de la pensión. Así que venid con la policía si queréis. Allí estaremos. —Y una vez dicho esto, los dos nos alejamos del lugar.

\* \* \*

Llegué a casa poco antes de las siete. Nada más entrar en mi cuarto, comencé a hacer el equipaje. Poco después entró la casera y me preguntó, muy alarmada, qué estaba haciendo.

—Me vuelvo a Tokio, a reunirme con mi mujer.

Después de pagarle lo que le debía, cogí el tren hasta el puerto, y me dirigí a la posada Minato. Me dijeron que el Puercoespín estaba en una habitación del primer piso, durmiendo. Me puse a escribir una carta de dimisión, pero no sabía por donde empezar, así que me limité a decir:

«Por razones personales, presento mi dimisión. Regreso a Tokio. Espero que lo comprenda».

Metí la carta en un sobre, escribí el nombre y la dirección del director y bajé a echarla a un buzón.

Nuestro barco partía aquella misma tarde, a las seis. El Puercoespín y yo dormimos profundamente hasta las dos. Preguntamos a una de las criadas si había venido la policía preguntando por nosotros, y nos respondieron que no.

—Parece que Camisarroja y el Bufón no han encontrado motivo de queja, después de todo —dijimos, mientras nos reíamos abiertamente.

Aquella tarde, el Puercoespín y yo dejamos atrás la ciudad. Cuando el barco empezó a alejarse del puerto, empecé a sentirme mejor. En Kobe tomamos un tren expreso hasta Tokio. Al llegar a la estación de Shimbashi tuve la sensación de que volvía al mundo, después de haber estado una temporada en el purgatorio. Puercoespín y yo nos separamos. Desde aquel día no he vuelto a verlo.

Olvidaba decir qué pasó con Kiyó. En cuanto llegué a Tokio, corrí a casa de su sobrino sin parar en ninguna pensión, cargado con la maleta, para decirle que por fin había vuelto. Al verme prorrumpió en lágrimas:

—¡Botchan ha vuelto! ¡Por fin ha vuelto Botchan! —Yo estaba muy contento de volver a verla, y le dije que ya nunca jamás me iría de Tokio y que a partir de entonces viviríamos juntos.

Poco después, y gracias a la ayuda de un conocido, conseguí un puesto como asistente técnico de una de las líneas de tranvía metropolitanas. Me pagaban veinticinco yenes al mes, lo que era bastante, porque el alquiler de la casa me costaba solo seis. A Kiyó le gustaba mucho la casa, aunque la entrada no era nada espectacular. La pobrecilla agarró una neumonía ese mismo febrero y se murió. La víspera de su muerte me hizo ir junto a su lecho y me dijo:

—Mi pequeño Botchan, pronto moriré, pero antes quiero pedirte un favor: me gustaría que me enterraran junto a tu familia. Estaré allí esperando como siempre, a que me alegres con tus visitas.

Y es por eso que los restos de Kiyó están junto a los de mis padres, en el templo de Yogen-ji, en Kobinata.